EL LIBRO EN EL QUE SE BASA LA PELÍCULA

¿QUÉ TE HACE SER FELIZ?

HECTOR

Y EL SECRETO DE LA

FELICIDAD

FRANÇOIS LELORD

DEBOLSILLO

FRANÇOIS LELORD

Hector y el secreto de la felicidad

Traducción de
Jordi M. Lloret

DEBOLSILLO
www.megustaleerebooks.com

A aquellos y aquellas
que han inspirado a Hector

Hector no está contento consigo mismo

Érase una vez Hector, un joven psiquiatra que no estaba contento consigo mismo.

Pese a no estar contento consigo mismo, Hector parecía un psiquiatra de verdad: sus pequeñas gafas de montura redonda le conferían un aire de intelectual, sabía escuchar a las personas con aire pensativo, emitiendo de vez en cuando un «Hummm...» de interés, e incluso se había dejado crecer un bigotito cuyas puntas retorcía con los dedos cuando se detenía a reflexionar profundamente.

Su consultorio también parecía el consultorio de un psiquiatra de verdad: tenía un diván (regalo de su madre al poco de instalarse), reproducciones de estatuillas egipcias o hindúes, y una gran biblioteca llena de libros difíciles, algunos de los cuales eran tan complicados que no se había tomado la molestia de leerlos.

Hector tenía muchos pacientes no solo porque parecía un psiquiatra de verdad, sino porque poseía un secreto que solo conocen los buenos médicos y no se aprende en la facultad de Medicina: las personas le interesaban de verdad.

Por regla general, la gente se siente incómoda cuando acude al psiquiatra por primera vez. Temen que les tome por locos, aunque sepan que es su trabajo. O bien tienen miedo de que su caso no le parezca lo suficientemente grave y les mande ir a ver a otro especialista. Sin embargo, ya que han pedido hora acaban contándole sus pequeñas manías, las extrañas ideas que les pasan por la cabeza y les hacen sufrir, lo que nunca se han atrevido a contar a nadie, los grandes miedos o las inmensas tristezas que no les dejan vivir. También tienen miedo de no saber expresarse y de aburrir al especialista. Es cierto que a veces el psiquiatra puede parecer aburrido o cansado. Si uno no está acostumbrado, puede llegar a preguntarse si realmente lo está escuchando.

Pero con Hector casi nunca ocurría eso. Observaba y escuchaba a sus pacientes, asentía para animarlos a proseguir y, de vez en cuando, emitía algún que otro pequeño «Hummm...» mientras se retorcía una punta del bigote. A veces incluso decía: «Espere, explíquemelo otra vez porque no lo he entendido». Salvo los días que estaba muy cansado, los pacientes notaban que Hector escuchaba realmente lo que le contaban e

incluso se mostraba interesado.

Así pues, la gente volvía, le pedía hora cada vez con mayor frecuencia, lo recomendaban a amigos y conocidos y hablaban de él a su médico de cabecera, quien a su vez le proporcionaba nuevos clientes. Pronto Hector empezó a pasar días enteros escuchando a la gente y a pagar muchos impuestos, si bien sus consultas no eran caras (su madre siempre le decía que tenía que cobrar más, pero a él le daba apuro).

Cobraba menos por consulta que Madame Irina, por ejemplo, una famosa vidente. Esta le decía:

—Debería subir sus tarifas, doctor.

—No es la primera que me lo dice —le respondía Hector.

—Le hablo como una madre, doctor, veo lo que le conviene.

—Por cierto, ¿cómo ve usted ahora mismo?

Madame Irina había ido a la consulta de Hector porque ya no veía el futuro. Había sufrido un gran desengaño por culpa de un señor que la había abandonado, y desde entonces había dejado de ver el porvenir con claridad. Como era astuta y tenía recursos, siempre se le ocurría algo interesante que decir a sus clientes. Pero también era honesta y le preocupaba no ver como antes. Hector le recetó unas pastillas para la tristeza y Madame Irina empezó a recuperar la visión.

Hector no sabía qué pensar de sí mismo.

Tenía éxito porque sabía escuchar a las personas, pero también porque conocía los pequeños trucos de su oficio.

Para empezar, sabía responder a una pregunta con otra. Por ejemplo, cuando alguien le preguntaba: «¿Cree usted que lo superaré, doctor?», él contestaba: «¿Para usted qué quiere decir "superarlo"?». Eso obligaba a la gente a reflexionar sobre su problema, y de este modo Hector la ayudaba a hallar la manera de superarlo.

En segundo lugar, era buen conocedor de los medicamentos. En el campo de la psiquiatría esto no es difícil, ya que solo hay cuatro grandes categorías de medicamentos: las pastillas para la tristeza —antidepresivos—, las pastillas para el miedo —ansiolíticos —, las pastillas para las voces y los pensamientos extraños —neurolépticos— y las pastillas para evitar los altos demasiado altos y los bajos demasiado bajos —reguladores del humor—. En realidad no es tan sencillo, ya que de cada tipo de medicamento hay al menos unas diez marcas de pastillas diferentes cuyos nombres son a cual más curioso, y el psiquiatra debe encontrar la más ajustada a las necesidades del paciente. Los

medicamentos son como los postres: no a todo el mundo le gusta lo mismo.

Y finalmente, cuando los medicamentos no bastaban, o simplemente cuando los pacientes no los necesitaban, Hector recurría a otro método: la psicoterapia. Pese a la complejidad del nombre, solo consiste en ayudar a las personas escuchándolas y hablando con ellas. Pero ojo, no como se habla con cualquiera todos los días, sino siguiendo un método especial. Al igual que sucede con las pastillas, también existen diferentes tipos de psicoterapias, algunas de las cuales fueron inventadas por especialistas muertos hace tiempo. Los que inventaron la psicoterapia que había aprendido Hector eran ya viejos, pero aún vivían. El método consistía en conversar con la gente. Eso le gustaba al paciente, ya que algunos habían tenido una mala experiencia con psiquiatras que casi no hablaban con ellos, y no habían llegado a acostumbrarse.

Con Madame Irina, Hector no intentó aplicar la psicoterapia, ya que tan pronto como intentaba preguntarle algo, la vidente le decía:

—Ya sé lo que me va a preguntar ahora, doctor.

Lo peor era que a menudo (no siempre) tenía razón.

Así pues, gracias a su dominio de los trucos del oficio, los medicamentos, la psicoterapia y su secreto, el interés sincero por las personas, Hector era un buen psiquiatra, es decir, obtenía los mismos resultados en su campo que un buen médico, un buen cardiólogo, por ejemplo. Era capaz de curar por completo a algunos de sus pacientes; otros conservaban la buena salud tomándose todos los días la pastilla que les recetaba y acudiendo a su consultorio de vez en cuando; y, por último, contribuía a que la enfermedad de algunos fuera más llevadera.

Sin embargo, Hector no estaba contento consigo mismo.

No estaba contento porque se daba perfecta cuenta de que no conseguía hacer felices a sus pacientes.

Hector se hace preguntas

Hector tenía el consultorio en una gran ciudad de grandes avenidas flanqueadas por bonitos edificios antiguos. Aquella ciudad no era como la mayoría de las grandes ciudades del mundo: a sus habitantes no les faltaba comida; la asistencia médica era gratuita; los niños iban a la escuela; la mayoría de la gente tenía trabajo. También se podía ir al cine, la cartelera era muy extensa, y la entrada, no muy cara; y había museos, piscinas e incluso espacios para pasear en bicicleta sin peligro de atropello. La gente podía escoger entre un montón de cadenas de televisión, podía leer todo tipo de periódicos, y los periodistas tenían derecho a escribir casi todo lo que querían. La gente tenía muchas vacaciones, aunque a veces eso suponía un problema para quienes no disponían del dinero necesario para marcharse unos días.

Porque, aunque todo fuera mejor que en la mayoría de las grandes ciudades del mundo, también había personas que ganaban lo justo para vivir, niños que no soportaban ir a la escuela y hacían estupideces, o incluso niños que no tenían unos padres que se ocuparan de ellos. También había adultos que no tenían trabajo y personas que se sentían tan desgraciadas que bebían cualquier cosa o tomaban pastillas muy perjudiciales. Esas personas no vivían en el tipo de barrio en el que trabajaba Hector. Sin embargo, él sabía que existían porque había tratado a muchas cuando trabajaba en el hospital. Y lo seguía haciendo: los miércoles Hector no iba a trabajar a su consultorio, sino al hospital. Allí veía a personas como Roger, por ejemplo, a quien le preguntaba:

—Roger, ¿se ha tomado los medicamentos?

—Sí, sí, el Señor es mi pastor, Él guía mis pasos.

—Claro, Roger, pero ¿se ha tomado usted los medicamentos que le receté?

—Sí, sí, el Señor es mi pastor, Él guía mis pasos.

Roger creía que Dios le hablaba, oía voces y les respondía en voz alta. «¿Y por qué no?», pensaréis. El problema era que cuando no se tomaba los medicamentos, Roger hablaba solo en la calle, a veces incluso muy fuerte, sobre todo cuando se había tomado algunas copas de más, y a menudo la gente mala se burlaba de él. Como él era bastante

fuerte y recio, a veces la cosa acababa de mala manera y tenía que pasar una larga temporada en el psiquiátrico.

Roger tenía muchos otros problemas: nunca había tenido unos padres que se ocuparan de él, había fracasado en el colegio, y desde que hablaba con Dios nadie quería darle trabajo. Por eso Hector, con la ayuda de una asistente social, rellenaba un montón de solicitudes para que Roger conservara su pequeño apartamento, situado en un barrio en el que seguramente no os gustaría vivir.

Los pacientes del consultorio de Hector eran muy distintos de los del hospital: los hombres y las mujeres que iban a verlo no habían tenido problemas en la escuela, habían sido educados por un padre y una madre y tenían trabajo. Y si lo perdían, a menudo no tardaban en encontrar otro. La mayoría iban bien vestidos y sabían contarle sus historias sin cometer faltas gramaticales, y las señoras a menudo eran guapas (lo cual a veces no le facilitaba el trabajo).

Algunos padecían enfermedades reales o habían sufrido desgracias reales, y por regla general Hector lograba curarlos mediante psicoterapia y medicamentos. Pero la mayoría no padecían ninguna enfermedad concreta; al menos ninguna de las que Hector había estudiado en la facultad; tampoco habían vivido desgracia alguna, como tener unos malos padres o perder a un ser muy querido. Y, sin embargo, aquellas personas no eran felices.

Por ejemplo, Hector veía con bastante frecuencia a Adeline, una joven encantadora.

—¿Cómo está? —le preguntaba él.

—¿Acaso espera usted que un día le conteste: «Muy bien»?

—¿Por qué cree usted que yo espero eso?

—Ya debe de estar harto de mis historias, ¿no?

Adeline no se equivocaba del todo, aunque en el fondo a Hector le gustaba. Adeline hacía bien su trabajo, era una buena comercial, sabía vender las cosas mucho más caras de lo que valían en realidad, y sus jefes estaban muy contentos y a menudo la recompensaban con sustanciosas primas.

Pero ella siempre se quejaba, sobre todo de los hombres. Como era encantadora, siempre había un hombre en su vida, pero la relación nunca funcionaba: o bien era bueno, y entonces no le resultaba excitante; o bien era excitante, y entonces no le parecía bueno; o bien no era ni bueno ni excitante y se preguntaba qué hacía con él. Había encontrado la manera de amansar a los hombres excitantes: abandonarlos. Pero entonces dejaban de excitarla. Además eran hombres bastante importantes, porque con Adeline, si

no eras importante, más valía que no lo intentaras.

Solo haciéndole preguntas, Hector trataba de hacerle entender que el colmo de la felicidad no tenía por qué ser conseguir el máximo de excitación posible con el hombre más importante que además fuera muy bueno (sobre todo teniendo en cuenta lo fácil que debe de ser encontrar a un hombre muy importante que además sea muy bueno). Pero resultaba difícil, pues Adeline era muy exigente.

Hector tenía bastantes clientas como Adeline.

También acudían a su consultorio hombres que pensaban un poco como ella: aunque ellos, lógicamente, querían encontrar a la mujer más excitante, y que además fuera muy buena y tuviera éxito. Con el trabajo les pasaba lo mismo: querían un trabajo que fuera muy importante y además les diera la oportunidad de «realizarse», tal como decían algunos. Incluso cuando el trabajo les iba bien se preguntaban si no serían más felices en otra empresa.

En general, todas aquellas personas bien vestidas le contaban que no les gustaba la vida que llevaban, se hacían preguntas acerca de su profesión, se preguntaban si estaban casados o casi casados con la persona adecuada, tenían la sensación de que, mientras el tiempo transcurría, ellos estaban perdiéndose algo importante, de que no habían llegado a ser lo que querían ser.

Se sentían desgraciados, y no lo decían en broma, algunos pensaban incluso en suicidarse, y Hector tenía que estar muy pendiente de ellos.

Un día, Hector pensó que a lo mejor era él quien atraía a ese tipo de personas. Quizá les gustara su manera de hablar. O su manera de mirarlos, mientras se retorcía el bigote, o incluso sus estatuillas hindúes. Su dirección iba de mano en mano, y cada vez eran más los que acudían a su consultorio. Sin mostrar su preocupación, Hector interrogaba a otros psiquiatras que llevaban más tiempo que él ejerciendo. ¿Se ocupaban únicamente de los pacientes con enfermedades reales? Sus colegas se quedaban mirándolo como si les hubiera hecho una pregunta algo estúpida. Por supuesto que no solo se ocupaban de las personas con enfermedades reales. Ellos también visitaban a muchas personas que no estaban contentas con sus vidas y se sentían desdichadas. Y a juzgar por lo que le decían, Hector entendió que no lo hacían tan bien como él.

Pero lo más extraño era que en aquellos barrios en los que la mayoría de las personas tenían mucha más suerte que las que vivían en otras zonas, había más psiquiatras que en todos los demás barrios juntos, y todos los meses se instalaba alguno nuevo. Si uno

echaba un vistazo al mapa del mundo de los psiquiatras (no lo busquéis, es muy difícil de encontrar), veía que en los países como el de Hector había muchos más psiquiatras que en el resto del mundo, donde precisamente había muchas más personas.

Todo eso era muy interesante, pero a Hector no le servía de nada. Tenía la sensación de que no estaba ayudando a todas aquellas personas infelices. Y aunque les gustara ir a su consultorio, aquello le pesaba cada vez más. Se había dado cuenta de que estaba más cansado después de haber visto a aquel tipo de pacientes que no estaban contentos con su vida que después de haber visto a pacientes como Roger. Y como cada vez visitaba a más pacientes desgraciados sin desgracia, cada vez estaba más cansado, e incluso se sentía algo infeliz él también. Hasta el punto de que empezó a preguntarse si no se habría equivocado de profesión, si estaba contento con su vida, si no estaría perdiéndose algo. Y empezó a temer que la infelicidad de aquellas personas fuera contagiosa. Incluso pensó en tomar pastillas (sabía que algunos de sus colegas también se medicaban), pero lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que no era un buen remedio.

Un día Madame Irina le dijo:

—Doctor, lo veo muy cansado.

—Siento que lo haya notado.

—Debería tomarse unas vacaciones, le iría muy bien.

A Hector le pareció una buena idea: ¿por qué no se iba de vacaciones?

Pero como él era un hombre serio, organizaría sus vacaciones de modo que le sirvieran para mejorar como psiquiatra, como los deberes que hay que hacer para el colegio durante las vacaciones.

Ya estaba decidido: daría la vuelta al mundo y trataría de entender qué era lo que hacía felices o infelices a las personas. Pensó que de ese modo, si de verdad existía un secreto de la felicidad, él acabaría descubriéndolo.

Hector descubre algo importante

Hector anunció a sus pacientes que se iba de vacaciones.

Cuando les daba la noticia, algunos pacientes, sobre todo los que estaban más enfermos, le decían: «Hace usted bien, doctor. Le conviene descansar, con el trabajo que tiene». A otros, en cambio, les molestaba un poco que Hector se fuera de vacaciones y le decían: «¿Así que no voy a poder verlo hasta dentro de varias semanas?». La mayoría de los que reaccionaban así eran los pacientes infelices que tanto cansaban a Hector porque no lograba hacerlos felices.

Hector salía con una chica, Clara. A ella también tenía que decirle que se iba de vacaciones. Le preguntó si quería acompañarlo, no solo por ser amable, sino porque la quería mucho y no se veían demasiado.

Hector y Clara se querían, pero les costaba hacer planes juntos. Por ejemplo, podrían haberse casado o haber tenido un hijo, pero unas veces era Clara la que tenía más ganas y otras era Hector, y casi nunca los dos al mismo tiempo.

Clara trabajaba mucho, en una gran empresa: un laboratorio farmacéutico en el que se fabricaban precisamente las pastillas que recetan los psiquiatras. Conoció a Hector en un congreso organizado para presentar a los psiquiatras las últimas novedades, en especial la magnífica nueva pastilla que acababan de inventar en el laboratorio para el que ella trabajaba.

Clara cobraba un buen sueldo por pensar nombres de pastillas que gustaran a los psiquiatras y a los pacientes de todos los países del mundo. Y también por convencerlos de que las pastillas que ellos fabricaban eran mucho mejores que las de las demás empresas farmacéuticas.

Aún era joven, pero ya había alcanzado el éxito profesional. La prueba era que cuando Hector la llamaba al trabajo casi nunca podía hablar con ella porque siempre estaba reunida. Y cuando se marchaba con Hector a pasar el fin de semana, se llevaba el ordenador portátil y trabajaba mientras él se iba a dar un paseo o dormía a su lado en la cama.

Cuando Hector le propuso que se fuera con él, ella le respondió que no podía irse así, de improviso, porque tenía que asistir a unas cuantas reuniones para decidir el nombre de una nueva pastilla (que iba a ser mejor que todas las pastillas fabricadas desde que el mundo es mundo).

Hector no dijo nada, lo entendía, pero se sintió un poco contrariado. En realidad pensaba que irse de vacaciones los dos juntos era más importante que todas aquellas reuniones para ponerle nombre a un medicamento. Sin embargo, como debido a su trabajo estaba acostumbrado a hacer el esfuerzo de entender a los demás, simplemente le dijo a Clara: «Está bien, lo entiendo».

Más tarde, mientras cenaban en un restaurante, Clara le contaba a Hector la delicada situación en la que se encontraba. Tenía dos jefes que la apreciaban, pero no se soportaban el uno al otro. Clara estaba en una posición difícil, porque cuando trabajaba para uno se arriesgaba a molestar al otro, y cuando trabajaba para el otro se arriesgaba a molestar al primero; en fin, ya me entendéis. Hector no acababa de comprender por qué tenía dos jefes, y Clara le explicó que todo se debía a la «organización matricial» de la empresa. Hector pensó que aquello parecía una expresión inventada por psiquiatras, y que con ese nombre no era extraño que provocara situaciones complicadas y llevara de cabeza a los trabajadores.

Aún no había tenido tiempo de explicarle a Clara el verdadero motivo por el cual se iba de vacaciones, ya que desde que habían comenzado a cenar ella no había parado de hablarle de sus problemas en el trabajo.

Pero como empezaba a estar algo cansado, decidió iniciar inmediatamente su estudio sobre lo que hacía felices o infelices a las personas. En cuanto Clara hizo una pausa para acabarse el plato, Hector la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Eres feliz?

Clara dejó el tenedor en el plato, miró a Hector y le preguntó, con un hilo de voz:

—¿Vas a dejarme?

Hector vio que tenía los ojos vidriosos, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Dejó su mano sobre la de Clara y le dijo que no, en absoluto (aunque era verdad que de vez en cuando se lo planteaba), que solo le hacía esa pregunta porque había comenzado su estudio.

Clara se tranquilizó, pero no del todo, y Hector le explicó por qué quería comprender mejor lo que hacía felices o infelices a las personas. Pero, antes que nada, quería saber

una cosa: ¿por qué lo primero que había pensado Clara cuando él le había preguntado si era feliz era que quería dejarla?

Ella le contestó que se lo había tomado como una crítica. Como si él le hubiera dicho: «Nunca lograrás ser feliz», y que por eso él no quería seguir con ella, porque, lógicamente, nadie quiere vivir con alguien que es incapaz de ser feliz. Hector le repitió que no era eso lo que había querido decirle. Para tranquilizarla, le contó algunos chistes que la hicieron reír, y esa vez se sintieron igual de enamorados hasta que acabaron de cenar, e incluso después, cuando volvieron a casa.

Más tarde, mientras se dormía junto a ella, Hector pensó que su estudio no podía haber empezado mejor. Ya había aprendido dos cosas.

Una ya la sabía, pero no estaba de más recordarlo: las mujeres son muy complicadas, incluso para un psiquiatra.

La otra le resultaría muy útil más adelante: hay que tener cuidado cuando se le pregunta a alguien si es feliz. La pregunta puede molestar mucho.

Hector se va a China

Hector decidió irse a China. Nunca había estado allí, y le parecía una buena idea para reflexionar sobre la felicidad. Se acordaba de las aventuras de Tintín en *El loto azul*, y del señor Wang, el padre adoptivo de Tchang, el amigo de Tintín. Con su larga barba blanca y su cara de sabio, el anciano chino debía de tener un montón de cosas interesantes que contar sobre la felicidad. Seguramente aún quedaban ancianos como él en China. Además, en *El loto azul*, el hijo de aquel noble señor se vuelve loco y hace infelices a sus padres. Cuando los ve llorando, Tintín intenta consolarlos, pero no lo consigue. Afortunadamente, más tarde logra liberar de las garras de los malvados a un gran profesor chino que logra curar al hijo del señor Wang. Y al final todo el mundo se siente muy feliz. Al leer esa emocionante aventura Hector pensó por vez primera que de mayor quería ser psiquiatra (aunque por aquel entonces aún desconocía esa palabra). Hector también había visto bastantes películas chinas con Clara, y había observado que las mujeres chinas eran muy bellas, aunque en *El loto azul* no salían muchas.

Cuando subió al avión, la azafata le dio una buena noticia: la compañía aérea había reservado demasiados asientos en la parte del avión en la que debía viajar Hector, y por tanto se veía obligada a asignarle un asiento en otra parte en la que normalmente para poder sentarse había que pagar mucho más. A esa parte del avión la llamaban *business class*, para que pareciera que los pasajeros que allí se sentaban viajaban por motivos de trabajo, y no por el mero placer de gozar de un asiento más cómodo, champán y un pequeño televisor para ellos solos.

Hector se sintió muy feliz. Su asiento era muy cómodo, las azafatas le habían servido champán y le parecía que le sonreían mucho, mucho más que cuando viajaba como de costumbre, pero quizá fuera por el champán.

Mientras el avión se elevaba cada vez más, empezó a pensar en la felicidad. ¿Por qué se sentía tan feliz de estar allí?

Podía estirarse en su asiento, beber champán y relajarse. Pero eso también podía hacerlo en su casa, en su sofá preferido, y aunque le resultara igual de agradable, en su

casa no se sentía tan feliz como allí, a bordo de aquel avión.

Miró a su alrededor. Dos o tres pasajeros también sonreían y miraban a su alrededor, y pensó que debían de ser como él, que seguramente las azafatas también les habían dado una agradable sorpresa. Se volvió para observar a su vecino, un tipo que leía con interés un periódico en inglés lleno de columnas y números. No había querido champán cuando la azafata se lo había ofrecido. Era algo mayor que Hector, también algo más gordo, y llevaba una corbata con dibujos de canguros. Tener a aquel hombre al lado le dio la impresión de que no se iba de vacaciones, sino de viaje de negocios.

Más tarde entablaron conversación. El compañero de viaje de Hector, que se llamaba Charles, le preguntó si era la primera vez que visitaba China. Hector le respondió que sí. Charles le contó que él conocía un poco el país porque tenía fábricas allí, y que los trabajadores chinos cobraban menos que los de su país.

—Son más baratos y tan eficientes como los de nuestro país —añadió.

En aquellas fábricas hacían todo tipo de cosas para los niños: muebles, juguetes, juegos electrónicos, etcétera. Charles estaba casado y tenía tres hijos; y sus hijos tenían muchos juguetes porque su papá tenía fábricas en las que los hacían.

Hector nunca había entendido de economía, pero le preguntó si no causaba ningún problema fabricar juguetes en China, si eso no suponía dejar sin trabajo a sus compatriotas.

Tal vez sí, explicó Charles, pero si fabricaba los juguetes en su país, serían tan caros que nadie los compraría, de modo que no valía la pena intentarlo.

—Ventajas de la globalización —concluyó Charles.

Hector pensó que era la primera vez que oía esa palabra durante su viaje, y seguramente no sería la última. Charles añadió que el lado bueno de la historia era que al menos de ese modo los chinos serían cada vez menos pobres y pronto podrían comprar juguetes a sus hijos.

Hector pensó que había hecho bien en escoger la psiquiatría, porque de momento la gente no viajaría a China para contar sus problemas a psiquiatras chinos, por muy buenos que fueran.

Luego le preguntó a Charles más cosas sobre China; sobre todo le interesaba saber si los chinos eran muy diferentes de ellos. Charles se quedó pensativo y le respondió que en lo esencial no. Las diferencias se notaban sobre todo entre los habitantes de las grandes ciudades y los de los pueblos, pero eso ocurría en todos los países del mundo. También

le dijo que era casi imposible encontrar a alguien como el padre de Tchang, porque China había cambiado mucho desde la época de *El loto azul*.

Desde el principio Hector había querido preguntarle a Charles si era feliz, pero se acordó de la reacción de Clara y no quiso precipitarse. Finalmente, señaló: «¡Qué cómodos son estos asientos!», pensando que tal vez él diría que estaba muy contento de poder viajar en *business class* y de ese modo surgiría el tema de la felicidad.

Pero Charles rezongó:

—Hombre, no se abaten tan bien como los de primera.

Hector comprendió entonces que Charles debía de estar acostumbrado a viajar en *business class*; seguramente un día le habían asignado por equivocación un asiento en primera clase (una parte del avión aún más cara), y él lo recordaba.

Hector se quedó pensativo. Charles y él estaban sentados en asientos idénticos, bebían el mismo champán, pero Hector estaba mucho más contento porque no estaba acostumbrado. Otra diferencia: Charles ya sabía que iba a viajar en *business class*, mientras que para Hector eso había constituido una agradable sorpresa.

Aquella había sido la primera pequeña alegría del viaje, pero, mientras observaba a Charles, Hector empezó a preocuparse. ¿Le pasaría lo mismo a él? ¿La próxima vez que viajara en clase turista echaría de menos la *business class* tanto como Charles echaba de menos la primera?

Hector pensó que acababa de descubrir una primera máxima, de modo que sacó un pequeño cuaderno que había comprado para la ocasión y anotó:

Lección n.º 1: Una buena manera de estropear la propia felicidad es hacer comparaciones.

Como no era una primera máxima demasiado positiva, trató de pensar otra. Bebió un poco más de champán y escribió:

Lección n.º 2: A menudo la felicidad llega por sorpresa.

Hector cena bien

Hector se sorprendió mucho cuando llegó a China, aunque naturalmente no esperaba que se pareciera a la de *El loto azul* (Hector es inteligente, no olvidéis que es psiquiatra).

Lo que vio al llegar fue una ciudad llena de grandes rascacielos modernos, como los que habían construido en su ciudad para alquilar oficinas, solo que aquella ciudad china estaba construida al pie de una pequeña montaña y a orillas del mar. Los edificios y las calles eran idénticos a los de su país. La única diferencia residía en que las personas no eran como las que estaba acostumbrado a ver. Por todas partes había chinos con trajes grises que caminaban a paso ligero y al mismo tiempo hablaban bastante fuerte por sus teléfonos móviles. También se cruzó con bastantes mujeres chinas y, de vez en cuando, con alguna que otra belleza, pero no tan a menudo como ocurría en las películas. Vestían como Clara e iban con prisas, y en el trabajo también debían de estar siempre reunidas.

Mientras se dirigía al hotel en taxi, Hector solo vio una de esas casas tradicionales chinas con su curioso tejado: se hallaba embutida entre dos grandes edificios y albergaba una tienda de antigüedades. Su hotel era una torre de cristal que se parecía a todos los hoteles en los que se había alojado para asistir a los congresos organizados por las empresas farmacéuticas. Y pensó que todo aquello empezaba a no parecer unas vacaciones.

Por suerte, Hector tenía un amigo que se llamaba Édouard y vivía en esa ciudad. Habían ido juntos al instituto, pero, en lugar de estudiar para convertirse en psiquiatra, Édouard había preferido estudiar para convertirse en banquero, y en ese momento poseía una buena colección de corbatas de seda con dibujos de animalitos, jugaba al golf y todos los días leía periódicos en inglés llenos de números. No era muy distinto de Charles, aunque Édouard nunca había visitado una fábrica.

Hector y Édouard quedaron para cenar en un restaurante muy bonito situado en la última planta de un rascacielos. La vista era espléndida, se veían las luces de la ciudad y los barcos en el mar. Sin embargo, Édouard estaba más pendiente de la carta de vinos.

—¿Francés, italiano o californiano? —le preguntó a Hector enseguida.

Y Hector le respondió con otra pregunta:

—¿Tú qué prefieres?

Y al final Édouard logró escoger él solo el vino para la cena.

Édouard había envejecido bastante desde la última vez que Hector lo había visto. Tenía bolsas en los ojos, algo de papada y parecía muy cansado. Le dijo que trabajaba ochenta horas a la semana. Hector calculó que eso era casi el doble de lo que trabajaba él, y sintió lástima por su amigo: trabajar tanto debe de ser terrible. Sin embargo, cuando Édouard le dijo lo que ganaba, una cantidad siete veces superior al sueldo que él percibía, dejó de darle lástima. Cuando vio el precio de los vinos que había pedido, pensó que era una suerte que su amigo ganara mucho dinero, ya que de otro modo él no habría podido pagar la cuenta.

Como se trataba de un viejo amigo, Hector tenía suficiente confianza con él para preguntarle si era feliz. Édouard se rió, pero su risa no era la de una persona feliz de verdad. Le respondió que cuando se trabaja tanto, uno ni siquiera tiene tiempo para hacerse esa pregunta. Precisamente por ese motivo había decidido abandonar su trabajo.

—¿Así, sin más? —le preguntó Hector, sorprendido, pensando que quizá Édouard hubiera tomado esa decisión al verlo a él tan relajado.

—No, aún no. Lo dejaré cuando haya ganado tres millones de dólares.

Édouard le explicó que eso era normal en su trabajo. La gente trabajaba mucho, y cuando ya disponía de una cantidad considerable, renunciaba a su puesto y se dedicaba a hacer otra cosa, o incluso a no hacer nada en absoluto.

—¿Y son felices? —le preguntó Hector.

Édouard se quedó pensativo y le respondió que el problema era que después de trabajar tantos años a ese ritmo mucha gente acababa estropeándose: tenían problemas de salud, algunos se habían acostumbrado a tomar pastillas perjudiciales para poder rendir más y luego les costaba dejarlas. Muchos de sus compañeros se habían divorciado por culpa de las reuniones, que no les permitían ver a sus mujeres. Se preocupaban por el dinero (porque el dinero puede perderse aunque se gane mucho, sobre todo si uno pide todos los días vinos como el que había pedido Édouard), y a menudo no sabían qué hacer con él, porque trabajaban tanto que apenas tenían tiempo para gastarlo.

—A algunos les va muy bien, no creas —dijo Édouard.

—¿A quiénes? —le preguntó Hector.

—A los que continúan —respondió Édouard.

Hizo una pausa para examinar la etiqueta de la botella de vino que le mostraba el sumiller chino (que es como un sumiller normal, solo que chino).

Hector le pidió a Édouard que le explicara en qué consistía su trabajo. Su amigo se dedicaba a las «fusiones-adquisiciones». Hector estaba algo al corriente del tema porque dos empresas farmacéuticas que fabricaban pastillas para los pacientes de los psiquiatras se habían fusionado y se habían convertido en una gran empresa con un nuevo nombre que no significaba nada. Lo más curioso era que después de la fusión la nueva gran empresa no funcionaba tan bien como las dos que había antes. Hector se enteró de que mucha gente (los que leen las páginas llenas de columnas de números de los periódicos) había perdido mucho dinero y no estaba nada contenta. En aquella época, gente que trabajaba en aquellos dos antiguos laboratorios farmacéuticos, y a quienes conocía porque había asistido a sus congresos, acudieron a su consultorio. Tenían mucho miedo o se sentían muy tristes, porque, aunque el nuevo laboratorio tuviera un solo nombre, los trabajadores de los dos antiguos laboratorios, que se reconocían unos a otros, no se entendían muy bien y muchos temían por su futuro.

Édouard dijo que aquello no era nada extraño, que las fusiones a menudo acababan así: el negocio no iba bien, los ricos perdían dinero y los no tan ricos se quedaban sin trabajo.

—Si es así, ¿por qué se siguen haciendo? —preguntó Hector.

—¡Para darnos trabajo a nosotros! —bromeó Édouard.

Estaba contento de ver a Hector, parecía mucho más feliz que al principio de la cena.

También le explicó que las fusiones eran como los tres millones de dólares: quienes las planean creen que después serán más felices porque serán más ricos y más importantes.

Hector pensó que aquella cena estaba siendo muy interesante. Luego tendría muchas cosas que anotar sobre la felicidad, pero enseguida lamentó haber bebido tanto, pues empezaba a sentirse algo embotado.

Hector se acerca a la felicidad

Cuando terminaron de cenar, Édouard estaba muy contento, pero al parecer no tenía bastante, porque al salir del restaurante se empeñó en ir con Hector a otro sitio.

—¡Tienes que conocer China! —dijo, y Hector se preguntó si la clase de lugares que le gustaban a su amigo, como aquel restaurante, eran la China auténtica. Él habría preferido volver al hotel para anotar lo que acababa de aprender sobre la felicidad, pero como Édouard era amigo suyo accedió a acompañarlo.

En la entrada había un chino muy alto y muy bien vestido que tenía un cable detrás de una oreja. Al ver a Édouard le guiñó un ojo.

El local era una especie de bar muy grande, con buena música y una iluminación tenue, y entre la clientela había bastante gente como Hector y Édouard, es decir, que no todos eran chinos. Hector se dio cuenta enseguida de que allí había mujeres chinas tan bonitas como las que salían en las películas. Algunas eran tan bellas que incluso dolía mirarlas. Se divertían y hablaban con tipos como Hector y Édouard, y ellos también se divertían.

Édouard pidió una botella de vino blanco y se la sirvieron en la barra, dentro de un cubo lleno de hielo. Al poco de entrar, una bella mujer china se acercó a Édouard y empezó a hablar con él. Por lo visto se conocían, porque ella le reía todas las gracias y, de vez en cuando, le decía cosas al oído que le hacían reír a él también.

Todo eso estaba muy bien, pero Hector se acordó de que estaba allí para aprender cosas sobre la felicidad, y no quería olvidar las conclusiones a las que había llegado durante la cena.

Así pues, sacó su pequeño cuaderno, lo puso en la barra y comenzó a escribir.

Pensó en todas aquellas personas que no paraban de trabajar para ganar tres millones de dólares antes de retirarse.

Lección n.º 3: Mucha gente ve la felicidad solo en el futuro.

Luego pensó en los que planeaban las fusiones.

Lección n.º 4: Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante.

—¿Qué está haciendo?

Hector alzó los ojos. La mujer china más bella que había visto en su vida lo estaba mirando con una sonrisa en los labios (en realidad le había dicho: *What are you doing?*, pero como este libro no es un cuaderno de vacaciones, todos los diálogos están traducidos).

Pese a la emoción, Hector logró explicarle en inglés que estaba tomando notas para tratar de averiguar por qué la gente es feliz o infeliz. La bella china soltó una risita encantadora que le indicó que creía que era una broma. De modo que le dio más detalles. Ella dejó de reírse y lo miró extrañada, pero incluso aquella mirada extrañada era encantadora, ya sabéis a qué me refiero.

Hector entabló conversación con la bella china. Se llamaba Ying Li y era estudiante.

—¿Qué estudias? —le preguntó él.

—Turismo —respondió ella.

Hector comprendió por qué iba a aquel sitio, porque era una buena manera de conocer a los turistas que visitaban el país. Ying Li le preguntó a qué se dedicaba y Hector le habló de las personas que tienen miedo, están tristes o tienen extrañas ideas. Ying Li se mostró interesada, y le dijo que cuando ella estaba triste iba a ver a sus amigas y enseguida se le pasaba. Hector le preguntó si siempre había vivido en aquella ciudad, y ella le respondió que procedía de una región de China en la que la gente es muy pobre, y que estaba muy contenta de poder vivir allí. Tenía hermanas, pero se habían quedado en su pueblo y no estudiaban turismo, como ella, sino que trabajaban en fábricas como las de Charles. Ying Li siguió hablando con Hector, porque Hector poseía el don de escuchar y lo ejercía incluso sin darse cuenta.

Al cabo de un rato, Édouard le dio un toque en la espalda.

—¿Te diviertes?

Hector le respondió que sí, aunque no le pareció que «divertirse» fuera la palabra adecuada: en realidad, estaba enamorándose de Ying Li.

Ella prosiguió su historia, pero Hector ya no la escuchaba, porque era tan guapa que le resultaba difícil mirarla y escucharla al mismo tiempo.

Al final la gente empezó a abandonar el local, y ellos también se marcharon. Subieron

a un taxi que esperaba fuera. Eran cuatro: Édouard y su amiga china, Ying Li y Hector, que se sentó al lado del conductor. Édouard dio instrucciones a este. Cuando el taxi paró delante de su hotel, Hector se percató de que no le había pedido el teléfono a Ying Li. Dios mío, ¿cómo volvería a verla? Pero no tenía por qué preocuparse, pues Ying Li bajó del taxi detrás de él y Édouard y su amiga se fueron y los dejaron solos delante del hotel.

Hector se sintió algo violento, pero pensó que un hombre, incluso un psiquiatra, debe saber tomar decisiones, de modo que le tomó la mano a Ying Li y ambos cruzaron el vestíbulo del hotel, sin mirar al personal de recepción, y se metieron en el ascensor. Fue allí donde Ying Li lo besó.

No es necesario explicar lo que pasó a continuación. Naturalmente, Hector y Ying Li fueron a la habitación e hicieron lo que hacen dos personas cuando están enamoradas, que todo el mundo sabe lo que es.

A la mañana siguiente, cuando Hector se despertó, oyó a Ying Li canturreando en el baño. Aquello le gustó, si bien le dolía mucho la cabeza por culpa del vino que había pedido Édouard.

Ying Li salió del cuarto de baño envuelta en una toalla, y al ver que Hector se había despertado soltó otra de sus risitas encantadoras.

En ese preciso instante sonó el teléfono y Hector lo descolgó. Era Édouard. Quería saber cómo había ido la noche. Hector le dijo que muy bien, pero no se atrevió a entrar en detalles delante de Ying Li, que no le quitaba el ojo de encima.

—La escogí especialmente para ti —le dijo Édouard—, sabía que te gustaría. No te preocupes, yo ya me he ocupado de todo.

De pronto, Hector lo entendió todo. Y vio que Ying Li acababa de comprender lo que sucedía y dejó de sonreír. Su rostro se ensombreció.

Hector también se puso triste, pero fue amable con Ying Li; cuando esta se marchó, dejándole su número de teléfono, se despidió de ella con un beso en la mejilla.

Volvió a la cama y, al cabo de un rato, fue a por el cuaderno. Reflexionó un momento y escribió:

Lección n.º 5: Para ser feliz a veces es mejor no entender ciertas cosas.

Hector se siente desgraciado

Aquella mañana Hector no se encontraba muy bien. Salió del hotel y decidió ir a tomar un café. Entró en una gran cafetería muy moderna en la que solo servían café, pero de muchas clases. Ya había visto lugares como ese, y con el mismo nombre, en todas las grandes ciudades del mundo a las que había ido para asistir a congresos. Eran sitios prácticos porque ya se sabía lo que tenían y cómo pedirlo. La única diferencia era que aquella cafetería estaba llena de chinos y chinas que hablaban o leían el periódico, y los camareros y las camareras también eran chinos.

Se sentó cerca de la ventana, para poder ver la calle (por la que, como ya habréis adivinado, pasaban muchos chinos).

Se sentía un poco desgraciado.

Pero, en el fondo, sintiéndose desgraciado podía aprender algo sobre la felicidad. Al menos le sería útil. Se puso a reflexionar: ¿por qué se sentía desgraciado?

En primer lugar, porque le dolía la cabeza, porque Édouard había pedido demasiado vino y él no estaba acostumbrado a beber tanto.

En segundo lugar, se sentía desgraciado por culpa de Ying Li.

Ying Li era un nombre sencillo, pero las razones por las que Hector se sentía desgraciado eran más complicadas, y quizá no fuera agradable revelárselas, de modo que no le apetecía mucho pensar en ellas. Incluso le daba algo de miedo. Conocía bien aquel miedo, era el tipo de miedo que bloqueaba a sus pacientes y no les dejaba reflexionar sobre sus problemas. Su trabajo consistía precisamente en ayudarlos a vencer ese miedo y a reconocer lo que les ocurría.

En ese preciso instante, la camarera pasó por su mesa y le preguntó si quería otro café. Era joven y bastante guapa. Le recordó a Ying Li y notó una pequeña punzada en el corazón.

Hector abrió el cuaderno y empezó a hacer pequeños dibujos sin sentido. Eso lo ayudaba a pensar (a veces lo hacía cuando sus pacientes se alargaban demasiado por teléfono).

También se sentía desgraciado porque se ponía triste cuando pensaba en Clara. Naturalmente, ella no sabría nunca lo que había pasado con Ying Li, pero aun así él se sentía culpable. Por otro lado, si Clara lo hubiera acompañado, él nunca habría conocido a Ying Li. Hector siempre se portaba bien cuando estaba con Clara. Si ella hubiera estado allí, él no habría hecho todas aquellas tonterías instigado por Édouard, así que, en cierto modo, también era culpa suya. Aquello hizo que se sintiera un poquito menos desgraciado.

Pero eso no era todo: también se sentía desgraciado porque no entendía nada de lo que le había sucedido. Había creído que Ying Li se le había acercado porque lo encontraba interesante con su pequeño cuaderno, y que luego lo había acompañado al hotel porque al conocerlo le había parecido aún más interesante. Naturalmente, nada de eso era cierto. Ying Li solo había hecho su trabajo, que seguramente le resultaba menos penoso que pasarse el día encerrada en una fábrica como las de Charles. Cuando aún estaban en el bar y Ying Li le estaba contando su vida (ahora caía en la cuenta de que no se lo había contado todo), le dijo lo que sus hermanas cobraban por un mes de trabajo, y él calculó que aquella cantidad equivalía a la mitad del precio de la botella de vino blanco que Édouard había pedido y que resplandecía en la barra, junto a ellos, entre cubitos de hielo.

Hector no estaba triste porque hubiera descubierto a qué se dedicaba Ying Li (aunque eso también lo entristecía un poco), sino porque aquella noche no había entendido nada. O más bien estaba triste porque aquella mañana se había dado cuenta de que no había entendido nada, porque mientras no sabía nada no estaba triste, y ahora que se daba cuenta de que no había entendido nada se sentía desgraciado, no sé si me explico. Descubrir que uno no ha entendido nada nunca es agradable, pero para un psiquiatra es aún peor.

La bella camarera china volvió a su mesa para preguntarle si quería otro café, y al ver lo que él había dibujado en el cuaderno se rió. Hector lo miró: sin pensar había dibujado un montón de pequeños corazones.

La camarera se fue y Hector vio que hablaba de él con sus compañeras. Al parecer se lo estaban pasando en grande.

Como Hector seguía sin estar de humor, pagó y salió del café.

Al ir a cruzar la calle estuvo a punto de ser atropellado, porque había olvidado que en aquella ciudad los coches circulaban por la izquierda. No sirve de nada que uno mire

antes de cruzar la calle si no mira hacia el lado correcto.

No sabía qué hacer. No podía ir a ver a Édouard porque su amigo no estaba de vacaciones y se pasaba todo el día en su despacho. Habían quedado en volver a cenar juntos aquella misma noche, pero Hector no estaba seguro de tener ganas.

En realidad, estaba algo resentido con Édouard. Era consciente de que sus intenciones eran buenas, pero el resultado era que aquella mañana él se sentía desgraciado. A Édouard le gustaba bastante beber, y él se había dejado llevar. A Édouard le gustaba conocer a bellas muchachas chinas cuyo trabajo consistía en complacer a los tipos como él, y por eso Hector había conocido a Ying Li.

Hector pensó que, en cierto modo, Édouard era como esos amigos que saben esquiar muy bien. Un día te llevan a una pista muy difícil y te dicen que los sigas, que vas a pasártelo muy bien. Pero la verdad es que ellos saben esquiar muy bien y por eso han escogido esa pista tan difícil. Tú no disfrutas tratando de seguirlos, tienes miedo, te caes, deseas que todo termine, pero te ves obligado a bajar y te sientes muy desgraciado mientras tus amigos esquivan airosos los obstáculos y gritan de alegría, los muy estúpidos.

Hector siguió caminando y llegó por casualidad a una pequeña estación de tren en la que solo había una vía. En realidad no era un tren normal. Recordaréis que hemos dicho que la ciudad estaba situada al pie de una montaña. Pues bien, ese tren subía a lo alto de la montaña.

Hector pensó que le sentarían bien las alturas, de modo que le compró un billete a un anciano con una gorra y se sentó en un pequeño vagón de madera.

Mientras esperaba a que el tren arrancara, se puso a reflexionar, y de nuevo pensó en Ying Li. Volvió a verla saliendo del cuarto de baño, sonriente y envuelta en su toalla. Vio cómo se le congelaba la sonrisa al darse cuenta de que Hector había descubierto la verdad. Luego su rostro se había ensombrecido y apenas si habían podido hablar.

El tren arrancó e inició su lenta ascensión, primero entre los edificios de la ciudad, luego más deprisa, entre los árboles del bosque, y por fin entre las nubes, porque no hacía muy buen día, hasta el azul del cielo. Hector miró a su alrededor y vio hermosas montañas verdes y, más abajo, el mar, donde se mecían las barcas.

El paisaje era muy bello, pero Hector aún se sentía desgraciado.

Hector roza la sabiduría

La estación de la montaña era mucho más grande que la de la ciudad. Era una especie de cubo gigante de cemento. Dentro había restaurantes, tiendas de recuerdos e incluso un museo de cera con las figuras de Tony Blair y Sylvester Stallone. Aquello cada vez se parecía menos a *El loto azul*, y Hector, que ya estaba de mal humor, empezó a exasperarse. Salió de la estación y tomó una carretera que subía aún más.

Cuanto más subía, menos gente veía. Al final se quedó solo en la carretera. Las montañas que lo rodeaban eran muy bonitas, verdes y puntiagudas; se notaba que eran montañas chinas. Hector estaba exhausto, sin aliento, pero se sentía mucho mejor.

Hizo un alto en el camino para anotar en el cuaderno:

Lección n.º 6: La felicidad es una buena caminata por la montaña.

Reflexionó un momento, tachó «por la montaña» y lo sustituyó por «entre hermosas montañas desconocidas».

A un lado de la carretera vio una pequeña señal con caracteres chinos que por suerte también estaban traducidos al inglés: «Tsu Lin Monastery». Hector se puso muy contento. En los monasterios suele haber monjes. Tal vez allí encontrara a un anciano como el padre de Tchang que le contara cosas interesantes sobre la felicidad.

El camino que conducía al monasterio era cuesta arriba, y la pendiente era cada vez más pronunciada, pero Hector no notaba el cansancio porque estaba impaciente por llegar. De vez en cuando se paraba en una curva para contemplar el monasterio. Aquello sí que se parecía a *El loto azul*, aquel monasterio sí que era típico, con su bonito tejado ondulado y sus pequeñas ventanas cuadradas.

Al llegar a la entrada tiró de una cuerda, se oyó una campana y un monje le abrió la puerta. Era joven, y se parecía más a Tchang que a su padre, pero llevaba la cabeza rapada y vestía una túnica naranja. En un inglés casi perfecto le dijo que solo recibían visitas un día a la semana, que no era aquel precisamente. Hector se desanimó: justo cuando empezaba a sentirse mejor...

Sin embargo, no se dio por vencido e insistió un poco, le dijo que venía de muy lejos, que era psiquiatra y quería entender por qué la gente era feliz o infeliz, y que le era imposible quedarse una semana más y esperar el día de visita. El joven monje no sabía qué hacer, se sentía violento. Al final le dijo a Hector que aguardara un instante y lo dejó solo en un pequeño vestíbulo.

Allí había objetos fabricados por los monjes para venderlos, figuritas y hermosos platillos, y se le ocurrió comprar uno para regalárselo a Clara.

Hector se puso muy contento al ver que el joven monje regresaba acompañado de un anciano que a buen seguro tenía la edad del padre de Tchang. Cuando vio a Hector, el viejo se rió y le dijo: «Buenos días. ¿Así que usted viene de lejos?». Y lo dijo en el idioma de Hector, porque lo hablaba muy bien.

El monje lo hizo pasar a su despacho. Hector esperaba encontrar una habitación sin sillas en la que tendría que arrodillarse en el suelo cubierto de pequeñas esteras. Pero nada de eso, el despacho del monje era bastante parecido al de Hector. Había un escritorio, algunas sillas, muchos libros, un ordenador, dos teléfonos, algunas figuritas, pero no hindúes, sino chinas, y una espléndida vista de las montañas.

El anciano le contó que de joven había vivido algunos años en el país de Hector, mucho antes de que él naciera. Allí había estudiado, pero para ganarse la vida había trabajado como lavaplatos en un gran café restaurante al que Hector iba a desayunar a veces. Le hizo un montón de preguntas. Quería saber si las cosas habían cambiado en su país, y parecía muy contento de oír todo lo que Hector le contaba.

Hector le expuso las razones de su visita. Cada vez tenía más pacientes infelices sin problemas reales, y quería saber por qué.

El monje lo escuchó atentamente, y Hector pensó que el anciano también sabía escuchar a la gente. Le preguntó si tenía algo interesante que decirle sobre la felicidad.

El anciano le respondió:

—¡El primer gran error es creer que la felicidad es el objetivo!

Y de nuevo se echó a reír.

Hector habría preferido que le diera más explicaciones, pero al anciano le gustaba hablar sin dar demasiadas.

Sin embargo, en el país de Hector cada vez había más personas que se convertían a la religión de aquel monje (aunque no era exactamente una religión, pero eso no puede explicarse con pocas palabras) porque creían que aquello los haría más felices.

El anciano le dijo que sí, que tenía razón, pero que a menudo la gente de los países como el de Hector no entendía su religión, que la había adaptado a su forma de vida, como esos restaurantes chinos de la ciudad de Hector en los que no sirven comida china auténtica. Sin embargo, el monje creía que, aunque aquello fuera una lástima, no era grave, porque al menos podía ayudarlos a no preocuparse tanto y a ser más amables con los demás. Por otro lado, no entendía por qué la gente del país de Hector mostraba tanto interés por su religión, teniendo como tenían otras religiones que no estaban mal. Tal vez sería mejor que trataran de comprender las que ya tenían.

Hector le contestó que era un tema complicado, que quizá a la gente le gustara su religión, la del monje anciano, porque no tenía una historia llena de malos recuerdos. Seguramente aquello les daba esperanzas y por eso pensaban que funcionaba. En todo caso, al monje sí debía de funcionarle, porque Hector nunca había visto a nadie tan contento ni que riese tan a menudo. Y, sin embargo, el anciano era ya muy mayor y su vida no debía de ser siempre divertida.

Hector recordó que hubo una época en la que los que gobernaban la mayor parte del territorio de China pensaban que los monjes no eran personas útiles. En aquella época sucedieron cosas terribles, tan terribles que incluso resultaba doloroso contarlas. El anciano había nacido en aquella parte de China. Seguramente había visto todas aquellas atrocidades, pero eso no le impedía ser feliz ahora.

A Hector le habría gustado que le revelara su secreto de la felicidad.

El anciano lo miró sonriente y le dijo:

—Su viaje es una buena idea. Venga a verme cuando acabe.

Hector hace un descubrimiento

Por la noche, Hector fue a buscar a Édouard al trabajo para salir a cenar. Era domingo, pero Édouard trabajaba porque tenía que entregar un informe al día siguiente. Iba a enseñarle a un señor muy importante cómo realizar una fusión-adquisición, y, quería hacerlo antes de que se le adelantara un Édouard de otro banco. Y a su vez, aquel señor tan importante quería efectuar la fusión-adquisición antes de que se le adelantara otro señor importante. Hector llegó a la conclusión de que en los negocios el que no corre vuela, mientras que en psiquiatría es mejor no dejar hablar demasiado tiempo a los pacientes, porque los que esperan pueden enfadarse.

Hector buscó la oficina de Édouard entre grandes rascacielos modernos, junto al mar. Pero allí no había playa, solo muelles en los que atracaban grandes barcos, y otros edificios en construcción.

Como los coches circulaban por debajo, Hector podía pasearse entre los rascacielos sin miedo a ser atropellado. Llegó a la puerta del rascacielos en el que trabajaba Édouard, imponente y brillante. Parecía una hoja de afeitar gigante. Como le sobraba tiempo, decidió tomarse otro café, y tuvo suerte, porque allí mismo había un gran café muy moderno con enormes ventanales.

Las camareras no eran tan bellas como en el otro café, y Hector se sintió aliviado, porque la belleza también cansa. Por otro lado, estaba convencido de que ser tan sensible a la belleza femenina era una especie de enfermedad. Y aunque sabía que él no era el único que la padecía, esperaba que un día se le pasara. Pero ya os podéis imaginar que no era fácil.

Llamó a Édouard, que se puso muy contento al oírlo, pero como aún tenía trabajo le pidió que siguiera esperándolo en el café, que enseguida se reuniría con él.

Y Hector se dispuso a tomar un buen café con los ojos clavados en la entrada del rascacielos.

Fue entonces cuando reparó en algo que ya había advertido varias veces desde que estaba allí: un grupo de mujeres había extendido un enorme hule para sentarse en el

suelo. Parecían un grupo de colegialas de excursión. Al observarlas más detenidamente, se fijó en que no parecían chinas; eran más bajas, bastante menudas y tenían la piel más oscura. Parecía que se divertían, y no paraban de hablar y de reír. Ya había visto otros grupos iguales en aquella zona: extendían sus hules a la entrada de los rascacielos, bajo las pasarelas y al abrigo de la lluvia.

Hector se preguntó si se reunirían allí para practicar una nueva religión, y le habría gustado saber cuál era. Tal vez fuera la del monje del monasterio, porque ellas también reían bastante.

Mientras esperaba a Édouard se dedicó a observar a la gente que salía del edificio. La mayoría eran chinos, e iban vestidos como Édouard los fines de semana, con elegantes polos y zapatos náuticos. Por su modo de andar, Hector sabía que habían ido a las mismas escuelas que su amigo, centros en los que se estudia para ser rico (no olvidéis que Hector es psiquiatra; le basta con mirar a las personas para saber dónde han estudiado y si sus abuelos coleccionaban mariposas). También había occidentales como Édouard, y por su aspecto Hector intentó adivinar de qué país eran. Seguramente no siempre acertaba, pero como no había manera de comprobarlo nunca lo sabría, de modo que se divertía, e incluso de vez en cuando se reía solo.

Los compañeros de Édouard que salían de aquellas enormes torres de cristal no parecían felices, sino cansados, y algunos caminaban con la mirada en el suelo, como si estuvieran muy preocupados. Salían en grupo, hablando unos con otros, muy serios, a veces incluso con cara de enfado. Algunos parecían tan preocupados, como si miraran al interior de sus cabezas, que a Hector le entraban ganas de ir a buscarlos y recetarles pastillas. Aquel café era un buen lugar para ejercer su profesión, era una lástima que no hablara un poco mejor el inglés.

Por fin llegó Édouard. Hector se puso contento porque a uno le hace más ilusión ver a un amigo en el extranjero que encontrárselo por la calle, aunque esté un poco resentido con él. Édouard también parecía muy contento de verlo, y para celebrarlo pidió una cerveza enseguida.

Hector le dijo que parecía más animado que sus compañeros.

Édouard le dijo que eso era porque estaba contento de verlo, pero que si lo viera algunas noches...

—¡Me enviarías al hospital! —dijo, y se echó a reír.

Luego le contó que hacía semanas que los mercados no iban bien, y que por eso sus

compañeros estaban preocupados.

—¿Temen arruinarse? —le preguntó Hector.

—No, temen no cobrar un buen plus o que los despidan si el banco les cierra el grifo. Pero a estas alturas es fácil encontrar otro empleo. Solo hay que aceptar lo que te ofrecen e ir a donde sea.

Hector entendió que «a donde sea» eran otras ciudades del mundo en las que también hubiera rascacielos con forma de hojas de afeitar gigantescas y hoteles como los de los congresos.

Le preguntó a Édouard quiénes eran aquellas mujeres sentadas sobre los hules. Su amigo le explicó que eran mujeres de la limpieza, y que todas procedían del mismo país, un grupo de islotes muy pobres y bastante alejados de China. Trabajaban en aquella ciudad (y en otras ciudades del mundo) y enviaban el dinero que ganaban a sus familias, que se habían quedado en su país.

—Pero ¿por qué se reúnen ahí, en el suelo, sobre hules? —preguntó Hector.

—Porque no tienen adónde ir —le respondió Édouard—. Hoy es domingo, su día libre; no pueden quedarse en casa de sus señores, y como tampoco tienen dinero para entrar en un café, se reúnen aquí y se sientan en el suelo.

Édouard también le explicó que como en su país había muchas islas, ellas también se agrupaban por islas o por pueblos, como si todos aquellos hules dibujaran un mapa de aquel archipiélago tan pobre situado entre enormes rascacielos de riqueza.

Hector observó a todas aquellas mujeres que no tenían adónde ir y se reían, y después miró a los compañeros de Édouard, que salían del rascacielos con caras muy serias, y pensó que el mundo podía ser un lugar maravilloso u horrible, no sabría decirlo.

Cuando salieron del café, Hector quiso ir a hablar con las mujeres del hule porque le pareció que podía resultar interesante para su investigación. Se acercó al grupo y, al verlo, ellas dejaron de hablar y de sonreír. Pensó que tal vez creyeran que él iba a pedirles que se fueran. Pero a Hector se le notaba que no era una mala persona, y enseguida volvieron a reírse mientras él les hablaba en inglés. Les dijo que llevaba un buen rato observándolas y que se las veía contentas. Quería saber por qué. Las mujeres se miraron unas a otras sin dejar de reírse, y una de ellas le respondió:

—¡Porque es nuestro día libre!

Luego otra dijo:

—Porque estamos con nuestras amigas.

—Eso es —dijeron las demás—, porque estamos juntas, incluso en familia, ya que muchas de nosotras somos primas.

Hector les preguntó cuál era su religión, y resultó ser la misma que la suya. La historia venía de lejos, de una época en la que los pueblos de la religión de Hector habían ocupado sus islas porque creían que eran los amos del mundo.

Pero a Hector no le pareció que estuvieran resentidas con él, porque al despedirse agitaron las manos, sonrientes.

Hector no está enamorado

Lección n.º 1: Una buena manera de estropear la propia felicidad es hacer comparaciones.
Lección n.º 2: A menudo la felicidad llega por sorpresa.
Lección n.º 3: Mucha gente ve la felicidad solo en el futuro.
Lección n.º 4: Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante.
Lección n.º 5: Para ser feliz a veces es mejor no entender ciertas cosas.
Lección n.º 6: La felicidad es una buena caminata entre hermosas montañas desconocidas.

Hector echó un vistazo a lo que había escrito en su cuaderno. Sabía que había cosas interesantes, pero aun así no estaba satisfecho. Aquello no parecía una auténtica teoría sobre la felicidad (una teoría es una historia que se cuentan los adultos y que explica cómo funcionan las cosas. Todo el mundo la da por buena hasta que alguien inventa otra que las explique mejor). De pronto tuvo una idea: al final del viaje iría a enseñarle la lista a un gran profesor experto en felicidad.

Una amiga suya vivía en el país con mayor número de psiquiatras del mundo y conocía a uno de esos profesores.

Hector estaba en un restaurante italiano, con pequeños manteles de cuadros, velas sobre las mesas y unos encargados que parecían italianos de verdad (en realidad eran chilenos, según le dijeron, porque incluso en un restaurante la gente notaba que sabía escuchar, y los camareros que iban a su mesa empezaban a contarle su vida cuando lo único que él quería era pedir la comida). El restaurante se hallaba en una parte de la ciudad con muchas subidas en la que aún había calles pavimentadas y casas antiguas, y le gustó estar allí.

Seguramente os preguntaréis qué hacía allí Édouard, pero no os impacientéis, enseguida lo descubriréis.

Hector recordó su visita al monje anciano y anotó:

Lección n.º 7: El error es creer que la felicidad es el objetivo.

No estaba seguro de entenderla bien, pero le pareció muy interesante, y pensó que cuando terminara el viaje volvería a ver al monje.

Luego se acordó de las mujeres que se reían sentadas sobre sus hules.

Lección n.º 8: La felicidad es estar con las personas queridas.

Mientras lo escribía, notó cómo el corazón le latía con más fuerza.

Y de nuevo empezó a hacer dibujos sin sentido.

Seguramente ya habréis caído en la cuenta: Hector estaba esperando a Ying Li.

Cuando le anunció sus intenciones, Édouard le dijo que no podía volver a ver a Ying Li porque los domingos el local en el que la había conocido estaba cerrado. Pero él le aclaró que no quería verla en horas de trabajo, sino invitarla a cenar, y podía hacerlo porque ella le había dado su número de teléfono.

Édouard lo miró extrañado y le dijo:

—Pobre amigo mío...

Hector se enfadó. No hacía falta que Édouard lo tomara por un imbécil, al fin y al cabo ya sabía cómo se ganaba la vida Ying Li. Su amigo le dijo que no era que lo tomara por un imbécil, sino que simplemente se había percatado de que estaba enamorado, lo cual es mucho peor que ser un imbécil. En realidad solo se preocupaba por él.

De pronto Hector se tranquilizó, pues se dio cuenta de que Édouard seguía siendo un buen amigo. Aun así, le dijo que se equivocaba, que no estaba enamorado de Ying Li y que solo quería verla. Le preguntó si ya había tenido alguna novia china, y él le respondió que no exactamente, pero Hector se dio cuenta de que no decía la verdad (no olvidéis que es psiquiatra), de modo que no dijo nada más y se limitó a emitir un «Hummm...», a la espera de que Édouard se mostrara más prolijo en detalles.

Pero por lo visto su amigo no tenía muchas ganas de explicarle lo que quería decir aquel «no exactamente». Al final, dijo con un suspiro:

—El problema es que no sabes si te quieren por cómo eres o por tu pasaporte. —Y luego añadió—: Soy lo bastante mayor para hacerme esa pregunta, pero no lo suficiente para reírme de la respuesta.

Por cómo lo dijo, Hector comprendió que Édouard había estado enamorado y que no le había ido muy bien.

Y en ese momento él estaba allí solo, en aquel restaurante italiano, esperando a Ying Li.

Cuando la llamó, notó por su tono de voz que estaba algo sorprendida, pero enseguida aceptó la invitación (fue Édouard quien le recomendó el restaurante italiano).

Y en ese momento él estaba esperándola, y ella se retrasaba. Llegó a preguntarse si aparecería. Mientras aguardaba, pidió una botella de vino, y pensó que si se retrasaba aún más se la bebería él solo y acabaría por parecerse a Édouard.

Pero enseguida la vio entrar, con el cabello un poco mojado por la lluvia, tan bella como la recordaba. Él se levantó con tanta brusquedad que derribó su silla.

Todos los camareros salieron de detrás de la barra para ocuparse de su abrigo, casi pisándose unos a otros.

Finalmente Ying Li se sentó frente a Hector y empezaron a hablar. Pero ella no se comportaba como la primera noche, parecía algo cohibida, como si no se atreviera a mirarlo a los ojos o temiera soltar algún disparate.

Hector trató de entablar conversación y empezó a contarle su vida, cómo era la ciudad en la que trabajaba. Ella lo escuchaba con interés, e incluso le dijo que su ciudad le gustaba porque allí se fabricaban cosas muy bonitas. Efectivamente, Hector observó que el reloj, el cinturón y el bolso que llevaba habían sido fabricados en su país, si bien Ying Li los había comprado en su ciudad. Hector pensó que eso también era una ventaja de la globalización, pero luego recordó cómo Ying Li ganaba dinero para comprarse todas aquellas cosas tan caras y se preguntó si realmente la globalización era algo bueno.

Más tarde Ying Li se atrevió a hablar un poco más, pero se notaba que le costaba, porque había un tema que los dos trataban de evitar a toda costa: su trabajo. De modo que le habló de su familia.

Su padre era profesor y se había especializado en la historia de China (como además era chino, ya os podéis imaginar lo bien que debía de conocerla). Pero cuando Ying Li era pequeña, los gobernantes de China decidieron que los profesores como su padre eran unos inútiles, e incluso nocivos para el régimen, y por eso los enviaron con sus familias a una región muy apartada del país. Allí todo el mundo trabajaba en el campo y leer estaba prohibido. El único libro autorizado era el que había escrito el hombre que gobernaba el país por aquel entonces. Las hermanas de Ying Li no habían podido ir a la escuela porque los hijos de los inútiles nocivos no tenían derecho a estudiar, y su único aprendizaje consistía en trabajar la tierra. Como Ying Li era más pequeña, pudo

recuperar algunos cursos, pero para entonces su padre ya estaba muerto (trabajar la tierra había acabado con él, nunca llegó a acostumbrarse) y ella no pudo seguir estudiando.

Por eso ahora sus hermanas, que no habían ido al colegio, solo podían trabajar en fábricas como las de Charles. En ese instante Ying Li hizo una pausa, porque acababa de darse cuenta de que estaba a punto de hablar de sí misma, de la razón por la cual ella no trabajaba en las fábricas. Y el tema era algo delicado.

Hector está triste

Hector volvía a viajar en avión, y estaba triste. Miró por la ventanilla y vio el mar, allá abajo, tan lejos que daba la impresión de que el avión no avanzaba.

Había sacado el cuaderno, pero no se le ocurría nada.

Sentados a su lado había una madre y un bebé; pero no, enseguida se dio cuenta de que la mujer no podía ser la madre del bebé, porque el bebé era rubio y tenía los ojos azules, como una muñeca (Hector no sabía si era niño o niña; al fin y al cabo, le daba igual), y la mujer que lo tenía en su regazo se parecía a las asiáticas que se reunían los domingos sobre sus hules. Aunque no fuera su madre, aquella mujer cuidaba muy bien del bebé, lo mecía, le hablaba y se notaba que lo quería mucho.

Hector estaba triste porque tenía la sensación de que abandonaba un lugar querido, aquella ciudad que una semana antes ni siquiera conocía.

Édouard también parecía triste mientras lo acompañaba al aeropuerto. Se notaba que estaba contento de que Hector lo hubiera visitado. En aquella ciudad, Édouard tenía un montón de amigos con los que ir a tomar una copa, y un montón de mujeres bellas dispuestas a hablarle al oído, pero tal vez muy pocos amigos de verdad como Hector.

Y, por supuesto, Hector pensaba en Ying Li.

En el restaurante, cuando ella terminó de contarle la historia de su familia y Hector ya no sabía qué más contarle de su ciudad, se produjo un breve silencio.

Y luego Ying Li le dijo:

—Eres muy amable.

Hector se sorprendió, porque ya sabía que él era amable, pero no estaba seguro de entender lo que quería decir Ying Li. Y ella añadió, con la mirada baja:

—No estoy acostumbrada.

Y a Hector volvió a encogérsele el corazón.

Se levantaron y los camareros se atropellaron unos a otros para ponerle el abrigo a

Ying Li.

Salieron a una callejuela adoquinada.

Naturalmente, Hector tenía muchas ganas de llevar a Ying Li a su hotel, pero se sentía incómodo porque aquello era exactamente lo que hacían los hombres para los que ella trabajaba. Entonces notó que ella también se sentía violenta, si bien tenía muchas ganas de quedarse con él.

Así pues, entraron en un bar. Era extraño, allí no había mucha gente. Daba la impresión de que los pocos clientes que había se conocían entre sí, y subían al escenario a cantar canciones en chino, grandes éxitos, seguramente. Hector reconoció una melodía de Charles Trenet, pero no la letra. Los chinos no paraban de reír y de beber. Se parecían bastante a sus compatriotas, y entonces recordó lo que le había dicho Charles en el avión: en el fondo, los chinos se nos parecen.

Hasta Ying Li reía, y él estaba contento de verla tan alegre. Cuando ella reía, él se daba cuenta de lo joven que era, pese a todas las cosas caras que llevaba aquella noche.

Pero ir a aquel bar no resultó ser una buena idea, porque cuando salieron, un coche enorme paró justo delante de ellos.

Del coche bajó el tipo alto y corpulento de la otra noche, el que llevaba un cable detrás de la oreja. En el asiento trasero Hector vio a una mujer china que miraba disgustada a Ying Li. El tipo corpulento ni siquiera miró a Hector, hablaba con Ying Li y ella le respondía, visiblemente molesta. Como hablaban en chino, Hector no entendía lo que decían, pero sí identificó el tono agresivo en que él le hacía preguntas a Ying Li, y vio que ella no sabía qué responderle. De modo que puso cara de tonto, como si no se enterara de nada, y le preguntó al tipo corpulento:

—¿Es a usted a quien tengo que pagar?

El chino se sorprendió, pero aquello lo tranquilizó. Incluso sonrió a Ying Li, si bien no fue una sonrisa amable. Respondió que no, que no hacía falta, que era a Ying Li a quien tenía que darle el dinero. Luego subió al coche y se fue, pisando a fondo el acelerador, cosa que Hector no vio, porque enseguida Ying Li se echó a llorar en sus brazos.

De ese modo le resultó más fácil tomar un taxi y llevarla al hotel, porque una mujer que llora y un hombre que la consuela no se parece al trabajo de Ying Li, sino más bien al de Hector.

Cuando llegaron a la habitación, ella dejó de llorar. Se tumbaron en la cama y ni siquiera encendieron la luz, porque las luces de la ciudad ya iluminaban un poco la

habitación. Ella no se movió de sus brazos. Hector estaba dispuesto a quedarse así toda la noche, pero ella no tardó en demostrarle que quería hacer lo que hacen dos personas cuando están enamoradas. No fue como la primera noche. Esa vez fue menos divertido, pero mucho más intenso.

Al día siguiente, cuando Hector despertó, Ying Li ya se había marchado, y ni siquiera le había dejado una nota. No había podido darle dinero, le preocupaba el tipo corpulento, pero pensó que seguramente ella había preferido arreglárselas sola.

Necesitaba hablar con Édouard, de modo que los dos amigos se reunieron en el café que había en la entrada del rascacielos. Estaba abarrotado de gente porque era lunes. Édouard lo escuchó atentamente, con seriedad, igual que Hector escuchaba a sus pacientes. Cuando terminó, le dijo:

—No le harán nada, es demasiado valiosa. Y además yo conozco al gorila chino. No te preocupes, yo me ocuparé de todo. Pero, por el bien de los dos, creo que es mejor que no os veáis más.

Eso Hector ya se lo temía, pero una cosa es temerse algo, y otra muy distinta saberlo a ciencia cierta, y Édouard añadió:

—Pobre amigo mío...

Y en ese momento, en el avión, Hector no sabía qué escribir en el cuaderno.

El bebé llevaba un buen rato mirándolo, y finalmente extendió sus bracitos hacia él. La tata (supongo que ya habíais intuido que la mujer que lo acompañaba era su niñera) y el bebé se rieron.

Hector les sonrió y se sintió menos triste.

De pronto vio por el pasillo a una rubia imponente que avanzaba hacia ellos. Era la madre, que seguramente viajaba en *business class* con su marido.

—¿Va todo bien? —le preguntó a la niñera.

Luego regresó a su asiento. El bebé puso mala cara y empezó a berrear.

Y Hector volvió a sacar el cuaderno y anotó:

Lección n.º 8 bis: Separarse de un ser querido es siempre un motivo de tristeza.

Hector se reúne con un buen amigo

Hector iba a bordo de otro avión, esta vez muy distinto de los anteriores.

(Entre el del capítulo anterior y el de este hubo otros dos aviones, pero no vale la pena mencionarlos porque, aparte de pensar en Ying Li y en Clara, a Hector no le sucedió nada importante.)

Para empezar, aquel avión estaba lleno de hombres y mujeres negros. Hector era prácticamente el único pasajero blanco a bordo. La mayoría de sus compañeros de viaje iban bien vestidos, pero algo anticuados, como se vestían sus abuelos en el campo para ir a misa los domingos. Las mujeres llevaban vestidos holgados y floreados, y los hombres viejos trajes anchos. Lo que también le recordaba al campo eran sus enormes fardos llenos de provisiones. Algunos incluso llevaban jaulas con gallinas y patos vivos que hacían mucho ruido. Era mejor así, ya que de ese modo no oía los ruidos que hacía el avión, que también estaba algo anticuado. Hector se acordaba de los pacientes que acudían a su consultorio porque tenían miedo a volar, y pensó que seguramente después de aquel viaje los comprendería mucho mejor. Por otro lado, que el avión fuera viejo era buena señal, ya que quería decir que no se había estrellado nunca. Así pues, no había nada que temer.

A su lado tenía a una señora negra con un bebé, también negro. Esa vez no se trataba de ninguna niñera, sino de una madre. Mientras leía un libro mecía a su hijo. El bebé miraba a Hector, que a su vez miraba el libro que estaba leyendo la señora. Digo la señora, pero de hecho era bastante joven, más o menos como Hector. Y, aunque parezca mentira, ¡estaba leyendo un libro de psiquiatría! ¡Aquella mujer era psiquiatra!

Los dos se rieron, sorprendidos y contentos de compartir asiento y profesión. La mujer, que se llamaba Marie-Louise, le dijo que iba de vacaciones a su país y que trabajaba en el país en el que habían tomado el avión, que era el país con mayor número de psiquiatras del mundo. Hector no se atrevió a preguntarle por qué no se había quedado a trabajar en su país de origen (del mismo modo que le había preguntado a Charles por qué no construía fábricas en su país), pero la mujer no tardó en explicarle el

motivo:

—Quiero que mis hijos lleven una vida normal.

Ella tenía otros dos hijos mayores que se habían quedado en casa, y Hector le preguntó qué era, a su entender, una vida normal (los psiquiatras también pueden hacerse preguntas unos a otros). Marie-Louise le respondió:

—Quiero que puedan ir a la escuela sin chófer ni guardaespaldas, por ejemplo.

Hector dijo que, efectivamente, aquello no era una vida normal, aunque él de pequeño se habría sentido muy orgulloso de ir a la escuela con un chófer y un guardaespaldas. Naturalmente, las madres no pensaban lo mismo.

De pronto el avión se inclinó bruscamente y empezó a emitir un ruido parecido al de los bombarderos que caen en picado en los documentales sobre la guerra. Todo el mundo se quedó en silencio, salvo las gallinas y los patos, que aún se alborotaron más.

Por suerte aquello no duró demasiado, y enseguida el avión recuperó la posición normal, aunque con bastantes sacudidas.

Hector logró soltar los brazos de su asiento, y cuando todos los pasajeros ya estaban de pie en el pasillo, dispuestos a bajar del avión, Marie-Louise lo invitó a casa de su familia y le anotó la dirección en el cuaderno.

Cuando llegó a la puerta del avión, Hector se sintió como cuando uno abre el horno para comprobar si el rosbif ya está listo y nota una oleada de calor en la cara. Pero aquello era distinto, ya que había mucha luz, y un sol implacable que pegaba con fuerza. El aeropuerto estaba rodeado de montañas calcinadas, del color de un rosbif ya pasado.

En la aduana también había aduaneros negros (no hace falta que lo repitamos continuamente; está claro que en aquel país todo el mundo era negro, salvo algunas excepciones que ya nos encargaremos de señalar). Familias al completo aguardaban a la sombra. Las niñas llevaban calcetines blancos y cuello escueto, y los niños pantalones cortos por debajo de la rodilla, como antiguamente en el país de Hector.

Hector no vio al amigo que tenía que ir a recogerlo. De modo que salió con la maleta bajo un sol que seguía pegando fuerte. Enseguida llegó un mozo de equipajes para ayudarlo a transportar la maleta hasta la fila de taxis, que estaba tres metros más adelante, y luego otro, y otro, y Hector creyó que iban a pelearse por prestarle sus servicios. Pero por suerte su amigo no tardó en llegar, sonriente.

Jean-Michel era un viejo amigo de Hector, como Édouard pero bastante diferente. Había estudiado medicina y se había especializado en las bacterias que causan

enfermedades en los países en los que hace mucho calor. Las bacterias abundaban en los países como aquel, donde precisamente casi no había médicos. Por eso Jean-Michel se había ido a trabajar allí. Era un tipo alto y corpulento, parecía un monitor de vela o de esquí. Hector recordaba que gustaba mucho a las chicas. Como él no les hacía caso, ellas lo encontraban aún más interesante, y a menudo acudían a Hector y le hacían un montón de preguntas, porque sabían que eran amigos.

Jean-Michel cargó con la maleta de Hector y se dirigieron al aparcamiento. Dicho así parece muy sencillo, pero en realidad no lo fue tanto, porque el aparcamiento estaba atestado de mendigos que enseguida se fijaron en Hector, al igual que los mozos del aeropuerto, de modo que Hector no tardó en estar rodeado de mendigos que le tendían la mano y le suplicaban:

—Señor, señor, señor, señor, señor...

Hector observó que algunos estaban muy enfermos, muy delgados o incluso les faltaba un ojo. Apenas se tenían en pie, pero seguían caminando en torno a él con los brazos extendidos, como zombis.

Jean-Michel, que iba delante y parecía no ver a los mendigos, continuó hablándole:

—Te he encontrado un buen hotel... La verdad es que no ha sido muy difícil, ya que aquí solo hay dos.

Cuando llegaron al coche, Hector ya había repartido todas las monedas e incluso los billetes que llevaba a mano, y Jean-Michel se dio cuenta.

—Es verdad —dijo su amigo—, había olvidado que es tu primera vez.

El coche de Jean-Michel era un todoterreno blanco con letras pintadas. Junto a él los esperaba un joven negro armado con un fusil.

—Te presento a Marcel —dijo Jean-Michel—, nuestro guardaespaldas.

El coche abandonó el aparcamiento y tomó una carretera en dirección a la ciudad. A través del cristal de la ventanilla, Hector observó las montañas calcinadas y vio a los mendigos, que a su vez los observaban a ellos, cada vez más alejados. Y también vio la carretera maltrecha bajo el sol. Y, delante de él, Marcel, con el fusil sobre las rodillas. Pensó que tal vez en aquel país descubriría algo más sobre la felicidad, precisamente gracias a no pocas lecciones de miseria.

Hector hace un favor

El hotel era muy bonito. Era una hermosa finca llena de árboles en flor, bungalós en los que estaban las habitaciones y una enorme piscina serpenteante que incluso pasaba por debajo de un puentecito de madera. Pero se notaba que no era como esos hoteles a los que la gente va a pasar las vacaciones. Para empezar, en la entrada había un cartel: «Rogamos a nuestros clientes y a sus visitas que no entren armados; en caso contrario, tengan la amabilidad de dejar las armas en recepción». Dentro, algunos blancos uniformados (un curioso uniforme con pantalón corto) tomaban copas en el bar. Formaban parte de un pequeño ejército creado por todos los países del mundo para poner orden en aquel país. Pero como aquel país no era demasiado importante, al final nadie había querido financiarlo y el pequeño ejército apenas si podía defenderse, y, pese a su gran esfuerzo, no lograba poner ningún orden.

Hector supo todo eso por un tipo que conoció en el bar. Era un hombre blanco, pero no iba uniformado, sino que vestía como su amigo Édouard los fines de semana: llevaba una camisa clara, un pantalón bien planchado, zapatos como los que se usan para jugar al golf y un reloj que debió de haberle costado tan caro como el de Ying Li (en ese momento había bastantes cosas que le recordaban a Ying Li).

El tipo era extranjero, pero hablaba muy bien la lengua de Hector, y solo bebía agua con gas. Y, qué curioso, se llamaba casi como Édouard: Eduardo. Hector le preguntó de qué país procedía, y Eduardo se lo dijo. Era un país que no gozaba de buena reputación porque por todas partes cultivaban una planta que producía una medicina perjudicial que estaba completamente prohibida en el país de Hector, así como en los demás países del mundo. Había mucha gente dispuesta a pagar mucho dinero a cambio de aquella sustancia. Naturalmente, Eduardo no tenía la culpa de haber nacido en aquel país. Hector le preguntó dónde había aprendido a hablar tan bien su lengua.

—¡Pues en su país, dónde va a ser! Viví allí algunos años.

Por el tono en que lo dijo, a Hector le pareció que Eduardo no quería entrar en detalles. De modo que, para cambiar de tema, le preguntó qué hacía allí. Eduardo lo

miró. Ya hemos dicho antes que la gente enseguida se daba cuenta de que Hector era un buen hombre, sobre todo los tipos astutos como Eduardo.

—Trabajar la tierra —dijo, riendo.

A Hector le pareció interesante para su estudio. Le preguntó qué era lo que lo hacía feliz. Eduardo reflexionó un instante y respondió:

—Ver feliz a mi familia y saber que a mis hijos no les falta de nada.

Eduardo tenía hijos ya mayores, y esperaba poder enviarlos a estudiar al país con mayor número de psiquiatras del mundo. Hector le preguntó si no le preocupaba que otras familias cayeran en desgracia cuando sus hijos tomaran la sustancia excitante que él fabricaba (porque supongo que, al igual que Hector, también habréis intuido a qué se dedicaba Eduardo).

Y Eduardo le respondió enseguida, sin pararse a pensar:

—Esas familias ya no tienen remedio. Los padres no se ocupan de sus hijos, solo piensan en ganar dinero o en tirarlo todo por la borda. Es normal que los críos hagan cualquier cosa.

—De acuerdo —dijo Hector.

Y no es que estuviera de acuerdo: cuando un psiquiatra dice «De acuerdo», lo que en realidad quiere decir es «Lo he entendido». Hector señaló que seguramente había muchos pobres cuya vida empeoraba por culpa de aquella sustancia, y Eduardo le respondió lo mismo: según él, todo el país era una mala familia que no se ocupaba de sus hijos.

—Yo no creo la demanda —dijo Eduardo—, solo la cubro.

Hector le contestó que lo entendía, pero que, a su juicio, Eduardo y su familia eran felices a costa de la desgracia de los demás. Sin embargo, también pensó que el propio Eduardo había nacido en un país que era como una mala familia, así que no era extraño que tuviera ese modo tan peculiar de ver las cosas.

Al parecer, las preguntas de Hector lo pusieron nervioso, porque pidió un whisky y el camarero negro se lo sirvió. Quizá os extrañe que no hayamos hablado de los negros, en un país en el que todo el mundo lo es. El motivo es que en aquel bar los negros eran los camareros que servían las mesas, el que atendía la barra, el recepcionista, y no decían nada. Allí los únicos que hablaban eran los blancos, los clientes, Eduardo, Hector y los tipos uniformados con pantalón corto.

Cuando Hector le dijo que era psiquiatra, Eduardo se mostró muy interesado. Le

contó que su mujer siempre estaba triste (y, sin embargo, no le faltaba de nada). El médico de su país le había recetado varios tipos de pastillas, pero ninguna había funcionado. ¿Cuál era la opinión de Hector?

Hector le preguntó por el nombre de las pastillas. Eduardo le respondió que lo tenía en su habitación y subió a buscarlo. Mientras, Hector se tomó el whisky (porque Eduardo le había pedido uno también a él) y trató de entablar conversación con el camarero, que se llamaba Isidore. Hector le preguntó qué era lo que lo hacía feliz, y él sonrió y le contestó:

—Que a mi familia no le falte de nada.

Hector le preguntó si eso era todo.

Isidore reflexionó y añadió:

—Y también ir de vez en cuando a mi segundo trabajo.

Hector llegó a la conclusión de que Isidore no solo era camarero, sino que tenía otro trabajo, un trabajo que le gustaba de verdad. ¿Qué tipo de trabajo era? Isidore se echó a reír, y cuando estaba a punto de explicárselo, Eduardo volvió con la receta de su mujer.

Hector la examinó y le pareció que aquella receta no era la adecuada. El psiquiatra le había recetado tres grandes tipos de medicamentos a la vez, pero las dosis no eran las correctas, y por eso la mujer de Eduardo no experimentaba mejora alguna. Luego le hizo algunas preguntas a Eduardo para saber qué tipo de tristeza padecía su esposa, y no tardó en dar con la pastilla que mejor podía ayudarla. También se acordó de un buen psiquiatra del país de Eduardo que había conocido en un congreso. Era normal que él no lo conociera, porque trabajaba en un hospital y llevaba calcetines con sandalias, y la gente como Eduardo prefiere a los médicos que llevan zapatos como los suyos. Hector le dio el nombre de aquel psiquiatra y el de la pastilla que podía probar su mujer mientras esperaba la siguiente visita. Eduardo lo apuntó todo con una bonita estilográfica dorada (que incluso parecía de oro macizo).

En ese preciso instante llegó Jean-Michel, y cuando vio a Hector hablando con Eduardo puso mala cara. Hector quiso presentarlos, pero al parecer Jean-Michel tenía prisa y se lo llevó mientras Eduardo se despedía de él y le daba las gracias.

En el coche, Jean-Michel le preguntó a Hector si tenía idea de con quién había estado hablando. Hector le respondió que más o menos, y Jean-Michel le dijo:

—Son los tipos como él los que hunden un país en la mierda.

Marcel no decía nada, pero se notaba que no podía estar más de acuerdo.

Hector no respondió porque estaba demasiado ocupado escribiendo en su cuaderno:

Lección n.º 9: La felicidad es que a tu familia no le falte de nada.
Lección n.º 10: La felicidad es tener un trabajo que te guste.

Le contó a Jean-Michel que el camarero del hotel tenía un segundo trabajo. Jean-Michel y Marcel se echaron a reír, y Marcel le explicó que allí tener un segundo trabajo significaba tener una amante.

Hector pensó en Ying Li y en Clara, y no dijo nada durante un buen rato.

Hector toma clases de desdicha

La calle polvorienta estaba llena de mujeres y hombres negros, así como de niños descalzos, y cuando el coche quedó atrapado en un atasco, los pequeños se acercaron a ellos para mendigar. Pese al cristal ahumado vieron a Hector. Extendían hacia él sus pequeñas manos y le sonreían, mostrándole sus ristras de dientecillos blancos.

—No intentes bajar la ventanilla —le dijo Jean-Michel—, la he bloqueado.

—Pero ¿por qué me hacen señas solo a mí? —dijo Hector, mientras observaba a una preciosa niña que le enseñaba las rosadas palmas de sus manos.

—Porque se han dado cuenta de que eres nuevo. A nosotros ya nos conocen.

La ciudad estaba bastante descuidada. Hector veía casas desvencijadas, reparadas a medias con tablones de madera o chapa ondulada, chalets que en otra época debían de haber sido bonitos, pero que entonces se ofrecían a la vista cubiertos de moho. Hombres y mujeres negros exponían mercancías sobre la acera, el tipo de cosas que en el país de Hector se tiran o se guardan en un rincón del desván. Sin embargo, en uno de aquellos tenderetes improvisados vendían legumbres de todos los colores. Hector había oído decir que los negros siempre ríen, pero allí pudo comprobar que no es verdad. Los niños sonreían, pero los mayores no.

Seguían atrapados en el atasco. Hector no entendía qué hacían tantos coches en un país tan pobre.

—No es que haya muchos coches, lo que pasa es que como hay muy pocas carreteras, enseguida se forman atascos. Y para colmo, en toda la ciudad solo hay un semáforo.

Por fin lograron salir del atasco. La carretera también estaba bastante descuidada, había enormes piedras que obstaculizaban el paso, y agujeros como bañeras que nadie se había tomado la molestia de tapar. Por suerte, Jean-Michel estaba acostumbrado, porque de vez en cuando se cruzaban con camiones que circulaban a toda velocidad, llenos de pasajeros a los lados e incluso en el techo. Hector pensó que los habitantes de aquel país no sonreían demasiado, pero tampoco debían de tener miedo, porque si el camión

hubiera tenido un accidente, los pasajeros se habrían hecho mucho daño. Se fijó en que la mayoría de los camiones estaban pintados de muchos colores y tenían un mensaje escrito en letras gigantes: «Dios nos protege» o «Viva Jesús, que sigue amándonos». Pensó que aquella gente aún confiaba en Dios, mucho más que en su país, donde las personas confiaban más en la protección de la Seguridad Social.

Se preguntó si para ser feliz era necesario creer en Dios. De ningún modo. La fe no se escoge libremente.

El paisaje no era mejor que el que rodeaba el aeropuerto: extensas colinas parcialmente calcinadas y poquísimos árboles que proporcionaran sombra.

Preguntó a sus compañeros por qué había tan pocos árboles en aquel país.

Esa vez fue Marcel quien se lo explicó. La culpa era del embargo. El país siempre había tenido malos gobernantes, pero un día la situación se hizo insostenible y acabó con la paciencia de los países como el de Hector, cuyos presidentes y ministros se reunieron y votaron a favor de un embargo para obligar a los malos dirigentes a abandonar sus cargos al frente de la nación. Un embargo consiste en prohibir a un país la venta o la compra de productos a otros países. De este modo el país embargado se empobrece aún más, sus habitantes se enfurecen y la gente que está en el poder se ve obligada a cambiar de política o a dimitir. El problema es que nunca funciona, porque por regla general a las personas que gobiernan ese tipo de países les importa un bledo que el pueblo se muera de hambre, ni siquiera les preocupan los bebés. Los que han votado a favor del embargo no lo entienden, porque en sus países los gobernantes sí se preocupan por las personas y por los bebés, y de este modo el embargo continúa, los bebés padecen desnutrición y las madres se desesperan.

El embargo también había perjudicado a los árboles, porque como el país no podía comprar petróleo ni gas, los habitantes de la ciudad se veían obligados a ir al bosque a cortar leña para poder cocinar. Por eso en muchos sitios ya casi no quedaban árboles. Y, para colmo, la lluvia había lavado el suelo y se había llevado la tierra, dejando enormes colinas de piedra. Y las piedras, a no ser que queráis coleccionarlas, no sirven de mucho.

—Y ahora —dijo Marcel—, las Naciones Unidas quieren financiar un programa de repoblación forestal, pero ¿usted ha visto alguna vez crecer árboles sobre las piedras?

Marcel parecía indignado, se notaba que estaba algo resentido con las Naciones Unidas (los países que habían votado a favor del embargo), si bien desde entonces los malos gobernantes ya se habían marchado. Pero si los malos gobernantes ya no estaban allí,

¿por qué las cosas no mejoraban? Marcel explicó que el pueblo había elegido como presidente a un hombre bueno que siempre había luchado contra las malas personas que gobernaban el país, pero que desde que estaba en el poder se había vuelto un poco como ellas.

Por fin la carretera empezó a subir y llegaron a sitios más bonitos, donde había árboles y pequeñas aldeas, y personas a ambos lados de la carretera que parecían algo más contentas que los habitantes de la ciudad. Y cuando el vehículo reducía la velocidad por culpa de un asno o de una carreta, los niños no se acercaban a mendigar.

Llegaron a un edificio adosado a una pequeña iglesia. Sobre la entrada había un cartel que rezaba: «Dispensario», y fuera, sobre un banco situado a la sombra, un grupo numeroso de mujeres negras con bebés aguardaba pacientemente.

Cuando Hector entró en el dispensario con Jean-Michel, las mujeres lo miraron, sonrientes. Su amigo le dijo que seguramente creían que se trataba de un médico nuevo. De hecho, no iban mal encaminadas, porque los psiquiatras, al contrario de lo que dicen algunos, son médicos de verdad.

Dentro había jóvenes negras con bata blanca que examinaban a los bebés, y también un joven. Todos se pusieron muy contentos al verlos llegar. Jean-Michel le explicó que aquellos jóvenes solo eran enfermeros, pero que también hacían las cosas que hacen los médicos en el país de Hector. Además le dijo que él solo examinaba a los niños que padecían enfermedades algo complicadas, y que después tenía que ir a otros tres dispensarios.

Hector dejó que su amigo hiciera su trabajo y se reunió fuera con Marcel, que estaba fumando una pequeña pipa a la sombra de los árboles. Le preguntó por qué los habitantes de aquel lugar parecían más contentos que los de la ciudad.

—En el campo, para salir adelante basta con un pequeño huerto y algunos pollos. Las familias se mantienen unidas, se apoyan. En la ciudad la gente no logra sobrevivir sin dinero. Eso destroza a las familias; el alcohol y la droga son un peligro y la gente se siente tentada por las cosas que podría comprarse si tuviera dinero. Mientras que aquí la tentación no es tan grande.

Hector recordó tres de las lecciones que ya había anotado.

Y anotó una más:

Lección n.º 11: La felicidad es tener una casa y un jardín.

Luego pensó en todo lo que había visto y oído desde que había llegado a aquel país y anotó:

Lección n.º 12: Es más difícil ser feliz en un país gobernado por malas personas.

Eso le hizo pensar en la vida del monje chino y en la historia de la familia de Ying Li. Y, naturalmente, en Ying Li.

Hector aprende una nueva lección

Ya oscurecía y ellos regresaban a la ciudad porque, según Jean-Michel, en aquel país no era aconsejable circular de noche.

Os preguntaréis por qué Marcel iba armado con un fusil para proteger a Jean-Michel. ¿Quién querría hacer daño a alguien que se ocupa de curar a los bebés de la región?

La razón era la siguiente: en aquel país los coches tenían mucho valor, y ya se sabe que un coche sin llaves no arranca; de modo que los bandidos aguardaban en un lugar en el que por fuerza había que parar (no en los semáforos, porque solo había uno, sino, por ejemplo, delante de una enorme piedra, en mitad de la carretera), salían armados con pistolas, obligaban a las víctimas a bajar del vehículo y huían con el coche. El problema era que a menudo, antes de robar el coche, mataban a las personas que iban en él para que no los denunciaran, o simplemente porque estaban muy nerviosos, porque habían bebido demasiado ron o demasiada cerveza, o porque habían tomado drogas.

—Cada vez es más frecuente —dijo Jean-Michel—. Todos los días llegan bandidos procedentes de otros países. Saben que aquí la policía no es tan eficiente como en su país y es más difícil que los detengan.

—La globalización —dijo Marcel, riéndose.

La policía era menos eficiente. Por eso la gente como Eduardo iba allí a hacer negocios, e incluso a veces negociaba directamente con la policía, lo cual facilitaba mucho más las cosas.

El bar del hotel seguía lleno de blancos con uniforme y pantalón corto, pero Eduardo ya se había marchado, y Hector se sintió aliviado porque había notado que Jean-Michel y Eduardo no se caían bien.

Isidore, el camarero que tenía un segundo trabajo, parecía contento de volver a ver a Hector. Enseguida les sirvió una cerveza que a Hector le pareció excelente, porque en aquel país, en el que todo funcionaba tan mal, al menos fabricaban una cerveza

excelente.

Le preguntó a Jean-Michel si era feliz. Su amigo se echó a reír (más tarde llegaría a la conclusión de que aquella pregunta hacía reír a los hombres y llorar a las mujeres).

—Nunca me lo pregunto, pero supongo que sí lo soy. Tengo un trabajo que me gusta, sé que lo hago bien y aquí me siento útil. Y además, como ya has podido comprobar, la gente es muy amable conmigo, formamos un verdadero equipo. —Jean-Michel bebió un sorbo de cerveza y añadió—: Aquí todos mis días tienen sentido.

A Hector le pareció muy interesante la respuesta de su amigo. Él también hacía un trabajo útil en su país, pero a veces, cuando iban a verlo pacientes que se sentían desgraciados sin un motivo concreto y sin padecer enfermedad alguna, le costaba ayudarlos y se preguntaba si sus días tenían sentido.

—Y además —prosiguió Jean-Michel—, me siento querido por lo que soy.

Os habréis dado cuenta de que Jean-Michel y Marcel eran algo más que amigos, o algo más que un blanco y su guardaespaldas negro. Si es así, también habréis entendido por qué a Jean-Michel nunca le habían interesado las chicas. Con Hector nunca había hablado de ello, pero a un amigo psiquiatra no hace falta explicárselo todo (y aunque no sea psiquiatra).

Hector vio que Jean-Michel le lanzaba una mirada inquieta para ver cómo reaccionaba.

—Es verdad, creo que nunca te había visto tan feliz.

Jean-Michel sonrió y pidió otras dos cervezas. Y ya no hablaron más, porque así son los hombres.

Jean-Michel se fue y Hector se retiró a su habitación a descansar un poco antes de la cena. Aquella noche iba a casa de Marie-Louise, la psiquiatra que había conocido en el avión y lo había invitado a conocer a su familia.

La habitación era muy bonita, si a uno le gusta ese tipo de decoración, claro. Tenía el suelo de mármol y los muebles eran como los de un castillo, pero más nuevos. La bañera era roja, con grifos dorados. Hector descansaba tumbado en la cama cuando sonó el teléfono.

Era Clara. Hector le había dejado un mensaje porque cuando la había llamado estaba reunida.

—¿Te diviertes? —le preguntó ella.

Se sintió incómodo, porque era la misma pregunta que le había hecho Édouard al oído mientras él hablaba con Ying Li por vez primera en aquel bar de luces tenues.

—Sí, todo esto es muy interesante.

Le habría gustado poder contarle a Clara lo más interesante. Fue entonces cuando de verdad sintió que estaba engañándola.

—¿Y a ti qué tal te va en el trabajo?

—Bien, la reunión ha ido bien.

Clara le contó que los directivos de la empresa habían escogido el nombre que ella había propuesto. Para ella era un éxito. Hector la felicitó.

La conversación no fue muy animada. Siguieron hablando, pero parecía que no lograban decirse cosas realmente importantes o emocionantes. Solo trataban de ser amables el uno con el otro. Al final se despidieron y se mandaron un beso.

Hector volvió a tumbarse en la cama y empezó a pensar.

Acababa de comprender por qué no podía olvidar a Ying Li.

No tenía nada que ver con su belleza, porque Clara también era hermosa (la mayoría de las novias que había tenido Hector eran guapas, quizá porque él no estaba demasiado contento con su físico y le parecía que la mejor manera de compensarlo era tener una novia guapa).

Tampoco tenía nada que ver con lo que habían hecho Ying Li y él. Había sido muy intenso, pero Hector tenía bastante experiencia, y ese tipo de cosas, por muy intensas que fueran, ya no le bastaban para enamorarse.

No era nada de eso. Hector recordaba el momento en que se había enamorado de Ying Li.

Tal vez vosotros lo hayáis comprendido antes que él, porque los psiquiatras no entienden de amor más que los demás.

Fue cuando Ying Li salía del cuarto de baño contenta y, de pronto, al darse cuenta de que Hector lo sabía todo, se puso triste.

Fue mientras cenaban juntos y él la notó cohibida.

Fue cuando ella se echó a llorar en sus brazos.

Fue cada vez que ella se emocionó con él.

Hector se había enamorado de las emociones de Ying Li, y eso era muy profundo.

Hector comprende mejor la sonrisa de los niños

—Tome un poco más de guiso de cabra y boniatos —dijo Marie-Louise.

Hector le hizo caso porque estaba muy bueno. Pensó que el lobo que devoró a los seis cabritillos debió de disfrutar mucho.

En la mesa había mucha gente: la madre de Marie-Louise, una anciana de rostro triste, la hermana de Marie-Louise y su marido, un hermano pequeño y varios primos o amigos, no estaba completamente seguro. Lo divertido era que nadie era del mismo color: la madre de Marie-Louise tenía la piel como Hector cuando estaba moreno, su hermana la tenía más oscura, los primos eran uno de cada color, el hermano pequeño era negro como Marcel, y todo el mundo era muy amable con Hector. Sobre una cómoda había una foto de un apuesto señor negro vestido con un traje elegante: el padre de Marie-Louise. La psiquiatra le contó que su padre era abogado y había querido dedicarse a la política hacía muchos años, cuando el país estaba en manos de malas personas. Una mañana, antes de irse a trabajar, se despidió de Marie-Louise, que aún era una niña, y por la noche una camioneta lo dejó delante de casa, muerto y destrozado, y salió huyendo a toda velocidad. Porque en aquel país las represalias eran muy duras. Al final del relato, a Hector le costó tragarse el bocado que tenía en la boca, pero Marie-Louise ya se había acostumbrado a contarlo.

—Mi madre nunca lo ha superado —prosiguió ella—. Creo que aún sigue deprimida.

Hector miró a la madre de Marie-Louise, que estaba sentada al otro extremo de la mesa y no decía nada, y pudo comprobar que era verdad.

Hector y Marie-Louise se pusieron a hablar de pastillas y de psicoterapia. Marie-Louise lo había intentado todo, incluso llevar a su madre al país en el que ella vivía, pero su madre nunca había recuperado la alegría de vivir. Porque en la vida hay desgracias para las que la psiquiatría no tiene cura.

El cuñado de Marie-Louise, Nestor, era un tipo divertido y bromista que hacía negocios en aquel país. Al principio, Hector temió que se tratara del mismo tipo de

negocios a los que se dedicaba Eduardo. Pero Nestor importaba coches y exportaba cuadros de artistas locales (en aquel país la pintura y la cerveza eran excelentes). También tenía una fábrica en la que trabajadores del país hacían zapatillas para que la gente del país de Hector pudiera ir a correr (mientras miraba a Nestor, Hector llegó a la conclusión de que en el mundo había Charles de todos los colores). Le preguntó si eso contribuía a reducir la pobreza del país. Nestor le respondió que sí, un poco, pero que harían falta centenares de empresarios como él.

—El problema es que como el país no es seguro, los empresarios no quieren arriesgar su dinero, y sin inversión no hay trabajo. La gente habla de la globalización, pero el problema es que nosotros no formamos parte de ella.

Hector comprendió que la globalización no era necesariamente algo malo, al contrario de lo que pensaban algunas personas de su país.

El marido de Marie-Louise no estaba allí. Había nacido en aquel país, pero ejercía de ingeniero en el país de los psiquiatras. No prestaba ningún servicio a su país, aparte de enviar dinero a su familia. Y todo porque Marie-Louise no quería que sus hijos tuvieran que ir a la escuela con un guardaespaldas.

Precisamente Hector quería hacerle una pregunta sobre los niños. ¿Por qué los que había visto en la ciudad siempre sonreían, pese a vivir en la calle sin nada, descalzos, y a menudo sin unos padres que los cuidaran? Los adultos, en cambio, no sonreían. Normal, con la vida que llevaban. Pero ¿por qué los niños parecían tan felices?

Todo el mundo encontró la pregunta muy interesante, y le llovieron las respuestas:

—Porque aún no son conscientes de su situación, no pueden hacer comparaciones.

Hector recordó la lección número 1.

—Porque los niños tristes no tienen ganas de vivir y se mueren pronto. Solo los alegres sobreviven.

—Porque se alegran de ver a Hector.

Todos se echaron a reír, y Marie-Louise le dijo a Hector que aquello demostraba que era cierto.

Y luego una de las primas (como era muy guapa Hector procuró no mirarla demasiado) dijo:

—Porque saben que la gente es más amable con un niño que sonríe.

Todos estuvieron de acuerdo en que esa era la mejor explicación. La prima de Marie-Louise miró a Hector con una sonrisa en los labios. Él no sabía si debía interpretar

aquello como una señal, pero por suerte la familia estaba allí con ellos para impedir que hicieran tonterías.

La sonrisa de los niños le recordó una historia que le había contado uno de sus colegas psiquiatras. Cuando él era pequeño, ciudadanos de otro país ocuparon el país de Hector y se propusieron matar a las personas cuyos apellidos no les gustaban. Los enviaban en tren muy lejos, a lugares en los que nadie pudiera ver las atrocidades que cometían. Su colega, que tenía uno de esos apellidos, fue enviado a un campo de concentración junto con otros niños a esperar el tren que había de conducirlos a la muerte. Pero como él era un niño que sonreía y hacía reír a todo el mundo, incluso los guardias del campo lo escondieron para que no se lo llevaran con los demás.

Así pues, los niños que quieren sobrevivir deben saber una cosa: que la gente es más amable con un niño que sonríe, si bien no siempre funciona.

Empezaba a hacerse tarde, y la comida era muy picante y le provocaba mucha sed. Además, había bebido bastante y estaba cansado. Hector se despidió de la familia y Marie-Louise lo acompañó hasta el coche que había ido a buscarlo al hotel. Era un todoterreno como el de Jean-Michel, con chófer incluido. Pero el chófer no iba vestido como los del país de Hector: solo llevaba una camiseta, un viejo pantalón acampanado y chancletas. Lo acompañaba un guardaespaldas muy joven, pero armado con un revólver enorme. Al pasar junto a ellos para subir a la parte trasera del vehículo, Hector notó un fuerte olor a ron. Al fin y al cabo, el alcohol era un buen antídoto contra el miedo en la carretera. Les hizo adiós con la mano a Marie-Louise y a su familia, que vieron cómo se alejaba desde la escalinata de la entrada, y el coche se adentró en la noche.

Hector estaba muy contento: pensó que tendría un montón de cosas interesantes que explicarle a Clara, porque lo que estaba ocurriéndole en ese país sí podía contárselo.

Le habría gustado entablar conversación con el chófer y el guardaespaldas, preguntarles si eran felices, pero estaba demasiado cansado. Y se durmió.

Soñó con Ying Li, lo cual demuestra que los sueños de los psiquiatras no son más complicados que los de los demás.

Hector se ve en un apuro

No estaba del todo despierto, y por un momento le pareció que el vehículo se había parado, que las puertas se habían cerrado y que alguien había gritado. Pero como estaba soñando que iba a bordo de un velero con Ying Li, y que atravesaban el océano juntos para volver a su país, no quiso despertar.

Pues bien, aquello fue una solemne majadería.

Porque cuando por fin despertó, le pareció que el chófer y el guardaespaldas habían cambiado. Dicen que cuando no se está acostumbrado a tratar con hombres negros, es fácil confundir a unos con otros, sobre todo de noche, pero no era ese el caso. Hector estaba convencido de que no eran los mismos, y trató de entender por qué. También trató de comprender por qué el coche seguía circulando en la noche. Porque su hotel no estaba lejos de casa de Marie-Louise, de modo que apenas daba tiempo a echar una cabezada y soñar algo corto; pero había despertado y el viaje continuaba.

Si Hector hubiera estado más despierto, o hubiera sido más astuto (Hector era inteligente, pero la inteligencia y la astucia no son lo mismo), habría adivinado lo que sucedía, pero en vez de eso preguntó:

—¿Adónde vamos?

Fue tal el sobresalto de los dos negros que iban sentados delante que casi se golpearon la cabeza contra el techo y el coche dio un terrible bandazo. Se volvieron y lo observaron con enormes ojos blancos, y el que conducía exclamó:

—¡Madre mía!

El otro sacó un gran revólver y apuntó a Hector con mano temblorosa. En ese momento se dio cuenta de que ambos iban vestidos como policías, y enseguida comprendió lo que había pasado.

Marcel se lo había explicado todo. Ya hemos dicho antes que robar un coche sin llaves es más bien complicado; lo más práctico para los asaltantes es obligar al conductor a parar y quitarle las llaves. En aquel país había bandidos que habían hallado un buen método para conseguirlo: disfrazarse de policías. Cuando uno ve a una pareja de policías

haciéndole señas para que pare, les hace caso, porque de lo contrario le ponen una buena multa o incluso pueden llegar a dispararle. Así pues, por la noche de vez en cuando se organizaban falsos cordones policiales o, mejor dicho, auténticos cordones de falsos policías que en realidad eran ladrones. Conseguir un uniforme no era nada difícil, todo el mundo tenía un hermano o un primo policía que le podía prestar la chaqueta y la gorra cuando no estaba de servicio (con la chaqueta bastaba, porque incluso los policías auténticos podían llevar cualquier tipo de pantalón o de calzado, hasta zapatillas de deporte).

Hector lo entendió todo. Los dos bandidos se habían hecho pasar por policías de verdad y habían obligado al chófer y al guardaespaldas a detener el coche, los habían hecho bajar, tal vez incluso los habían molido a palos y se habían largado a toda velocidad sin darse cuenta de que en el asiento trasero había alguien durmiendo: Hector.

Al ver que uno de ellos, el que no conducía, lo apuntaba con un revólver, Hector empezó a tener miedo, pero sin exagerar. Sabía que algunos hombres, sobre todo los bandidos, podían ser muy crueles o tener mucho miedo y matar a la gente, pero como él no lo había visto de cerca (Hector siempre había llevado una vida muy tranquila, como la mayoría de la gente de su edad en su país), no acababa de creerse que fueran a hacerle daño, aunque sabía que cabía esa posibilidad.

Mientras tanto, el malhechor que ocupaba el asiento del guardaespaldas se había puesto a hablar muy deprisa con un teléfono móvil. Hector no lo entendía todo, porque hablaba en una lengua que se parecía a la suya pero no era exactamente igual, porque era una variante local que se remontaba a la época en la que los habitantes del país de Hector creían que aquel país les pertenecía. Por el tono que empleaba, intuyó que hablaba con un jefe, y que el jefe quería que le llevaran a Hector. No le pareció mal, porque, tal como decía su madre (y tal vez la vuestra), más vale hablar directamente con Dios que con sus santos.

Pero más tarde, cuando vio al jefe de la banda, ya no estuvo tan seguro de que su madre tuviera razón.

El jefe miraba a Hector sin decir nada, como quien mira una silla o un bulto que es un estorbo y con el que no sabe qué hacer, mientras los otros dos le contaban lo que había sucedido con voces agudas que no se correspondían con su estatura y corpulencia, pues le tenían miedo. Y para que dos malhechores como ellos le tuvieran miedo a su jefe, ya os podéis imaginar cómo debía de ser el jefe, al igual que los dos tipos que estaban

sentados con él en la mesa.

Se hallaban en un caserón que en otro tiempo debió de ser muy bonito, pero que en esos momentos estaba muy destartalado. En la habitación de al lado Hector vio a algunas bellas mujeres negras sentadas en un gran sofá delante del televisor. Llevaban pendientes y bonitos vestidos bastante ceñidos, y parecía que acababan de salir de la peluquería. De vez en cuando una de ellas se levantaba con cara de cansancio y se acercaba a la puerta para echar un vistazo a Hector o escuchar lo que decían los demás, pero Hector procuraba no mirarla porque no era el momento de bromear.

El jefe iba mejor vestido que sus hombres y hablaba la lengua de Hector sin acento. Hector adivinó que pertenecía a la clase de bandidos de la que le había hablado Marcel, que habían ido a ese país porque la policía no funcionaba muy bien.

Uno de los amigos del jefe, sentado a la mesa, dijo:

—¡Por culpa de estos dos retrasados estamos bien jodidos!

El otro amigo del jefe miró a Hector con cara de malo y rezongó:

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

Hector trató de explicarles lo que había pasado y les contó que había ido a cenar a casa de Marie-Louise. Los demás se miraron y el que le había preguntado si tenía monos en la cara exclamó:

—¡Esto es el colmo!

Hector también les dijo que era médico (no se atrevió a decir que era psiquiatra, sin saber muy bien por qué creyó que el jefe de los bandidos podría ponerse nervioso) y que era amigo de Jean-Michel, el médico que curaba a los niños en los dispensarios.

Pero no pudo contarles mucho más, porque el jefe ordenó a sus hombres que se lo llevaran y Hector acabó encerrado en una especie de armario lleno de cajas de cerveza con una bombilla pelada en el techo. También olía a rata muerta, un hedor que no le dio muy buena espina.

Como la puerta no era muy gruesa, podía oír la conversación que se desarrollaba al otro lado.

Los bandidos no se ponían de acuerdo, parecía que estaban peleándose. No era fácil seguir la discusión, pero sí podía resumirse perfectamente.

Uno de ellos repetía:

—¿Cuánto podríamos sacar?

Otro respondía siempre lo mismo:

—Espera, es un blanco, tendremos problemas.

Y el primero insistía:

—Precisamente, es un blanco y es caro.

Y un tercero repetía:

—De todos modos, ahora ya nos ha visto.

A Hector le pareció que quien repetía eso era el jefe.

Y se sintió muy desgraciado, porque empezó a pensar que iba a morir.

Hector reflexiona sobre su muerte

Hector pensaba a menudo en la muerte. Cuando estudiaba medicina había visto morir a mucha gente en el hospital. Por aquel entonces sus compañeros y él eran muy jóvenes, y la mayoría de las personas que veían morir eran mayores que ellos, de modo que tenían la sensación de que la muerte solo afectaba a personas de una especie distinta, si bien sabían que no era verdad. Pero ya hemos dicho antes que saber y sentir son dos cosas diferentes, y lo que verdaderamente importa es sentir.

Había visto morir a gente bastante tranquila, casi feliz. Había varios tipos de moribundos: a los que ya estaban muy cansados de la enfermedad, la vida les parecía demasiado penosa y más bien se alegraban de llegar al final; para los que creían en Dios la muerte no era más que un estado transitorio, y no le tenían miedo; y, por último, los que creían que habían tenido una buena vida decían que no podían quejarse de que les llegara el momento de abandonarla.

Naturalmente, los que podían decir eso eran casi siempre las personas de edad más avanzada.

Pero de vez en cuando ingresaba en el hospital una persona joven como Hector y sus compañeros. Llegaba muy enferma, y todos los días la veían adelgazar, sufrir, llorar y, finalmente, morir. Por mucho que intentaran tomárselo como una ocasión para aprender, aquello los afectaba muchísimo.

Cuando Hector se decantó por la psiquiatría, pensó que una de las ventajas de ejercer el bello oficio de psiquiatra era que los pacientes no se morían, mientras que para otros especialistas era terrible (no os diremos cuáles son para no alarmaros, por si un día debéis acudir a uno de ellos). Hector conocía a médicos que ejercían aquellas especialidades. La mayoría iban a verlo porque no soportaban ver morir a sus pacientes, y él les recetaba algunas pastillas y psicoterapia.

Naturalmente, Hector también había visto dejar este mundo a personas queridas, mayores que él, salvo una muy buena amiga. A veces pensaba en la edad que tendría y en las conversaciones que podría haber mantenido con ella si no hubiera muerto.

Tal vez sea ese el motivo por el cual en ese momento, encerrado en aquel cuartucho que apestaba a rata muerta, no temía excesivamente a la muerte. Porque cuando uno piensa mucho en algo termina por perderle el miedo, por muy espantoso que sea.

Él también pensó que, suponiendo que fuera a morir, no podía quejarse de la vida que había llevado: había tenido un buen padre y una buena madre, y muy buenos amigos, se había enamorado varias veces, había ejercido una profesión que lo apasionaba, había hecho espléndidos viajes, a menudo se había sentido útil y nunca había sufrido grandes desgracias. Su vida había sido mejor que la de muchas personas que conocía y, sin duda alguna, más feliz que la de la mayoría de los habitantes del planeta.

Afortunadamente, aún no había hecho Hectorines o Hectorinas, porque si era verdad que iba a morir los habría dejado huérfanos antes de tiempo.

Así pues, el miedo a la muerte no era lo más duro. Lo que más tristeza le causaba era pensar en las personas queridas a quienes ya no vería, y en lo tristes que se pondrían al conocer la noticia de su muerte.

Pensaba en Clara y en el daño que le haría la noticia de su muerte, y de pronto lo asaltaron un montón de recuerdos a toda velocidad, cuando reía, cuando lloraba, cuando le hablaba, cuando dormía junto a él.

Se dio cuenta de lo mucho que la quería, de lo mucho que ella lo quería a él, y pensó que seguramente sufriría mucho cuando supiera que había muerto.

También pensó en Ying Li, pero no tanto, porque de ella no guardaba tantos recuerdos. Ying Li representaba el futuro que nunca llegaría.

También pensó en sus viejos amigos, como Édouard o Jean-Michel, sobre todo en Jean-Michel, que quizá se sintiera culpable porque en parte Hector estaba allí por él.

Luego pensó en sus padres, y también se horrorizó, porque para unos padres debe de ser terrible ver morir a su hijo.

Se acordó de la madre de Marie-Louise, que no había superado del todo la muerte de su marido, y se preguntó si les pasaría lo mismo a Clara o a sus padres.

Sacó el cuaderno para escribirles una carta que tal vez encontrarían en alguno de sus bolsillos. Lo primero que escribió fueron unas palabras para Clara, para decirle lo mucho que la amaba y que no estuviera mucho tiempo triste, porque él había tenido una vida feliz y en parte había sido gracias a ella.

Luego se dirigió a sus padres, para que supieran que no había tenido miedo. Como sus padres eran muy creyentes, pensó que aquel mensaje los ayudaría.

Se guardó la carta debajo de la camisa. De ese modo los bandidos no la verían y el forense la descubriría cuando lo desvistiera para practicarle la autopsia (Hector había presenciado unas cuantas autopsias, y eso también hace reflexionar sobre la muerte, ver que por dentro no somos más que un montón de órganos blandos y frágiles). Por supuesto, cabía la posibilidad de que los bandidos hicieran desaparecer su cuerpo por completo, pero prefirió no considerarla.

Y luego esperó, sentado en una caja de cervezas, con la bombilla en el techo y aquel hedor a rata muerta. Para ahuyentar el miedo a la muerte, volvió a prestar atención a la discusión que se desarrollaba al otro lado de la puerta.

Todos seguían en sus trece: el optimista decía que con Hector podían obtener una buena cantidad; el pesimista opinaba que Hector solo provocaría problemas; y el realista, el jefe, creía que lo mejor era que se deshicieran de él lo antes posible y de una vez por todas. Pero el pesimista les recordó que el chófer y el guardaespaldas, a los que aquel par de ineptos habían dejado escapar, dirían que a Hector lo habían secuestrado, y como era blanco, el pequeño ejército de blancos con pantalón corto iría en su busca y a la captura de los secuestradores. Y a buen seguro sospecharían de ellos, porque en aquel país no había tanta gente que se dedicara a organizar falsos cordones policiales.

Al oír eso, Hector pensó que aún le quedaba una pequeña esperanza.

Sacó el cuaderno y mientras reflexionaba se puso a mordisquear la punta del bolígrafo.

Y luego escribió una pequeña nota que deslizó por debajo de la puerta.

Oyó que los de fuera dejaban de hablar.

Os preguntaréis qué era lo que Hector había escrito en el cuaderno.

¿Tal vez una fórmula mágica que solo conocen los psiquiatras y que solo pueden utilizar cuando están en peligro de muerte?

Hector es astuto

Hector había escrito: «Así no vamos a llegar a ninguna parte. Más vale que hablemos».

Se abrió la puerta y uno de los dos secuaces del jefe le ordenó con tono brusco que saliera. Ni siquiera llevaba revólver. Hector se sintió aliviado, pensó que al menos se habían dado cuenta de que no era idiota y no trataría de imitar a Jackie Chan moliéndolos a patadas.

El jefe seguía sentado, con la nota de Hector en la mano, y le dijo:

—¿De qué quieres que hablemos?

Hector le dijo que estaba de visita y que no quería problemas. Si lo liberaban no le diría nada a la policía.

El jefe soltó una carcajada y le dijo que para decir eso más valía que no hubiera salido del cuartucho.

Hector repitió que no diría nada, y prueba de ello era que tampoco pensaba contarle nada a Eduardo.

Abrieron tanto los ojos que casi se les salieron de las órbitas, como el par de ineptos que se lo habían llevado en el coche. Todos salvo el jefe, que le preguntó sin perder la calma:

—¿Conoces a Eduardo?

Hector respondió que sí, aunque a quien más conocía era a su mujer, que padecía una fuerte depresión. Porque él era psiquiatra.

Los demás se quedaron callados, y uno de los amigos del jefe abrió la cartera de Hector y dijo, casi gritando:

—¡Es verdad, es «spiquiatra»!

—¡Cierra el pico, imbécil! —dijo el jefe.

Vio cómo este reflexionaba. Si Hector decía la verdad, no iría a contarle nada a la policía, porque el hecho de que conociera a Eduardo y a su mujer quería decir que le traía sin cuidado ayudar a la policía. Y si de verdad Hector era amigo suyo y le contaba lo que le había pasado, tal vez Eduardo se enfadara y hubiera represalias para el jefe, de

modo que quizá lo mejor sería hacerlo desaparecer lo antes posible. Pero si la policía y el pequeño ejército de blancos se lanzaban a la busca y captura del jefe y de su banda, también correrían un serio peligro, sobre todo si Eduardo se enteraba y decidía tomar cartas en el asunto. Por otro lado, si lo soltaban y él se lo contaba a la policía, el mal sería menor, ya que como Hector seguiría vivo la policía creería que no valía la pena tomarse la molestia de ir a por la banda, algo parecido a lo que ocurre en el país de Hector cuando se denuncia el robo de la radio de un coche.

Por regla general, los jefes de las bandas suelen ser astutos. Hector albergaba la esperanza de que aquel no fuera una excepción, y al considerar los pros y los contras tomara la única decisión sensata: liberarlo.

El jefe miró a Hector y vio el cuaderno que asomaba de su bolsillo. Ordenó a uno de sus secuaces que se lo diera y lo abrió por la primera página.

Y esto es lo que había escrito:

Lección n.º 1: Una buena manera de estropear la propia felicidad es hacer comparaciones.
Lección n.º 2: A menudo la felicidad llega por sorpresa.
Lección n.º 3: Mucha gente ve la felicidad solo en el futuro.
Lección n.º 4: Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante.
Lección n.º 5: Para ser feliz a veces es mejor no entender ciertas cosas.
Ying Li Ying Li YING LI Hector Ying Li Hector YING LI Hector Ying Li Clara.
Lección n.º 6: La felicidad es una buena caminata entre hermosas montañas desconocidas.
Lección n.º 7: El error es creer que la felicidad es el objetivo.
Lección n.º 8: La felicidad es estar con las personas queridas.
Lección n.º 8 bis: Separarse de un ser querido es siempre un motivo de tristeza.
Lección n.º 9: La felicidad es que a tu familia no le falte de nada.
Lección n.º 10: La felicidad es tener un trabajo que te guste.
Lección n.º 11: La felicidad es tener una casa y un jardín.
Lección n.º 12: Es más difícil ser feliz en un país gobernado por malas personas.
Lección n.º 13: La felicidad es sentirse útil.
Lección n.º 14: La felicidad es que te quieran tal como eres.
Nota: Se es más amable con un niño que sonríe (muy importante).

El jefe lo leyó todo, miró a Hector y dijo:

—Está bien, que se vaya.

Hector se lo pasa bien

Hector iba en otro avión, y, no os lo vais a creer, en la parte más cara, en un asiento que se abatía por completo con un pequeño televisor para él solo, y las azafatas le sonreían y no paraban de servirle champán.

Esa vez era él quien lo había pagado, aunque le hubiera costado un riñón. Sabía que cuando regresara, la empleada del banco que se encargaba de contar el dinero que tenía en su cuenta le haría un montón de llamadas, pero había decidido que durante un tiempo haría lo que le apeteciera, porque se había dado cuenta de que la vida puede terminar en cualquier momento (naturalmente, hacía tiempo que lo sabía, pero, tal como ya hemos dicho, saber y sentir son dos cosas distintas).

Desde que había estado encerrado en aquel cuartucho pestilente la vida le parecía maravillosa.

Sin embargo, sabía que aquel estado de ánimo no duraría mucho, porque tenía pacientes que también habían estado a punto de morir (en la guerra, por ejemplo, en campos de concentración en los que casi todos los prisioneros habían muerto, e incluso un tipo cuyo barco se hundió y tuvo que esperar mucho tiempo en el agua a que lo rescataran).

Todas aquellas personas le habían contado que, inmediatamente después de ser rescatadas, de pronto la vida les parecía maravillosa. Pero no tardaban en recuperar las pequeñas y grandes preocupaciones del día a día (sin contar algunos recuerdos espantosos que los atormentaban durante años). Así pues, todas aquellas personas que habían rozado la muerte luego se irritaban como todo el mundo a la hora de hacer la declaración de la renta o porque el vecino tenía muy alto el volumen de la tele.

Por ese motivo Hector quería aprovechar mientras durara esa sensación de que la vida es maravillosa.

La noche en la que estuvo a punto de morir, al regresar a casa de Marie-Louise todos lo

aguardaban para celebrarlo, y todos reían y lloraban al mismo tiempo, incluidos Jean-Michel y Marcel.

La familia de Marie-Louise no había llamado a la policía porque esperaba que los secuestradores pidieran un rescate. Llamar a la policía habría complicado las cosas, y además algunos policías habrían reclamado una parte del dinero, porque en aquel país los sueldos eran muy bajos. Como además los bandidos habían dejado que Hector se marchara con el coche (por si acaso, no querían contrariar a Eduardo), ni siquiera se trataba de un robo. Era como si no hubiera pasado nada, no hacía falta avisar a la policía, ni al ejército de soldados de pantalón corto, a nadie.

Lo celebraron por todo lo alto en mitad de la noche.

Hector fue a ver al chófer y al guardaespaldas, que esperaban en la cocina, avergonzados porque Marie-Louise y Nestor les habían echado una bronca. Trataron de explicarle que ellos no tenían la culpa de nada, que los ladrones habían huido con tanta rapidez (y seguramente ellos tenían tanto miedo) que no habían podido decirles que Hector estaba en el asiento trasero. Hector les dijo que no se preocuparan, que ya hablaría él con Marie-Louise y Nestor para aclarar las cosas.

Estaba tan contento de sentirse vivo que quería compartir su felicidad con todos los allí presentes. Y lo consiguió, porque todos estaban muy contentos.

Era ya muy tarde, pero nadie quería irse a dormir, e incluso los que vivían en las casas vecinas se habían despertado y se habían unido a la fiesta. Había música, y todos bailaban, todos bailaban muy bien, hasta los señores y las señoras de la edad de los padres de Hector. Incluso Hector bailaba, y eso que él no era muy buen bailarín. Pero cuando uno se siente feliz le da igual que los demás vean lo torpe que es, y cuando uno es el héroe de la velada, su pareja de baile se lo perdona todo, sobre todo tratándose de la bella prima de Marie-Louise, que seguía sonriéndole como durante la cena y con la que no paró de bailar en toda la noche. También había mucha bebida, todo tipo de combinados de ron, y aquella cerveza tan buena, la de la caja sobre la que Hector se había sentado en aquel cuartucho mientras aguardaba la muerte.

Pero en ese momento ya no pensaba en la muerte, sobre todo cuando subía al primer piso de la mano de la prima de Marie-Louise. Entraron en una habitación que debía de hacer tiempo que nadie utilizaba, llena de muebles viejos y fotos de familia de la época en la que el país aún era próspero, y a Hector le dio la impresión de que regresaba a la habitación de sus abuelos, cuando era pequeño. Pero no tuvo mucho más tiempo para

evocar recuerdos, porque la prima de Marie-Louise lo llevó a la cama (o fue él quien la llevó a ella, es difícil saberlo a ciencia cierta), e hicieron lo que hacen dos personas cuando están enamoradas, con la música de la fiesta que llegaba hasta sus oídos a través del suelo.

Cuando terminaron, Hector estaba algo cansado, pero la prima de Marie-Louise no, de modo que volvieron abajo con los invitados, que seguían bailando. Se sentía un poco violento, pero enseguida se dio cuenta de que o nadie los había visto o a todos les parecía muy bien que él hubiera subido al piso de arriba con la chica.

Más tarde, se encontró a Nestor, quien le guiñó un ojo mientras se servía una cerveza. Como la música estaba muy fuerte, Nestor se le acercó y le gritó al oído:

—Bueno, ¿qué tal tu estudio sobre la felicidad?

—Bastante bien —respondió él, que aún se sentía algo incómodo.

Nestor soltó una carcajada y le dijo al oído:

—Aquí sobran los motivos para ser desgraciado, incluso para nosotros, que podemos considerarnos afortunados. Por eso, cuando se nos presenta una ocasión para ser feliz, no la dejamos escapar. No importa el mañana, no sabemos lo que va a pasar.

En aquel preciso instante, la bella prima de Marie-Louise, que estaba bailando con Jean-Michel (porque aunque no le interesaran las chicas, Jean-Michel siempre había bailado como un dios), le mostró una espléndida sonrisa, y Hector comprendió aún mejor lo que Nestor había querido decirle.

A bordo del avión, Hector volvió a sacar el cuaderno y anotó:

Lección n.º 15: La felicidad es sentirse completamente vivo.

No estaba mal, pero no acababa de quedar claro. Mordisqueó el lápiz y escribió:

Lección n.º 16: La felicidad es pasárselo bien.

Volvió a pensar en Édouard, a quien le gustaba la juerga, y en aquella primera noche en China. Y no hace falta decir en quién pensó luego, pues ya os lo podéis imaginar; para eso no hace falta ser psiquiatra.

Hector gana altura

Hector seguía bebiendo el champán que le servían las amables azafatas y se sentía muy feliz. Pero eso no le impedía reflexionar sobre la felicidad, porque él era un chico serio.

Para empezar, ¿por qué beber champán (o una cerveza muy buena, o los vinos selectos que le gustaban a Édouard) hacía feliz a casi todo el mundo? En todos los países la gente tomaba aquellas bebidas para adultos cuando querían celebrar algo, y siempre funcionaba, porque todo el mundo se sentía más alegre.

Por desgracia, cuando bebían demasiado hacían tonterías, algunos conducían muy mal y tenían accidentes, otros buscaban pelea, otros hacían lo que hacen los enamorados con cualquiera y sin tomar precauciones para no contraer enfermedades de transmisión sexual. Y algunos bebían tan a menudo que ya no les hacía ningún efecto y caían enfermos (tal vez a Édouard le faltara poco para llegar a ese extremo).

Aquello hizo reflexionar a Hector: si beber alegraba el espíritu y afectaba al cerebro (no hay más que oír hablar a alguien que se ha tomado algunas copas de más), debía de haber un lugar en el cerebro capaz de activar la felicidad que se aceleraba cuando uno bebía demasiado. Hector estaba contento, se le acababa de ocurrir una buena pregunta para el gran profesor experto en felicidad.

¿Y las pastillas que fabricaban los laboratorios farmacéuticos? De momento, solo podían devolver a las personas los ánimos que tenían antes de ponerse tristes o empezar a sentir miedo. Pero ¿qué pasaría el día en que unos laboratorios inventaran una pastilla de la felicidad absoluta? ¿Se atrevería a recetarla a sus pacientes? No estaba del todo seguro.

Sacó el cuaderno y escribió:

Pregunta: ¿La felicidad no es más que una reacción química en el cerebro?

Como recompensa por el fruto de su reflexión, Hector hizo señas a la azafata para que le sirviera otra copa. Le pareció muy guapa, aunque pensó que tal vez fuera el champán, y además su vida ya era bastante complicada con Clara, Ying Li y la prima de Marie-

Louise, que para postre le había dicho que de vez en cuando iba a su país a pasar las vacaciones.

Se preguntó por qué no se había enamorado de ella, como le había pasado con Ying Li, pero no es difícil imaginarse la respuesta: con la prima de Marie-Louise (no diremos su nombre, no vaya a ser que os la encontréis en la ciudad de Hector) solo había compartido alegría, mientras que con Ying Li lo había compartido todo, la alegría y la tristeza. También con Clara, por supuesto, pero últimamente también compartían los nervios, el aburrimiento y el cansancio.

Le habría gustado poder hablar con alguien de todo aquello, pero no tenía a nadie al lado, porque la parte del avión en la que viajaba era tan cara que casi no había gente. Y aunque hubiera tenido un compañero de viaje, habría tenido que inclinarse mucho hacia un lado, porque los brazos de los asientos eran muy anchos. Aquello le pareció interesante porque significaba que para los ricos la felicidad consistía en poder estar solos, por lo menos en el avión.

En cambio, para los pobres, como aquellas mujeres de China que se sentaban en el suelo sobre sus hules, la felicidad consistía en estar con sus amigos. Es cierto, sin embargo, que en un avión uno nunca puede estar seguro de que la persona que se sentará a tu lado vaya a ser amable, así que más vale tomar precauciones.

En ese momento apareció una azafata procedente del piso de abajo, de la parte del avión en la que los asientos eran más baratos, y fue a hablar con sus compañeras. Parecían preocupadas. Hector pensó que tal vez hubiera un problema, y se preparó para una nueva reflexión sobre la muerte, si bien esa vez estaba más cómodo que en aquel cuartucho.

Una de las azafatas se dirigió a los pasajeros para preguntarles si alguno de ellos era médico. Hector no sabía qué hacer: un psiquiatra es un médico de verdad, pero a fuerza de escuchar a la gente acaba perdiendo la costumbre de tratar las enfermedades normales. Pero lo que más le preocupaba era que hubiera una mujer a bordo a punto de dar a luz. Cuando era estudiante nunca había hecho prácticas en la sección de partos. Claro que lo había estudiado, pero muy someramente, y se lo había aprendido en una noche, la víspera del examen, de modo que no se acordaba de mucho. Y, además, las clases y la realidad son dos cosas muy distintas. Estaba en un buen aprieto, pero aun así hizo señas a la azafata y le dijo que él era médico.

La azafata se alegró mucho, porque había preguntado en las demás partes del avión y

no había encontrado ningún médico, o al menos nadie había querido decir que lo era (Hector no tardó en entender el porqué, luego lo veremos).

Así pues, Hector abandonó su pequeño paraíso y siguió a la azafata a la clase turista. Los pasajeros lo observaban desde sus asientos porque sabían que se trataba del médico, y eso lo preocupó un poco; ¿qué haría si de pronto a todos se les ocurriera pedirle consulta?

La azafata lo condujo al asiento de una mujer que al parecer no se encontraba bien.

Hector trató de hablar con ella, pero no era fácil porque a la mujer le dolía mucho la cabeza y para colmo no hablaba su lengua. Incluso cuando hablaba en inglés, tanto a él como a la azafata les costaba entender su acento.

Tenía la cara algo hinchada, como las personas que beben con demasiada frecuencia, pero no era esa la causa. Por fin la mujer sacó un papel de su bolso y se lo dio a Hector. Era un informe médico: algo mucho más fácil de entender. Hacía seis meses que la habían operado de la cabeza para extirparle un bulto que le había salido en el cerebro y se había convertido en un tumor maligno. Hector se fijó en su pelo y se dio cuenta de que era una peluca. Como en seis meses el tumor puede volver a aparecer, Hector intuyó que la mujer aún debía de tomar medicación. Por eso tenía la cara hinchada y se le había caído el pelo; seguramente se trataba de un tumor de la peor especie. Mientras leía el informe, la mujer lo observaba, como si intentara leerle el pensamiento. Pero Hector había aprendido a no perder la compostura y a mantener un aspecto tranquilo, y le dijo:

—No se preocupe, solo voy a hacerle unas preguntas.

Le habló como un médico: quería saber desde cuándo le dolía la cabeza, si el dolor latía como un corazón o era punzante como un dolor de muelas, y qué parte de la cabeza le dolía más. También le examinó los ojos, con la ayuda de una lamparilla que le proporcionó la azafata. Le dijo que le estrechara las manos, y otras cosas que se aprenden en la facultad de Medicina. La mujer parecía más tranquila que antes, cuando él había llegado.

Las preguntas y los pequeños ejercicios lo ayudaron a distraerse, a no pensar que tal vez la mujer moriría, pero al terminar se vio obligado a pensar de nuevo en la gravedad de su estado.

La azafata le facilitó el pasaporte de la mujer, y en la foto, de menos de un año, vio a una bella joven con los mismos ojos con que lo miraba la mujer que tenía al lado, y comprendió que la enfermedad también le había robado la belleza.

Recordó entonces la lección número 14: «La felicidad es que te quieran tal como eres».

Y luego le sonrió, porque debía de echar de menos la sonrisa de un hombre.

Hector aprende geografía e historia

Se llamaba Djamila, que significa «bella», precisamente, y procedía de un país también muy hermoso al que las personas un poco mayores que Hector habían ido cuando eran jóvenes a fumar hierba entre magníficas montañas. Las chicas volvían con unas telas muy bonitas para confeccionarse vestidos o cortinas (era una época en la que los vestidos y las cortinas se parecían mucho).

Desde entonces, aquel país siempre había estado en guerra, primero porque un gran país vecino que pretendía instalar el paraíso en la Tierra lo había invadido. Pero los habitantes de aquel hermoso país no estaban de acuerdo con la versión del paraíso terrenal que tenían los invasores y declararon la guerra a los soldados del vecino poderoso. La guerra duró varios años, y fue como un absceso para el gran país. Luego las cosas fueron de mal en peor para todo el mundo, muchas madres derramaron lágrimas, la gran potencia vecina se debilitó y el país de Djamila siguió en guerra porque sus propios habitantes también querían establecer el paraíso en la Tierra (cuidado con las personas que anuncian que van a establecer el paraíso en la Tierra, por regla general lo que traen es el infierno). Aquel bello país era ahora más pobre que cuando Hector era joven. Pero parecía que iban por el buen camino, un gran ejército formado por todos los países del mundo había ido a restablecer el orden (sus soldados no llevaban pantalón corto: hacía demasiado frío), y la gente había empezado a recuperar la esperanza.

Esperanza era precisamente lo que le faltaba a Djamila. La joven trataba de encontrar razones para recuperarla mirando el rostro de Hector, que a su vez estudiaba el informe redactado por otro médico, un informe que no era muy esperanzador, como ya os podéis imaginar.

Hector le dijo que se ocuparía de ella hasta el final del viaje.

Puso cara de médico serio y le dijo a la azafata que Djamila necesitaba espacio para estirarse, que eso le aliviaría el dolor de cabeza, de manera que era necesario que se la

llevara a su lado para poder vigilarla. La azafata llamó a un auxiliar de vuelo muy amable. Entre los tres ayudaron a Djamila a levantarse y la acompañaron a la otra parte del avión. De pie Djamila era muy alta pero muy ligera.

Una vez que estuvo sentada al lado de Hector, en aquel asiento tan cómodo que se abatía y quedaba casi tan horizontal como una cama, sonrió por primera vez, y Hector reconoció a la Djamila que había visto en la foto del pasaporte. Le preguntó si aún le dolía la cabeza, y ella le respondió que sí, pero añadió que estaba contenta de estar allí y que Hector era muy amable.

Siguieron hablando. Hector creía que aquello la ayudaría a olvidar el dolor de cabeza, y mientras le hablaba le examinaba las pupilas como suelen hacerlo los médicos.

Los dos iban al país con mayor número de psiquiatras del mundo. Hemos dicho «mayor número de psiquiatras», pero también podríamos haber dicho mayor número de piscinas, de premios Nobel, de bombarderos, de tartas de manzana, de ordenadores, de parques naturales, de bibliotecas, de *majorettes*, de asesinos en serie, de periódicos, de mapaches y de un montón de cosas más. Hacía tiempo que aquel era el país del non plus ultra, seguramente porque quienes lo habitaban habían abandonado su país de origen porque querían más de todo, especialmente más libertad (los únicos que no habían ganado libertad eran los indios, que siempre habían vivido allí, pero ya hemos visto que eso forma parte de una época en la que los habitantes de los países como el de Hector creían que eran los amos del mundo).

Djamila iba a reunirse con su hermana, que estaba casada con un ciudadano de aquel país. Tenía previsto quedarse una temporada con ellos, haciendo reposo.

Hector le explicó que él iba a conocer a un profesor experto en felicidad. Enseguida se arrepintió de haberlo dicho, porque seguramente la felicidad no era un buen tema del que hablar con Djamila, teniendo en cuenta su estado.

Pero ella le sonrió y le explicó que para ella la felicidad consistía en saber que la gente de su país iba a ser más feliz, que sus hermanos pequeños no morirían en la guerra cuando fueran mayores y que su hermana tenía un buen marido y unos hijos que podían ir a la escuela, marcharse de vacaciones y estudiar para ser médicos o abogados, o guardabosques, o pintores, lo que quisieran.

Hector se dio cuenta de que no hablaba de su propia felicidad, sino de la de los demás, la de las personas a las que quería.

Djamila le dijo que el dolor no había remitido, antes al contrario. Hector llamó a la

azafata y le dijo que quería hablar con el comandante (algo que solo pueden hacer los médicos). Este llegó poco después, impecablemente vestido de uniforme y con un bigote no menos impecable (tranquilos, el otro comandante, porque eran dos, se había quedado en la cabina y seguía pilotando el avión). Hector le explicó la situación, y el comandante le preguntó si serviría de algo que hicieran descender el avión para volar más bajo.

Hector contestó que valía la pena intentarlo. Los pilotos de avión y los médicos lo saben muy bien: la presión que ejerce un cuerpo dentro de otro aumenta con la altura, en la cumbre de una montaña o a bordo de un avión, por ejemplo, precisamente porque la presión del aire que lo rodea es más baja, incluso en un avión presurizado. Así pues, inmediatamente el comandante dio la orden de que el avión descendiera.

Djamila le dijo a Hector que lamentaba causar tantas molestias, y él le contestó que no se preocupara, que para él era una aventura hablar con el comandante para pedirle que hiciera descender el avión, y que la próxima vez le pediría que hiciera un rizo para que su dolor de cabeza cesara. Aquello la hizo reír, y Hector volvió a reconocer a la Djamila de la foto del pasaporte.

Luego le pidió champán a la azafata, ya que a Djamila no podía sentarle mal.

Brindaron, y ella le dijo que era la primera vez que bebía champán, porque en su país llevaba mucho tiempo prohibido y solo quedaba el vodka de mala calidad que habían dejado los soldados vencidos. Saboreó el champán y le pareció delicioso, y Hector le dijo que compartía su opinión.

Hector recordaba la última lección, «la felicidad es pasárselo bien», y quiso que Djamila disfrutara.

Siguieron hablando hasta que a Djamila dejó de dolerle la cabeza y se durmió plácidamente.

Los pasajeros estaban preocupados porque al mirar por las ventanillas se habían dado cuenta de que el avión volaba más bajo. Las azafatas les explicaron el motivo de aquella pérdida de altura y todos miraron a Hector y a Djamila y se serenaron.

Hector reflexionaba mientras Djamila dormía.

Seguramente ella pensaba a menudo en su muerte. Él también había pensado durante una hora en aquel cuartucho. La diferencia era que ella llevaba varios meses encerrada en el cuartucho. Y, sin embargo, aún sonreía.

Y le había dicho que estaba contenta de que su país y su familia tuvieran más oportunidades de ser felices.

Cogió el cuaderno y anotó:

Lección n.º 17: La felicidad es pensar en la felicidad de las personas queridas.

Hector sueña

El piloto del bigote impecable hizo una buena maniobra de aterrizaje, sin sacudidas, y los pasajeros aplaudieron, quizá porque se habían inquietado un poco al ver que el avión volaba tan bajo. Un simple aterrizaje sin problemas, que normalmente no tenía importancia, era entonces motivo de alegría.

De nuevo un caso de comparación, pensó Hector.

Mientras los pasajeros abandonaban sus asientos para bajar del avión, lanzándoles miradas furtivas, Hector esperó con Djamila y la azafata a que llegaran los médicos que el piloto había solicitado por radio. Djamila se había despertado, y por suerte tenía las pupilas igual que antes y podía apretar las manos de Hector con la misma fuerza en ambas manos, si bien no era mucha, porque era una chica y estaba cansada.

Aparecieron dos tipos altos y corpulentos con bata blanca y una silla de ruedas para trasladar a Djamila, y Hector se encargó de explicarles lo que le pasaba. Pero no se molestaron en escucharlo, de entrada le preguntaron a Djamila si tenía seguro médico. Antes de ocuparse de ella querían saber si podría pagar. Además no eran médicos, porque en aquel país los médicos no se desplazan demasiado, sino que esperan sentados a que les lleven los pacientes. Hector se enfadó, pero Djamila le dijo que no valía la pena, ya que su hermana, que seguramente la esperaba en el aeropuerto, ya se había encargado de contratar todos los seguros necesarios, y el padre de su marido era médico. Así pues, estaría en buenas manos, Hector podía irse tranquilo.

Se intercambiaron los números de teléfono para no perder el contacto y Hector se marchó. Se volvió por última vez y vio a Djamila, sentada con la espalda erguida entre los dos enfermeros. Ella le sonrió y le hizo un pequeño gesto tranquilizador con la mano.

Hector se hallaba en una ciudad muy grande situada a orillas del mar, un lugar en el que siempre hacía buen tiempo e incluso había palmeras en los jardines. La ciudad, tan grande como algunos países, estaba atravesada por innumerables autopistas perfectamente visibles desde el cielo. Parecía que hubieran arrojado espaguetis sobre aquella alfombra de intrincados motivos, bordada con piedras preciosas azules y

brillantes: piscinas. Había montones de ellas.

Hector le contaba las peripecias del viaje a Agnès, que había ido a recogerlo al aeropuerto y en ese momento conducía un flamante coche por una de las autopistas que había visto desde la ventanilla del avión. El cielo estaba azul y el aire vibraba por el calor, pero no dentro del coche, porque Agnès había puesto el aire acondicionado a tope. Hector recordó que, para ser una mujer, no era nada friolera.

Agnès y Hector habían sido pareja, pero un día se separaron. De hecho, fue Hector quien la dejó a ella, ya que por aquel entonces él todavía era muy joven y no sabía apreciar las cualidades de una buena chica, porque tampoco tenía mucha experiencia. De modo que abandonó a Agnès y conoció a chicas que no valían tanto como ella, pero él aún no lo sabía, no se dio cuenta de ello hasta mucho más tarde, cuando Agnès ya se había instalado en el país del non plus ultra, se había casado con uno de sus habitantes e incluso había tenido tres hijos con él. Sin embargo, seguían siendo buenos amigos y se querían, si bien no hacían lo que hacen dos personas cuando están enamoradas.

Cuando Hector le contó la historia de Djamila, Agnès se sobresaltó.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Has corrido un riesgo enorme! En este país la gente denuncia a los médicos por cualquier estupidez. Los abogados piden indemnizaciones exorbitantes. Ir a bordo de ese avión era como estar aquí, en el país. Y, además, el seguro no te lo habría cubierto. ¡Gracias a Dios que todo ha ido bien!

Hector le dijo que, de todos modos, Djamila era una buena persona, incapaz de querellarse contra un médico. Pero en ese momento comprendió por qué en el avión había sido el único que había dicho que era médico. Los demás, si es que los había, seguramente no querían enfrentarse a abogados más tarde. Se habían comportado como niños en clase, que miran hacia otra parte cuando no quieren salir a la pizarra.

Hector conocía a algunos abogados y nunca les había tenido miedo. Solo le parecían algo tediosos cuando hablaban demasiado en las cenas. Pero Agnès le contó que allí los abogados eran tipos temibles que ganaban lo mismo que Édouard (Agnès también conocía a Édouard, que había estado enamorado de ella cuando eran muy jóvenes, pero por aquel entonces ella estaba enamorada de Hector; el amor es complicado).

La casa de Agnès era muy bonita. Tenía un césped espléndido, palmeras y una piscina en forma de alubia. El marido de Agnès tampoco estaba mal, para Hector era como un hermano mayor que destaca en gimnasia. Se llamaba Alan y le caía muy bien. Su único defecto era que todas las noches le preguntaba si quería salir a correr con él por la

mañana, porque Alan empezaba la jornada corriendo cinco kilómetros. Y como salía a las seis y media de la mañana, a Hector no le apetecía, prefería quedarse en la cama y seguir soñando, porque para un psiquiatra los sueños son muy importantes.

Mientras Alan corría y Agnès preparaba el desayuno de los niños antes de llevarlos al colegio, Hector soñaba con Ying Li, aunque a veces lo mezclaba todo: no era Djamila quien tenía dolor de cabeza en el avión, sino Ying Li, y él trataba de salvarla estrechándole las manos. Luego era Hector quien iba sentado en la silla de ruedas, y Clara lo empujaba por el pasillo del avión. Y el piloto que iba a hablar con él era el anciano chino, vestido de monje y con gorra de piloto. Lo miraba y se reía, porque Hector había vuelto a ocupar su asiento en el avión, pero ahora estaba completamente desnudo y no se atrevía a levantarse porque tenía miedo de que lo vieran los demás pasajeros y las azafatas. La persona sentada a su lado le agarraba el brazo para tranquilizarlo, y era Ying Li, y también Clara, y la prima de Marie-Louise, y Djamila, todas en una única mujer que lo amaba y le sonreía. Aquello era el paraíso, pero despertó.

Cogió el cuaderno y anotó:

Lección n.º 18: La felicidad es poder amar a varias mujeres al mismo tiempo.

El problema, naturalmente, era que las mujeres no siempre opinaban lo mismo.

Tachó la frase e hizo pequeños garabatos encima, porque tenía miedo de que un día Clara encontrara el cuaderno y lo leyera.

Hector va a la playa y hace algunos cálculos

La casa de Alan y Agnès se hallaba en una de las zonas más hermosas de aquella ciudad situada a orillas del mar que era tan grande como un pequeño país. Todas las mañanas Hector bajaba por una avenida de árboles y magníficas casas de madera, algunas muy antiguas (en aquella ciudad, las casas antiguas tenían los mismos años que una anciana). Luego bajaba una escalinata tallada en las rocas, pasaba por debajo de la carretera, de la que le llegaba el zumbido de los coches, y salía a una inmensa playa de arena blanca. Se acercaba a la orilla y se mojaba los pies en el agua del mar, que estaba bastante fría. Cuando tenía los pies en el agua miraba el horizonte azul y pensaba que aquel mar llegaba hasta China. Puede que la pequeña ola que le mojaba los tobillos procediera de la ciudad en la que había conocido a Ying Li.

Lo extraño era que en aquella magnífica playa no había mucha gente, y aún menos gente como él, Agnès o Alan. La mayoría eran parejas de piel oscura con muchos hijos, o negros bastante jóvenes. Hector llegó a la conclusión de que en aquel país los ricos no tenían tiempo para ir a la playa porque trabajaban mucho, como Agnès y Alan; tal vez prefirieran el agua cristalina de sus piscinas o de sus jacuzzis, o a lo mejor no querían mezclarse con los pobres, pero eso también ocurre en los demás países.

De todos modos, más al norte había otras playas, playas en las que vivían los ricos, e incluso algunas estrellas de cine. Pero los que no eran del lugar no podían pasear por allí, porque, en aquel país, con dinero hasta una playa se podía comprar.

Así pues, aquella playa era de los pobres, que no tenían que pagar por estar allí y se divertían jugando a voleibol, bebiendo cerveza y ligando con las chicas, porque allí se olvidaban de que había gente más rica que ellos que tenía coches deportivos, casas bonitas y abogados muy caros.

Hector se puso las gafas de sol y escribió:

Lección n.º 19: El sol y el mar hacen feliz a todo el mundo.

Y pensó que si un día llegaba a ser pobre, iría a refugiarse a una ciudad soleada a

orillas del mar, y en un país pobre para no sentirse tan pobre (recordemos la lección número 1: «Una buena manera de estropear la propia felicidad es hacer comparaciones»).

Echó un vistazo a su lista de máximas y pensó que poco a poco iba acercándose al final. Últimamente, cada vez que una aventura de su viaje lo obligaba a reflexionar sobre la felicidad, se daba cuenta de que correspondía a una lección que ya había apuntado. Aquello podía significar dos cosas: o bien que ya casi había agotado todas las lecciones posibles, o bien que había llegado a un punto muerto, en cuyo caso lo mejor sería que enseñara la lista a alguien más (de momento, la única persona que la había leído entera era el jefe de aquella banda de ladrones, pero no le había dicho lo que le parecía).

Por las noches, Hector cenaba con Alan, Agnès y los niños. Le gustaba estar en compañía de una familia de verdad, con un padre, una madre, dos niños y una niña, porque aquello le parecía una buena base para encontrar la felicidad. El problema era que los niños no aguantaban mucho tiempo en la mesa, se iban a jugar al jardín, volvían a tomar tarta o subían a sus habitaciones a ver la tele o a jugar con el ordenador.

Agnès se exasperaba, porque quería que permanecieran más tiempo en la mesa. A Alan, en cambio, le daba igual, y le hablaba a Hector de su trabajo. Alan no solo destacaba en gimnasia, sino también en cálculo, y hacía cálculos muy complicados. De hecho, hacía cálculos sobre otros cálculos que luego profesionales que no dominaban los números tanto como él aprovechaban para poner en funcionamiento ordenadores o descifrar códigos genéticos (no explicaremos en qué consiste porque sería demasiado largo; más vale que lo consultéis en un diccionario). Como el cálculo era la pasión de Alan, para relajarse inventaba divertidos problemas de cálculo para un periódico importante, la clase de problemas irresolubles que hacen que uno se sienta como un perfecto imbécil.

—¡Deberías ordenarles que se queden hasta que hayamos acabado todos! —le dijo Agnès.

—No se quedan porque no quieren —respondió Alan.

—Naturalmente que no quieren, porque saben que a ti te da igual.

—No es que a mí me dé igual, yo lo que quiero es cenar tranquilo.

—¡Claro! ¡El señor quiere cenar tranquilo! Yo también quiero cenar tranquila, pero

todos juntos, en familia.

—Son niños y se aburren en la mesa. Es normal, yo también era como ellos.

—Pues eso no es lo que dice tu madre. Según ella, siempre cenabais todos juntos.

—Es verdad, y no guardo muy buenos recuerdos, precisamente. Tener que oír todas las noches las quejas de mamá...

Agnès se sintió ofendida.

—¿Lo dices por mí? ¿Yo también te doy la lata con mis quejas?

—No, pero siempre discutimos por lo mismo.

—¿Ah, sí? Pues no haría falta discutir tanto si tuvieras un poco más de autoridad con tus hijos.

—Pero si no hacen nada malo, solo se divierten.

—¡Prefieren ver series repugnantes en lugar de hablar con sus padres!

—No solo se puede hablar durante la cena.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo, si puede saberse? Tú trabajas todo el día, yo soy la que paso más tiempo con ellos.

—Mejor, así pueden hablar con su madre.

—Tú también eres su padre, por si no lo sabías.

—El mío se largó cuando yo era pequeño.

—Y ya ves el resultado: no has tenido un modelo para luego poder ocuparte de tus hijos.

—No, pero he tenido un modelo de tío que acaba largándose porque ya no soporta más a su mujer, que se pasa el día quejándose.

Hector se sintió muy violento. Se acordó de cuando en su consultorio una pareja de pacientes discutieron delante de él, pero lo que estaba ocurriendo en ese momento era diferente, porque se trataba de sus amigos y no estaban en el consultorio, sino en la bonita cocina de su casa.

Alan y Agnès notaron que Hector se sentía incómodo y le pidieron disculpas, y todos trataron de cambiar de tema. Hector les contó el objeto de su viaje y las máximas que ya había descubierto.

Alan se quedó pensativo y señaló que quizá fuera posible calcular la felicidad.

—¿Calcular la felicidad? —le preguntaron Agnès y Hector al unísono.

—Sí, la felicidad depende de varios factores, por ejemplo, de la salud, de los amigos, de un trabajo que te guste... Podríamos reunir todos esos elementos en una fórmula.

Cada término tendría un coeficiente diferente y, al final, se obtendría un resultado, un índice de felicidad... O un coeficiente de felicidad, eso es, el CF.

Hector sacó el cuaderno y se lo enseñó a Alan y a Agnès (se alegraba de haber tachado la lección número 18, porque a Agnès tampoco le habría gustado). Entre los tres trataron de encontrar las palabras más representativas de cada máxima.

En algunos casos era bastante fácil. Así, por ejemplo, en la lección número 8: «La felicidad es estar con las personas queridas», las dos palabras más adecuadas podían ser «amor/amistad»; en la 8 bis, «soledad/aislamiento», y asignarles un coeficiente negativo (no os preocupéis si no sabéis lo que es un coeficiente negativo, Alan sí lo sabe). En la lección número 4: «Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante», el concepto sería «estatus social» o «dinero».

Pero intentad encontrar una palabra para las lecciones como la número 5: «Para ser feliz a veces es mejor no entender ciertas cosas» o la número 7: «El error es creer que la felicidad es el objetivo», y os daréis cuenta de que es como uno de los problemas que Alan inventa para el periódico: cuesta encontrar la respuesta correcta.

Por fin lograron elaborar una lista.

Ser amado Dinero Sentirse útil

Amistad Salud Estatus social Trabajo atractivo

Pasárselo bien La felicidad de las personas queridas Serenidad

Al final, cuando ya no se les ocurrían más palabras, Alan miró a Agnès y añadió: «Estar casado». Y a Agnès se le humedecieron los ojos.

Hector se informa sobre la vida familiar

Al día siguiente, Hector se despertó pronto y pudo acompañar a Agnès a su trabajo. Esa vez no tomaron la autopista, porque era hora punta y estaba algo atascada. De ese modo, Hector pudo ver la ciudad. No se parecía a nada de lo que había visto antes. Había bulevares con hermosas casas de estilos distintos: pintadas de blanco, de estilo español, de estilo inglés, con ladrillos, de estilo costero, con madera de teca, chalets austríacos, casas modernas con enormes cristaleras, y muchos más, como si los arquitectos hubieran querido probar todos los estilos. También había zonas llenas de grandes supermercados, garajes, aparcamientos, estaciones de servicio, como en las afueras de toda gran ciudad; barrios de edificios modernos con mucha gente elegante, pese al cielo despejado y al calor; y zonas con pozos de petróleo en plena ciudad y extensas explanadas en las que los muchachos negros jugaban al baloncesto.

Mientras iban en el coche, Hector aprovechó para preguntarle a Agnès si era feliz.

—Como sabía que me harías esa pregunta, me he pasado la noche pensando una respuesta. Creo que sí, que soy feliz. Tengo un trabajo que me gusta, un marido al que quiero y unos hijos que son felices. De hecho, lo único que deseo es que esto dure. La única amenaza es que a veces pienso que esa felicidad no puede durar eternamente, que lo más probable es que un día las cosas se tuerzan.

—Has dicho: «Creo que soy feliz». ¿Por qué crees que lo eres? ¿Te comparas con los demás?

—No exactamente. No es posible saber cómo los demás viven su felicidad o su desdicha. De hecho, yo me comparo conmigo misma. Pienso en otras épocas de mi vida, y creo que nunca he sido tan feliz como ahora.

A Hector le pareció interesante la idea de compararse con uno mismo. Es obvio que las comparaciones pueden estropear la propia felicidad (lección número 1), pero también pueden ayudarnos a convencernos de que somos felices. Agnès, por ejemplo, creía que en ese momento era más feliz que cuando vivía con él. Por un lado Hector lo entendía, pero por otro le fastidiaba un poco: los hombres son así.

Como él reflexionaba en silencio, Agnès prosiguió:

—Naturalmente, no todos los días son de color rosa. Ya viste anoche cómo discutíamos sobre la educación de los niños. Pero supongo que eso les pasa a todas las parejas con hijos.

Hector le preguntó si tener hijos también hacía la felicidad. Agnès le contestó que proporcionaba momentos muy felices, pero también era fuente de no pocas preocupaciones. Hay que estar todo el día pendiente de ellos y se acaba el dormir hasta las tantas. A Hector le daban escalofríos solo de pensarlo.

A Agnès también le preocupaba el futuro de sus hijos, porque en aquel país los niños se volvían locos. Hector le contestó que en su país también había niños que se volvían locos, pero como el país en el que vivía Agnès era el país del non plus ultra, los niños locos lo eran un poco más, y, por ejemplo, en lugar de pegar a sus compañeros más débiles, a las niñas o a los profesores, como en el país de Hector, allí había niños que disparaban con armas de adultos.

—Por eso refunfuñaba anoche. No quiero que mis hijos se eduquen con la televisión o con los videojuegos. Eso es lo que está pasando en los países ricos, y en los pobres también. La gente se preocupa por la contaminación del aire y no tiene en cuenta la contaminación mental de los niños.

Agnès siguió hablando, porque para ella era un tema muy importante. Incluso había hecho un experimento. Primero mostraba a un grupo de niños pequeños una película en la que un señor golpeaba a una muñeca. Luego los dejaba jugar a sus anchas y contaba las veces que se pegaban unos a otros (no muy fuerte, por suerte, ya que eran muy pequeños). Pues bien, se pegaban mucho más después de haber visto la película que antes. Porque los niños, explicó Agnès, aprenden por imitación. Por eso una persona tiene más posibilidades de ser buena con los demás si sus padres también lo son con ella.

Tal vez creáis que Agnès era psiquiatra, pero no lo era, era psicóloga. Un psicólogo es una persona que ha estudiado cómo piensan las personas, o cómo se vuelven locas, o cómo unos niños aprenden lo que les enseñan en la escuela y otros no, o por qué pegan a sus compañeros. Al contrario de los psiquiatras, los psicólogos no pueden recetar pastillas a sus pacientes, pero sí pueden someterlos a pruebas que consisten, por ejemplo, en escoger un dibujo, hacer cálculos con fichas de dominó o preguntar qué les sugiere una mancha de tinta. Eso los ayuda a entender el funcionamiento de la mente de sus pacientes (aunque no del todo, la verdad sea dicha).

Hector le preguntó a Agnès si era feliz cuando trabajaba en aquel estudio sobre los niños. Ella le respondió que sí, porque mientras lo hacía se sentía útil (lección número 13, pensó él).

Llegaron a la universidad en la que trabajaba Agnès, y también Alan, ya que era allí precisamente donde se habían conocido. Lo más divertido era que aquella universidad parecía de la Edad Media: había bonitos edificios antiguos con pequeños campanarios, columnas, estatuas e inmensos campos de césped. De hecho, la universidad no tenía más años que una anciana, pero los habitantes de aquel país habían querido que fuera tan bonita y pareciera tan antigua como las de los países como el de Hector. Era así como habían inventado el estilo «neomedieval». Sin duda alguna, aquel era el país del non plus ultra.

El campus estaba lleno de estudiantes de todas las razas, también de bellas muchachas chinas en pantalón corto que le recordaron ya sabéis a quién, pero trató de concentrarse, pues había ido allí a trabajar.

Porque era allí donde trabajaba aquel gran profesor experto mundial en felicidad. Llevaba años estudiando la felicidad, lo invitaban a congresos para que diera charlas sobre ella y era muy conocido, aunque no tanto como un presentador de televisión, sobre todo entre los demás especialistas. Agnès le había hablado de Hector y el gran profesor había accedido a entrevistarse con él. De ese modo Hector podría enseñarle la lista.

Hector estaba un poco nervioso, se sentía como cuando era pequeño y estaba en el colegio, antes de salir a la pizarra, porque aquellas máximas le parecían muy interesantes mientras las escribía, e incluso mientras se las leía a Agnès y a Alan, pero ya que estaba a punto de enseñárselas al gran profesor, le parecían algo ridículas.

Le dijo a Agnès lo que le preocupaba, y ella le respondió que se equivocaba, que aquellas lecciones tenían el peso de la vida, y que su mirada, la de Hector, no valía menos que los resultados de un experimento de laboratorio.

Hector pensó que Agnès era estupenda, y que a veces uno comete estupideces cuando es joven.

Hector se convence de que no es tonto

El gran profesor era bajito y enclenque, pero tenía una nariz enorme y un mechón de cabellos blancos que parecía el plumaje de un pájaro. Tenía la voz muy recia, y mientras hablaba miraba a Hector y, de vez en cuando, emitía un «¿Eh?», como si esperara que Hector le respondiera: «Claro, por supuesto». Pero no le dejaba tiempo para decirlo y proseguía su discurso.

—Para empezar, la gente se rompe la cabeza tratando de hallar una definición de felicidad. ¿Acaso es la alegría? No, contestarán algunos, la alegría es una emoción pasajera, es tan solo un momento de felicidad que hay que aprovechar. ¿Y el placer, eh? ¡Pues claro! Todo el mundo sabe lo que es el placer, el problema es que tampoco suele durar mucho. Pero ¿acaso la felicidad no es una suma de pequeñas alegrías y de pequeños placeres, eh? Pues bien, mis colegas por fin se han puesto de acuerdo sobre el concepto de «bienestar subjetivo», qué triste y soso suena eso, ¿verdad? Parece el discurso jurídico de un gris abogado: «¡Mi cliente denuncia a su bienestar subjetivo!». Pero usted ya sabe a qué me refiero, ¿eh?

Mientras hablaba iba de un lado a otro de la habitación, como si quisiera ocupar todo el espacio disponible, y Hector lo observaba fascinado. Se notaba que era muy sabio.

Por fin Hector le enseñó la lista.

—Ah, sí —dijo el profesor, mientras se ponía unas gafas de montura reducida a la mínima expresión—, Agnès ya me lo ha contado. Una muchacha estupenda, ¿eh? He tenido muchas alumnas, pero ella es una auténtica lumbrera, y encantadora...

Mientras leía la lista, Hector temía que el profesor llegara a la conclusión de que él no era precisamente una lumbrera, sino un ingenuo rematado o, por qué no, un perfecto idiota. Por eso estaba nervioso, pero también pensó que alguien que ha visto la muerte tan de cerca como él no debe tener miedo ante un profesor que puntúa su discurso con constantes «¿Eh?».

El profesor leía la lista. Hector la había pasado a limpio. Por si la habíais olvidado, aquí la tenéis:

Lección n.º 1: Una buena manera de estropear la propia felicidad es hacer comparaciones.
Lección n.º 2: A menudo la felicidad llega por sorpresa.
Lección n.º 3: Mucha gente ve la felicidad solo en el futuro.
Lección n.º 4: Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante.
Lección n.º 5: Para ser feliz a veces es mejor no entender ciertas cosas.
Lección n.º 6: La felicidad es una buena caminata entre hermosas montañas desconocidas.
Lección n.º 7: El error es creer que la felicidad es el objetivo.
Lección n.º 8: La felicidad es estar con las personas queridas.
Lección n.º 8 bis: Separarse de un ser querido es siempre un motivo de tristeza.
Lección n.º 9: La felicidad es que a tu familia no le falte de nada.
Lección n.º 10: La felicidad es tener un trabajo que te guste.
Lección n.º 11: La felicidad es tener una casa y un jardín.
Lección n.º 12: Es más difícil ser feliz en un país gobernado por malas personas.
Lección n.º 13: La felicidad es sentirse útil.
Lección n.º 14: La felicidad es que te quieran tal como eres.
Nota: Se es más amable con un niño que sonríe (muy importante).
Lección n.º 15: La felicidad es sentirse completamente vivo.
Lección n.º 16: La felicidad es pasárselo bien.
Pregunta: ¿La felicidad no es más que una reacción química en el cerebro?
Lección n.º 17: La felicidad es pensar en la felicidad de las personas queridas.
Lección n.º 19: El sol y el mar hacen feliz a todo el mundo.

El profesor se reía mientras leía la lista, y Hector se sintió molesto, pero buscó una idea que lo tranquilizara, y por fin encontró una: «La felicidad es no dar demasiada importancia a lo que opinen los demás». Tal vez aquella pudiera ser la lección número 18 que había tachado.

Cuando terminó de leer, el profesor levantó la cabeza para mirar a Hector.

—Tiene gracia, no se ha dejado casi nada.

—¿A qué se refiere?

—Ha anotado usted todos los determinantes de la felicidad. Los que sirven de base a la investigación. Lo que usted ha hecho no es ninguna estupidez.

—¿Quiere decir que todas las máximas son válidas?

—Sí, más o menos. Por cada una se me ocurren una veintena de estudios que demuestran, por ejemplo, que... —echó un vistazo a la lista— nuestra felicidad depende de las comparaciones, tal como dice la lección número uno. Deje que le haga tres preguntas. En primer lugar, piense en la diferencia que hay entre su vida actual y la que le gustaría tener.

Hector reflexionó y dijo que estaba contento con su vida, y que lo que más deseaba era que siguiera así.

Naturalmente, le habría gustado poder volver a ver a Ying Li sin dejar de amar a Clara, pero se limitó a responder:

—Tal vez me gustaría tener una vida amorosa más estable.

El profesor suspiró, como si pensara: «¡Ah, qué desgraciados somos...!». Luego le pidió que pensara en la diferencia que había entre su vida actual y la mejor época de su pasado.

Hector dijo que guardaba buenos recuerdos de sus años de juventud, pero que creía que su vida era más interesante en el presente. Recordó que Agnès le había dicho que era más feliz ahora que antes. Y en el avión, a Charles le sucedía lo contrario. Recordaba haber viajado en primera y no se sentía tan cómodo en la *business*.

—Tercera pregunta, tercera diferencia —dijo el profesor—. Piense en lo que tienen los demás que usted no tiene.

Una pregunta interesante, pensó Hector. En su país los pobres eran más ricos que la mayoría de los habitantes del mundo, pero no por ello eran más felices, ya que todos los días veían cómo sus compatriotas más ricos disfrutaban de cosas agradables pero demasiado caras para ellos, los pobres. Y para postre, la publicidad de la televisión se lo recordaba constantemente. No tener mucho es una cosa, pero tener menos que los demás es como sentirse el último de la clase y puede generar mucha frustración. Por eso a los pobres del país del non plus ultra (y de todos los países) les gustaba la playa: porque en la playa todos somos iguales, o casi. A los ricos, en cambio, les sucede lo contrario. Les gusta exhibir su riqueza, demostrar que tienen más que los demás, por ejemplo comprándose coches caros que no necesitan.

Pero a Hector no le preocupaban las comparaciones. En primer lugar, tenía la gran suerte de formar parte del grupo de personas que tienen más o menos todo cuanto desean. Cuando era más joven, en el instituto, sí se comparaba con los que tenían más éxito con las chicas, o con los que destacaban en gimnasia, y a veces eso lo contrariaba. Pero desde entonces se había puesto al día con las chicas, y destacar en los deportes tampoco es tan importante, sobre todo para un psiquiatra. En general no se comparaba demasiado con los demás. Conocía a personas mucho más ricas o más famosas, pero no le parecía que por ello fueran más felices que él (la prueba era que muchos lo iban a ver a él para quejarse de sus vidas, y algunos incluso habían intentado suicidarse). Todo

aquello le daba igual. Mientras que Édouard, por ejemplo, se comparaba muy a menudo con los que tenían más dinero que él. Los hombres de negocios son así, siempre están compitiendo.

—Bueno —dijo el profesor—, creo que usted es bastante feliz, ¿eh? Uno de mis colegas ha demostrado que la suma de esas tres diferencias, entre lo que tenemos y lo que nos gustaría tener, entre lo que tenemos actualmente y lo mejor que teníamos en el pasado, y entre lo que tenemos nosotros y lo que tienen los demás, es decir, la media de esas tres diferencias, está muy relacionada con la felicidad. Cuanto más pequeña es, más feliz es el individuo.

—Pero ¿cómo se mide la felicidad?

—¡Ja, ja, ja! Buena pregunta —rió el profesor.

Y empezó a dar vueltas a su escritorio, con el ánimo exaltado, mientras el mechón blanco temblaba. Hector recordó lo que le había dicho Agnès, que la especialidad del profesor era la medida de la felicidad.

De pronto Hector se puso muy contento: si aprendiera a medir la felicidad, podría dar por alcanzado el objetivo de su viaje.

Hector aprende a medir la felicidad

—Imagínese que yo soy un marciano y quiero entender a los humanos —dijo el profesor—. ¿Cómo me hará usted entender que se siente feliz?

Aquella era una pregunta extraña. ¿Quién sabe? Tal vez el profesor fuera un marciano de verdad. Hector pensó que su cuerpo debía de haber encogido un poco en el transportador espacio-temporal, salvo la nariz y el mechón de cabellos blancos. Pero sabía que los grandes sabios poseen el don de percibir lo extraño, y es su peculiar visión de las cosas la que los ayuda a hacer descubrimientos; de modo que trató de explicarle al marciano cómo se sentía una persona feliz.

—No sé, podría decirle que me siento bien, que me siento alegre, optimista, positivo, en plena forma. Naturalmente, como usted es un marciano, tendré que explicarle lo que significan todas esas palabras, lo que son las emociones. Y las emociones son como los colores, difíciles de describir.

—En efecto.

—Quizá resulte más fácil explicarle que estoy contento con mi vida, que las cosas me van como yo quiero. Que estoy satisfecho en varios terrenos: el trabajo, la salud, los amigos, los... amores...

—No está mal. ¿Nada más?

A Hector no se le ocurría nada más.

—¿Ha visto usted a un potro en el campo en primavera? —le preguntó de pronto el profesor.

Por supuesto que sí, y esa imagen le hizo pensar en Ying Li, canturreando en el cuarto de baño y saliendo de él, contenta y saltarina.

—Sí —contestó Hector—, hace poco, precisamente.

—¿Y bien? ¿Cómo supo usted que el potro se sentía feliz? Tenga en cuenta que para el potro usted es como un marciano, ¿eh?

Ese comentario también le pareció extraño, pero ya empezaba a acostumbrarse al modo de ver las cosas del profesor.

—Ah, ya, sé que está contento porque relincha, salta, tiene ganas de jugar... Con el marciano podría hacer lo mismo, podría sonreír, cantar, reír, saltar de alegría, dar volteretas y luego explicarle que los humanos hacemos eso cuando somos felices. O al menos que en el momento en que lo hacemos estamos de buen humor.

—Eso es —dijo el profesor—. Ha encontrado usted los tres grandes métodos para medir la felicidad.

Luego explicó que se podía medir la felicidad preguntando a las personas cuántas veces se habían sentido de buen humor, alegres y optimistas a lo largo del día o de la semana; ese era el primer método. También se les podía preguntar si estaban contentos con la vida que llevaban en diferentes terrenos; ese era el segundo. Y, por último, el tercer método consistía en filmar la expresión de la cara y observarla mediante una técnica muy complicada (se habían establecido hasta doce tipos de sonrisas diferentes, con la sonrisa de cuando se está contento de verdad y la que sirve para disimular los nervios).

—La prueba de que los resultados son fiables es que si examinamos a un grupo de personas utilizando los tres métodos, y luego las clasificamos según la puntuación obtenida en cada uno, la clasificación de cada persona coincide más o menos con los tres métodos empleados.

El profesor no ocultaba su entusiasmo. Parecía que él también iba a ponerse a dar volteretas de un momento a otro. Hector recordó que Agnès le había dicho que había dedicado parte de su vida a demostrar que los tres métodos para medir la felicidad daban más o menos los mismos resultados.

Mientras miraba al profesor, contento y sonriente, se acordó de la lección número 10: «La felicidad es tener un trabajo que te guste», y la número 13: «La felicidad es sentirse útil». Y, acto seguido, le preguntó:

—¿Y para qué sirven esos resultados?

—Sirven para solicitar más créditos de investigación. Pronto podré comenzar un nuevo estudio.

El profesor le contó una historia bastante complicada: quería saber si la felicidad dependía más del éxito en la vida o del carácter de una persona, si era algo innato. Hacía años que había iniciado un experimento con muchachas jóvenes (que en ese momento ya eran mujeres): todos los años les preguntaba, mediante cuestionarios que tenían que rellenar, si eran felices y lo que les había ocurrido a lo largo del año, y lo contrastaba con

el retrato que tenía de ellas a los veinte años.

—Pues bien, ¿sabe usted una cosa? —dijo el profesor—. Existe una relación entre la sinceridad y la intensidad de la sonrisa a los veinte años y la felicidad a los cuarenta.

A Hector le habría gustado ver las fotos de aquellas jóvenes, pero el profesor empezó a hablarle de otro estudio. Se había hecho un seguimiento de varias parejas de gemelos desde la infancia para tratar de descubrir si ambos eran igual de felices, incluso llevando vidas diferentes. Para ello era necesario efectuar muchos cálculos como los que le gustaban a Alan.

El profesor se empeñó en explicárselos en la pizarra. Hector le dijo que no hacía falta, pero el anciano le respondió: «Claro que sí, así lo entenderá mejor, ¿eh?». Hector pensó que era como los esquiadores que te llevan a una pista muy difícil y te dicen que te lo pasarás en grande.

Hector empezaba a estar algo cansado, y le preguntó:

—¿Se han hecho cálculos sobre las máximas de mi lista?

El profesor se volvió, con el rostro algo crispado, y contestó:

—Eso es precisamente lo que quiero explicarle.

Miró la lista de Hector y dijo que gracias a muchos estudios y cálculos se había demostrado que ver lo bueno que tenemos en comparación con los demás, no tener problemas económicos ni de salud, tener amigos, una familia unida y un trabajo que nos guste, ser creyente y practicante, sentirse útil, dar un pequeño paseo de vez en cuando, y vivir en un país gobernado por buenas personas, más o menos honestas, en el que se asista a los necesitados, aumenta las posibilidades de ser feliz.

Hector estaba contento: según el profesor, él tenía muchas posibilidades de ser feliz, solo que no tenía una familia ni era creyente, y aún menos practicante. Por otro lado, conocía a parejas casadas que vivían en el infierno de la discusión perpetua o del eterno aburrimiento, y algunos de sus pacientes eran creyentes y practicantes y, sin embargo, se sentían muy desdichados porque estaban convencidos de que siempre obraban mal. Se lo dijo al profesor.

—¡Qué quiere que le diga! —exclamó—, es lo que dicen los resultados. Los hombres solteros se sienten más infelices que los casados, y también se preocupan más por su salud. Y los creyentes y practicantes se sienten mejor que los demás, según todos los resultados. Naturalmente, estamos hablando en general, no de casos particulares. Pero observe la cantidad de estudios que se han realizado.

Y le enseñó un gran armario lleno de montones de papeles. Centenares de artículos escritos por investigadores como el profesor o Agnès.

Hector estaba orgulloso de haber hallado, tan solo con su cuaderno, lo que otras personas como el profesor o Agnès habían descubierto tras un montón de estudios complicados. Pero la ciencia es así: no basta con pensar algo, hay que tratar de comprobar si es cierto. De lo contrario, todo el mundo podría pensar y decir cualquier cosa, y la gente se cree cualquier cosa cuando quien lo dice es famoso y está de moda (Hector recordaba que en el campo de la psiquiatría había bastantes celebridades, a las que les gustaba mucho pensar y sobre todo hablar, que no se tomaban la molestia de hacer comprobaciones y decían bastantes memeces).

—Y ahora —prosiguió el profesor—, voy a enseñarle una cosa realmente interesante.

Llevó a Hector al sótano, a una habitación muy espaciosa con el suelo embaldosado. En el centro había una extraña máquina con un sillón conectado a una serie de aparatos de grandes dimensiones que no paraban de zumbar a su alrededor. Hector pensó que, sin lugar a dudas, aquello era el transportador espacio-temporal. Tal vez el profesor fuera a llevárselo a dar una vuelta por Marte.

Hector no visita Marte

Junto a la máquina había una mujer con una bata blanca. Llevaba unas gafas de montura cuadrada y a simple vista parecía una maestra de escuela, pero de cerca uno veía que era bastante atractiva.

—¡Mi querida Rosalyn! —dijo el profesor, mucho más exaltado que antes.

—Mi querido John —contestó la mujer, sonriente.

—Te traigo un magnífico ejemplar para el experimento: ¡un psiquiatra! —exclamó el profesor, presentándole a Hector.

—¿El experimento? —preguntó él, inquieto.

—Sí, pero no se preocupe, todo eso es superfluo. Vamos, Rosalyn no dispone de mucho tiempo, la lista de espera es muy larga.

Hector se sentó en el sillón, rodeado de artefactos que zumbaban por encima de su cabeza. Rosalyn y el profesor lo observaban desde detrás de un cristal y al frente de un cuadro de mandos tan complejo como el de un avión.

—Allá vamos —dijo el profesor—. Voy a pedirle que piense en tres situaciones, en el orden que usted prefiera: piense en una situación que le haga muy feliz, en otra que lo ponga muy triste y en otra en la que haya tenido mucho miedo. Busque entre sus recuerdos, le resultará más fácil. Cuando yo le diga, empiece a pensar en la primera situación. Pero ¡sobre todo no me diga cuál es!

Hector prefirió empezar por la peor. Se imaginó sentado en aquel cuartucho que olía a rata muerta, pensando que las personas a las que quería y a las que no volvería a ver nunca más se pondrían muy tristes cuando supieran que había muerto. El recuerdo era tan intenso que sintió cómo se le humedecían los ojos, y, sin embargo, en el momento de vivirlo de verdad ni siquiera había llorado.

—Ya es suficiente —dijo el profesor—. Ahora piense en la segunda situación.

Esa vez Hector se vio a sí mismo observando a Clara mientras dormía. Como trabajaba mucho, los domingos casi siempre dormía hasta las tantas. Él se despertaba antes y la contemplaba, le gustaba verla dormir, se sentía feliz porque le daba la

impresión de que no podía sucederles nada malo.

(Quizá os preguntéis por qué no pensó en Ying Li. Pues bien, porque el recuerdo de Ying Li, que se había quedado en China, tan lejos de él, no lo hacía feliz.)

—Basta —dijo el profesor—. Ahora la tercera.

Y Hector pensó en las sacudidas y los zumbidos de aquel avión renqueante, y en el ruido de los patos y las gallinas antes del aterrizaje.

—Ya está, se acabó —dijo Rosalyn.

Hector bajó del sillón con cuidado, no fuera a partirse la crisma, y el profesor le dijo:

—Primero ha pensado en la situación que lo ponía triste, luego en la que lo hacía feliz y por último en la que le había hecho sentir miedo.

Hector ya se imaginaba que el profesor daría en el clavo (ya había oído hablar de aquel tipo de máquina), pero aun así estaba asombrado.

A continuación, el profesor le mostró el cuadro de mandos, mientras Rosalyn tocaba algunos botones. También había una pantalla en color en la que apareció una imagen.

—¡Mire! —dijo el profesor.

Se veía una especie de mancha de bonitos colores que viraban del azul muy oscuro al naranja muy vivo. En realidad, era una fotografía del cerebro de Hector, como si le hubieran cortado una loncha muy fina y la hubieran aplanado sobre un cristal.

—Aquí tenemos un mapa del consumo de oxígeno de su cerebro. Las zonas azules son las que no consumen mucho. Las naranjas son las que más consumen, es decir, las que más trabajan.

Rosalyn apretó algunos botones y aparecieron tres imágenes del cerebro de Hector a tamaño reducido, todas alineadas. Se veía perfectamente que, en cada una, las zonas que más trabajaban eran distintas.

—La tristeza, la felicidad y el miedo —dijo el profesor, señalando con el dedo cada una de las imágenes—. ¿Qué le parece? Fabuloso, ¿no?

—Así que la felicidad se encuentra en esta zona —dijo Hector mientras señalaba una pequeña mancha naranja que brillaba en la pantalla, en el hemisferio derecho de su cerebro.

—Porque usted es un hombre —puntualizó Rosalyn—. En las mujeres la zona está más repartida, a ambos lados del cerebro. Y ocurre lo mismo con la tristeza.

Le explicó que desde que tenían aquella máquina se habían dado cuenta de que el cerebro de los hombres y el de las mujeres no funcionaban del mismo modo, incluso

para leer o realizar cálculos. Ya hacía tiempo que se sospechaba, pero, tal como ya hemos dicho, la ciencia también consiste en comprobar las cosas.

—Imaginemos que se inventa un medicamento que active esta zona del cerebro —dijo Hector—. Podríamos ser felices eternamente.

—¡Ya se ha inventado, amigo mío! Rosalyn, muéstrale las imágenes de los japoneses.

Aparecieron las imágenes de tres cerebros de japoneses (hay que saber antes que son japoneses, de lo contrario no es fácil adivinarlo).

—Y ahora observe —dijo el profesor.

Esos cerebros eran completamente naranjas. Sobre todo en la zona de la felicidad. Aquellos japoneses debían de ser muy felices en aquel momento.

—¿De qué medicamento se trata? —preguntó Hector.

Quería probarlo enseguida, e incluso llevárselo a Clara.

—Es sake —dijo Rosalyn—. Las imágenes se obtuvieron minutos después de que los individuos se tomaran una buena jarra de sake.

Aquello demostraba por qué la gente se ponía tan contenta cuando bebía sake, cerveza, champán o los vinos que le gustaban a Édouard.

—Pero eso no es todo, mire esto —añadió Rosalyn—. Son imágenes obtenidas tres horas después.

Los cerebros de los japoneses se habían vuelto azules. Se parecían a las imágenes de la tristeza. Los japoneses no debían de estar muy contentos en ese momento. Viendo aquellas imágenes, casi entraban ganas de darles más sake para reactivarles el cerebro (hay quien llega a esa conclusión sin necesidad de ningún experimento).

Rosalyn también le mostró imágenes de cerebros de hombres a quienes les habían enseñado fotografías de mujeres muy bellas y de mujeres solo atractivas. Pues bien, las zonas del cerebro de los hombres que se activaban al ver las fotografías de aquellas mujeres eran las que se veían más naranjas tras el consumo de un medicamento perjudicial como el que fabricaba Eduardo. Aquello confirmaba lo que ya sospechaba Hector: que hay que desconfiar de la belleza, si bien ya se sabe que es muy difícil.

Rosalyn le explicó que aquella máquina les permitía comprobar un montón de cosas sobre el funcionamiento del cerebro humano, no solo del de las personas sanas, sino también del de las que padecen algún tipo de enfermedad, y que ayudaba a localizar las zonas en las que actúan los medicamentos. Incluso le enseñó el resultado de una psicoterapia a la que se había sometido una persona que tenía mucho miedo a salir de

casa. Después de la terapia —que consistía en ir saliendo cada vez más hasta acostumbrarse— las imágenes del cerebro volvían a ser normales.

Hector dijo que todo aquello le parecía muy interesante. Estaba contento de saber qué pequeña zona de su cerebro se activaba cuando se sentía feliz.

—De hecho, ver esas imágenes es como ver la sonrisa del cerebro humano.

Rosalyn y el profesor se miraron.

—¡La sonrisa del cerebro! —dijo el profesor—. ¡Qué buena idea!

El profesor le explicó que, en efecto, esas imágenes resultaban muy útiles para conocer el funcionamiento del cerebro, pero que no revelaban las causas de la felicidad, del mismo modo que la sonrisa de una persona no explica por qué está contenta.

Hector observó que Rosalyn sonreía mientras lo escuchaba. Poco antes, mientras miraba las imágenes en la pantalla, con el rabillo del ojo había visto que el profesor y ella se besaban.

Lo cual demuestra, por si alguien tenía dudas, que el profesor no era un marciano.

Hector asiste a un experimento

El profesor llevó a Hector a comer a una de las cafeterías del campus universitario, al aire libre, porque en aquella ciudad siempre hacía buen tiempo, salvo quince días en invierno en los que había que ponerse un jersey al caer la tarde.

Estaban sentados delante de una gran zona de césped, y Hector se divertía observando a las ardillas que no tenían miedo a las personas e incluso se les acercaban para obtener comida. En las demás mesas había estudiantes, estudiantes-profesores y profesores-estudiantes, bastante mezclados, pues en aquella universidad el trato entre estudiantes y profesores era muy cordial.

—¿Y bien? —dijo el profesor, mientras empezaba a comerse el pollo que había pedido —. ¿Cree usted que ha aprendido algo más sobre la felicidad?

Hector le respondió que sí, y en ese instante notó un leve tirón en el dobladillo del pantalón: era una ardilla que le pedía parte de su almuerzo. Eso le dio una idea. ¿La ardilla era consciente de la suerte que tenía de vivir allí? ¿O bien se pasaba el tiempo preguntándose si no sería mejor vivir en otro lugar o pensando que no tenía la vida que se merecía? De hecho, todo dependía de las comparaciones que fuera capaz de hacer la ardilla: sin duda alguna, había visto el suculento plato de calamares que Hector tenía delante. La ardilla podía pensar o bien que aquel plato era una bendición porque aumentaba sus posibilidades de comer calamares; o bien que era una injusticia que Hector pudiera disponer de tanta comida para él solo; o acabar de convencerse de que ella, la ardilla, era un animal miserable (sobre todo si su pareja se encargaba de recordárselo cuando volvía a casa por la noche). La felicidad de la ardilla dependía de su modo de ver la situación. Así pues, Hector le preguntó al profesor:

—Algunos de mis pacientes son personas sin problemas de dinero ni de salud, que tienen una familia unida y un trabajo interesante y útil, y, sin embargo, se sienten desdichadas: tienen miedo al futuro, no están contentas consigo mismas y no ven sino los inconvenientes de su situación. En la lista de factores determinantes de la felicidad que me ha citado usted hace un momento, falta uno: el modo de ver las cosas. En resumen,

la clara diferencia de felicidad entre los que ven la botella medio llena y los que la ven medio vacía.

—¡Ah! —exclamó el profesor—. He aquí una cuestión del campo de la psiquiatría. Pero tiene usted razón, es algo fundamental.

Y le contó que existía un intenso debate entre los profesores expertos en felicidad, con dos sectores bien diferenciados: los que creían que la felicidad consistía en tener una vida llena de cosas o acontecimientos agradables, como los de la lista de Hector; y los que sostenían que dependía sobre todo del modo de ver las cosas, la historia de la botella medio llena o medio vacía.

—Mis colegas que defienden la segunda teoría creen que el nivel de felicidad de una persona es como el peso o la presión arterial: de vez en cuando varía, según las circunstancias, pero en general siempre vuelve al nivel inicial, que es el que le corresponde a cada persona. Estudian a personas que experimentan grandes éxitos o grandes desgracias y observan que, al cabo de unos meses, su estado de ánimo recupera el nivel que tenía al principio.

—¿Y usted qué es lo que piensa? —le preguntó Hector.

—Un poco de cada cosa. Dependemos de las circunstancias, pero también hay personas que tienen más tendencia a la felicidad que otras.

Hector se acordó de Djamila. Su enfermedad era una desgracia, pero ella se sentía feliz cuando pensaba que sus hermanos no morirían en la guerra.

Sacó el cuaderno y escribió una máxima que le parecía muy importante.

Lección n.º 20: La felicidad es un modo de ver las cosas.

El profesor masticaba enérgicamente la carne de pollo. Hector se dio cuenta de que no había perdido el buen humor en toda la mañana, y le hizo otra pregunta:

—Y esa tendencia natural a estar siempre de buen humor, ¿sabe usted a qué se debe?

El profesor volvió a hablarle de los estudios con gemelos y muchachas jóvenes, pero por suerte allí no había ninguna pizarra y no podía empezar de nuevo a mostrarle sus cálculos. En líneas generales, estar predispuesto a la felicidad era como ser bueno en cálculo o en gimnasia: dependía de cómo estaba hecho el cerebro de una persona al nacer e incluso antes, y también de cómo los padres u otros adultos se ocupaban de ella cuando era pequeña. Y, por supuesto, de los esfuerzos que hiciera y de las personas con las que

se encontrara más tarde.

—Herencia o educación —dijo el profesor—, la culpa siempre es de los padres.

Y soltó una fuerte carcajada, que hizo que los que estaban sentados a las mesas vecinas se volvieran. Al ver de quién se trataba sonrieron, pues ya lo conocían.

En ese momento vieron llegar a Rosalyn, que ya no llevaba la bata blanca, sino un bonito y veraniego vestido de flores azules; hablaba con un tipo atractivo que se la comía con los ojos y se sentaron juntos a una de las mesas de la terraza.

El profesor dejó de hablar. Hector comprobó que de pronto había perdido el buen humor. Miraba a Rosalyn y al desconocido, que mientras comían hablaban y se sonreían, y se había puesto pálido.

—Ese cerdo de Rupert... —murmuró el profesor entre dientes.

Parecía muy desdichado y muy enojado. Hector sabía que en esos casos hablar ayuda, de modo que le preguntó por qué decía que Rupert era un cerdo.

—No solo me roba los créditos de investigación, sino que además no deja de rondar a Rosalyn —respondió el profesor.

Le explicó que Rupert también era profesor y que se había especializado en las diferencias entre el cerebro de los hombres y el de las mujeres. Como hacía muchos experimentos con la máquina de Rosalyn, la veía bastante a menudo.

—Y como las diferencias entre los hombres y las mujeres se han puesto de moda en los medios de comunicación, Rupert no para de salir en televisión, en esos programas para amas de casa. Al decano le parece fenomenal, porque es buena publicidad para la universidad, y por eso le concede a él los créditos más sustanciosos del departamento.

Hector veía cómo sufría el profesor mientras miraba a Rosalyn y a Rupert hablando y riendo.

Y anotó en su cerebro una máxima que luego escribiría en el cuaderno:

Lección n.º 21: La rivalidad es un veneno terrible para la felicidad.

Bien mirado, las personas siempre se han hecho daño, e incluso a veces provocan guerras por culpa de rivalidades: quieren tener lo que tiene el otro, o usurparle el poder al más fuerte.

Por suerte Agnès llegó en ese momento, oportunamente, y los distrajo. Al verla llegar, guapa y sonriente, Hector se preguntó si habría sido más feliz si se hubieran casado

cuando eran jóvenes. Pero quizá ahora estarían discutiendo por la educación de sus hijos o se habrían cansado de verse día y noche y ya estarían divorciados, como todo el mundo.

—¿Y bien? —dijo Agnès mientras se sentaba con ellos—, ¿el cerebro de Hector es normal?

Hector contestó:

—Normal para un psiquiatra.

Ella se rió, pero el profesor permaneció serio, trataba de no mirar a Rosalyn y a Rupert, pero se notaba que estaba pasándolo mal. Agnès, que se daba cuenta de todo, enseguida captó lo que ocurría y se sentó delante del profesor para taparle a Rupert y a Rosalyn. Y luego empezó a hablarle de un artículo reciente que acababa de leer sobre la diferencia entre la alegría, el buen humor y la felicidad, y el profesor no tardó en volver a entusiasmarse y a sonreír como antes.

Hector le dio un trozo de calamar a la ardilla, que se fue a mordisquearlo a otra parte. Era incapaz de descifrar la sonrisa de las ardillas, pero le pareció que el animal estaba contento.

Luego miró a Agnès, que había logrado devolverle el buen humor al profesor, y se acordó nuevamente de Djamila, que era feliz por sus hermanos pequeños; de Ying Li, que enviaba a su familia el dinero que ganaba; y de la prima de Marie-Louise, que le había dado aquella grata sorpresa. Y anotó:

Lección n.º 22: Las mujeres se preocupan más por la felicidad de los demás que los hombres.

No sabía si Rupert ya había hallado esa peculiar diferencia entre los hombres y las mujeres, pero en cualquier caso él no necesitaba la máquina de Rosalyn para estar seguro de lo que acababa de escribir. Tal vez aquella máxima diera pie a otra como.

Lección n.º 23: La felicidad consiste en hacer felices a los demás.

Hector da media vuelta

—Ha hecho usted un buen trabajo —dijo el viejo monje.

Sentado tras la mesa de su despacho leía la lista de Hector. Se había puesto unas gafas minúsculas que lo hacían parecer aún más pequeño y más anciano, pero conservaba el buen humor de su primer encuentro.

Hector había vuelto a pasar a limpio la lista después de haber escrito las últimas máximas, porque a un monje venerable no se le puede enseñar un borrador lleno de garabatos y dibujitos sin sentido.

A través de la ventana seguían viéndose las majestuosas montañas chinas. De vez en cuando se oscurecían bajo un sombrío manto de nubes, pero enseguida volvían a brillar cuando salía el sol. Hector pensó que seguramente aquella vista contribuía a la sabiduría del anciano.

El monje leía la lista con mucha atención, y a Hector le resultó curioso. Porque aquel anciano seguramente había vivido muchas más cosas que él, y durante su larga vida de monje había tenido mucho tiempo para reflexionar. Y, sin embargo, ahora consideraba atentamente las modestas máximas de Hector sobre la felicidad. Se preguntó si él era capaz de leer con tanta atención las cartas que le enviaban sus pacientes, o incluso las que le escribían las personas a las que quería.

Puede que aquello fuera otra lección: «Hay que prestar mucha atención a los demás».

El monje terminó de leer la lista y le pidió que le enseñara el cuaderno, porque también quería ver los borradores. Hector vaciló y empezó a decir:

—¿De verdad cree usted que...?

Pero el viejo monje alargó el brazo sonriente y Hector no tuvo más remedio que darle el cuaderno. El anciano examinó los borradores. De vez en cuando sonreía, no a modo de burla, sino porque estaba muy contento. Hector pensó que debía de tener una manera positiva de ver las cosas.

Cuando terminó de examinar la lista, el anciano le preguntó cuál era la máxima que había tachado. Hector se sintió incómodo, pues no se atrevía a decirle de qué se trataba,

pero como el anciano no cejó en su empeño inquisitivo, Hector le respondió:

—Lección número dieciocho: La felicidad es poder amar a varias mujeres al mismo tiempo.

El anciano se echó a reír y exclamó:

—¡Eso es lo que yo pensaba cuando era joven! —Terminó de examinar el cuaderno, volvió a mirar la lista y dijo—: Ha hecho usted un buen trabajo. Todas sus máximas son válidas. No tengo nada que añadir.

Hector estaba contento y a la vez un poco decepcionado. Había esperado que el monje le diera otras máximas, o una teoría reveladora sobre la felicidad.

El anciano lo miró sin dejar de sonreír y comentó:

—Hace un día espléndido. Vamos a dar un paseo.

Fuera el paisaje era magnífico. Se veían las montañas, el mar y el cielo.

Hector se sentía cohibido; allí solo con aquel monje respetable no sabía qué decir. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que el anciano no esperaba que dijera nada inteligente, sino que simplemente deseaba compartir con él aquellos instantes de belleza.

El monje le dijo:

—La sabiduría de verdad consiste en poder prescindir de este paisaje y no dejar de ser el mismo en el fondo de un pozo. Pero hay que admitir que no es tan fácil.

Hector comprendió que el anciano sabía lo que era estar en el fondo de un pozo.

Contemplaron un instante las nubes y el sol, y el viento que jugueteaba con las montañas. Hector se preguntó si aquello no sería una nueva lección: «Hay que admirar la belleza del mundo».

Entonces vieron a un joven monje que se acercaba a ellos por un pequeño sendero. Se dirigió al anciano y le dijo algo en chino. Luego regresó a los jardines del monasterio, donde otros monjes se ocupaban de las flores (lo que hacían parecía fácil, pero es difícil explicarlo con palabras).

—Tengo una visita —anunció el viejo monje—. Me alegro de haber podido compartir estos momentos con usted.

Desde el principio, Hector le había querido hacer una pregunta, de modo que se armó de valor y le dijo:

—La primera vez que nos vimos, usted me dijo: es un error creer que la felicidad es el objetivo. No estoy seguro de haberlo entendido bien.

—Me refiero a un objetivo como los que se fijan ustedes en su civilización, que por

otro lado los ayudan a lograr cosas interesantes. Con la felicidad no funciona. Si se aspira a ella es muy probable que no llegue nunca. Y, además, ¿cómo sabe uno que la ha alcanzado? Naturalmente, no se puede culpar a las personas, sobre todo a las más desdichadas, por querer ser más felices y fijarse objetivos para conseguirlo.

—¿Quiere usted decir que las mejores máximas no son las mismas para todo el mundo?

El monje miró a Hector y respondió:

—¿Acaso usted les da los mismos consejos a todos sus pacientes?

Hector reflexionó un instante y le respondió que no, que dependía del carácter de cada uno, de su edad y de si tenía problemas reales o no.

—Pues bien —dijo el monje—, con la felicidad sucede lo mismo.

Hector permaneció un momento pensativo y dijo que sus consejos variaban con cada paciente, pero que había algunos principios que se repetían con cierta frecuencia, sobre todo cuando se trataba de personas que sentían una profunda tristeza o mucho miedo: había que ayudarlas a ver la diferencia entre lo que pensaban sobre sí mismas y sobre los demás y la realidad, porque tendían a creer que lo que pensaban era la realidad, cuando no siempre era así.

—Efectivamente —afirmó el monje—. Sigue siendo lo mismo. Volvamos.

Mientras regresaban al monasterio, Hector se preguntó qué era lo que había querido decir.

Al llegar a la entrada del monasterio, el anciano le pidió que aguardara un momento, que tenía una cosa para él. En la puerta lo esperaba un hombre, la visita que le había anunciado el joven monje. No vestía como un monje, sino más bien como un chino de ciudad, con traje y corbata.

Hector, que durante el viaje se había acostumbrado a hablar con desconocidos, entabló conversación con aquel hombre, que hablaba inglés mejor que él. Dio la casualidad de que ambos eran médicos, y el desconocido ejercía una de las especialidades de las que hemos hablado al principio, las que no queríamos nombrar para no preocupar a nadie.

El viejo monje regresó con dos bellas copas chinas azules y blancas, decoradas con bonitos dibujos.

—Son las copas de los novios típicas de China. Puede regalarlas... o quedárselas —le dijo.

Luego se alejó sin dejar de sonreír y se despidió de Hector.

Al llegar a la puerta, Hector se volvió y vio que el viejo monje y el médico chino lo miraban, y el anciano le sonrió por última vez y levantó la mano para despedirse. En ese instante volvió a acordarse de Djamila.

Fuera el paisaje seguía siendo hermoso, pero Hector estaba algo triste.

Se detuvo para guardar el regalo en la mochila. No quería que se rompiera. Entre las dos copas había un trocito de papel con las siguientes cifras: 20-13-10.

Hector sacó con prisa el cuaderno y leyó:

Lección n.º 20: La felicidad es un modo de ver las cosas.
Lección n.º 13: La felicidad es sentirse útil.
Lección n.º 10: La felicidad es tener un trabajo que te guste.

Hector pensó que aquellas tres máximas eran bastante buenas, al menos para él.

Hector inventa el juego de las cinco familias

—¿Californiano, francés o chileno?

—¿Tú qué prefieres?

Hector y Édouard seguían en el bonito restaurante desde el que se veía brillar la ciudad y las luces de los barcos de la bahía. Hablaban como si no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que se habían visto. Es lo bueno que tienen los amigos de verdad.

Mientras esperaban al sumiller chino, Édouard le preguntó si había aprendido algo que pudiera resultarle útil a él. Hector había notado que, al igual que la última vez, su amigo estaba contento de verlo, pero no parecía especialmente feliz. Pensó que tal vez podría ayudarlo dándole un buen consejo.

—Bueno, para empezar hay varias clases de felicidad. Podríamos llamarlas familias de felicidad.

—Eso más o menos ya lo sabía —dijo Édouard—. Pero ¿cuáles son?

—Hay cinco familias. En primer lugar, dos familias de felicidad exaltada y otras dos de felicidad tranquila. Felicidad exaltada: la alegría, pasárselo bien, hacer un viaje, acostarse con una mujer atractiva.

—Sí, ya sé a qué te refieres. ¿Y esto también? —dijo Édouard, señalando la botella que acababa de traerles el sumiller.

Hector le contestó que sí, naturalmente, y le contó la historia de los cerebros de los japoneses que habían bebido sake, y cómo se veía la sonrisa del cerebro. Édouard no dijo nada, pero se quedó pensativo.

—Segunda familia de felicidad exaltada: trabajar haciendo algo que a uno le guste, aspirar a alcanzar un objetivo. Puede ser un trabajo, pero también un deporte o la jardinería, o tratar de resolver un problema de cálculo, si es lo que a uno le gusta.

Hector le habló de Alan y de Jean-Michel: al primero le gustaba correr y hacer cálculos, y al segundo hacer bien su trabajo, que consistía en curar a los niños y a sus madres. Y también del entusiasmo del profesor cuando trataba de comprender la felicidad.

—Hummm —dijo Édouard—, yo también me pongo contento cuando tengo un buen proyecto y logro convencer a un cliente. Pero tampoco me entusiasma tanto...

—También hay dos familias de felicidad tranquila. Estar contento y desear seguir estándolo. Es como cuando te comparas con los demás o contigo mismo en el pasado y llegas a la conclusión de que ahora eres feliz. O incluso sin compararte con nada.

Le habló de Agnès, que nunca había sido tan feliz, aunque su situación tampoco fuera perfecta. Y también le contó la historia de los niños del país de Marie-Louise, que aún no eran lo bastante mayores para hacer comparaciones.

—Conmigo eso no siempre funciona —indicó Édouard—, yo siempre me comparo con los demás.

—¿Con quiénes? ¿Con los que han ganado tres millones de dólares?

—Pues sí, y cuando los tenga me compararé con los que hayan ganado veinte.

—Es un modo de ver las cosas —dijo Hector—. ¿Por qué no te comparas con las mujeres que se sientan sobre sus hules?

—Yo solo me comparo con la gente que se me parece. —Saboreó el vino y comentó —: No está mal, pero prefiero el setenta y seis de la última vez. ¿Y cuál es la segunda felicidad tranquila?

—Un modo de ver las cosas, precisamente. Mantener la serenidad, pase lo que pase, incluso ante la propia muerte.

Édouard se puso pálido.

—¿Crees que voy a morir pronto?

—Por supuesto que no, me refiero al futuro, todos moriremos un día u otro.

Le habló de Djamila, la joven del avión, y del viejo monje que vivía en lo alto de la montaña.

Después de escuchar atentamente a Hector, Édouard le dijo que empezaba a entender por qué no era muy feliz.

—Ya no me divierto tanto cuando salgo por la noche, y mi trabajo solo me entusiasma de vez en cuando, pero tampoco es que me guste mucho. Siempre me comparo con los que tienen más que yo. Nunca estoy del todo tranquilo y me enfado con mucha facilidad cuando las cosas no me salen como yo quiero.

—Existe una quinta familia de felicidad.

—Ah, tal vez sea mi última oportunidad...

—Es la felicidad con los demás: la amistad, el amor compartido, preocuparse por la

felicidad y la desdicha de los demás, sentirse útil...

—Eso es también un motivo de desdicha —dijo Édouard—. La gente te defrauda, tus amigos pueden traicionarte. En cuanto a los amores, a veces pueden hacerte mucho daño.

Hector pensó que seguramente Édouard había estado muy enamorado y no le había ido bien.

—Es verdad, pero relacionarte con los demás y sus imperfecciones también puede ayudarte a conseguir la tranquilidad, la felicidad de la cuarta familia. Además, también puedes ayudar a los demás sin esperar nada a cambio y ser igual de feliz.

Édouard miró a Hector y dijo:

—Hablas como un monje.

Hector se rió y se preguntó si no se le habría contagiado la risa del anciano. Luego añadió:

—Voy a demostrarte que todavía no soy un monje.

Y le preguntó por Ying Li.

Era de esperar. Hector no iba a regresar a China, hablar con el monje y con Édouard y no preguntar por Ying Li.

Su amigo le dijo que Ying Li seguía trabajando en el bar de luces tenues, y que la veía de vez en cuando. Un día le había preguntado por Hector.

—No sé si he hecho bien en decírtelo —añadió Édouard.

Claro que había hecho bien, pero aun así a Hector le dio un vuelco el corazón al saber que Ying Li había preguntado por él.

En todo ese tiempo no había dejado de pensar en ella, varias veces al día e incluso por la noche, cuando no podía conciliar el sueño. Primero había considerado la idea de salvarla de su trabajo y llevarla a su país, que son las dos cosas que uno está dispuesto a hacer a cualquier precio por la persona amada: salvarla (a veces de sí misma) y tenerla siempre cerca. Luego tuvo tiempo de reflexionar en aquel cuartucho que olía a rata muerta y se dio cuenta de que seguía queriendo mucho a Clara. Y por último tuvo que hacer de psiquiatra de sí mismo y de su amor por Ying Li. Sabía que en el amor que sentía hacia ella había ese instinto desmesurado de salvarla, de convertirse en su Superman, así como las ganas de hacer con ella lo que hacen dos personas cuando están enamoradas y de sentirse joven a su lado, porque Ying Li era muy joven y aún lo parecía más.

Hector ya había visto unos cuantos amores de ese tipo, tanto en su vida personal como en la profesional, y sabía por experiencia que nunca terminaban bien. En el país de Hector, Ying Li no podría hacer nada sin él, tendría que ser su protector en todo momento, y eso no es lo más recomendable para la buena salud de un amor, aunque al principio resulte muy intenso y emocionante.

Había pensado en todo eso, pero sobre todo se había dado cuenta de que por Clara sentía todas las clases de amor posibles (porque hay más clases de amor que de felicidad, pero para explicar eso habría que escribir otro libro).

—Voy a mostrarte la quinta familia de felicidad. ¿Tienes el móvil a mano?

Naturalmente, Édouard siempre tenía el móvil a mano y se lo dejó.

Y Hector llamó a Eduardo.

Hector ha hecho un bonito viaje

Hector regresó a su país y siguió ejerciendo de psiquiatra. Pero aquel viaje cambió bastante su modo de trabajar.

Seguía recetando pastillas a los pacientes que las necesitaban, y seguía tratando de ayudarlos a superar las crisis mediante la psicoterapia. Pero había añadido un nuevo método al tratamiento psicoterapéutico.

Por ejemplo, cuando una mujer bien vestida se quejaba de que nadie la quería, una mujer de rostro severo que parecía una maestra de escuela amargada, Hector le contaba la historia de los niños que mendigaban por las calles sin dejar de sonreír, y le preguntaba por qué creía ella que sonreían.

O bien cuando llegaba a su consultorio un hombre que siempre estaba preocupado por su salud sin tener problemas reales, Hector le contaba la historia de Djamila, la joven del avión que sabía que iba a morir pronto, y le preguntaba por qué, en su opinión, sonreía e incluso, en algunos momentos, se sentía feliz.

También les hablaba del monje chino, de la fiesta en casa de Marie-Louise, de Alan, a quien le gustaba el cálculo, de la ardilla que esperaba anhelante el trozo de calamar, y de muchas otras cosas que le habían sucedido a lo largo del viaje, e incluso de cosas que no hemos contado aquí. Pero Hector nunca contaba a sus pacientes el final de aquellas historias, y siempre les pedía que reflexionaran y trataran de adivinarlo ellos solos. Y algunos volvían al consultorio y le decían que habían aprendido algo importante.

A Adeline, que siempre se quejaba de los hombres, le habló de Agnès y de lo feliz que era. Pero no funcionó muy bien, porque a Adeline no le gustaba que Hector perdiera el tiempo hablándole de otra mujer. Y luego le preguntó si Alan, con sus artículos, era famoso en aquel país, y Hector se dio cuenta de que aún le quedaba mucho trabajo por hacer con ella.

También volvió a ver a Roger y a Madame Irina.

Roger estaba muy contento porque unas personas que se ocupaban de ayudar a la gente como él lo habían apuntado a un peregrinaje. Quizá durante el tiempo que durara

no necesitara tomar tantos medicamentos.

Madame Irina le dijo que ella solo había ido a verlo para despedirse, porque ya volvía a ver el futuro. Miró a Hector y le dijo:

—Veo que no se ha portado usted muy bien en China.

Hector le contestó que no, que precisamente allí había aprendido a portarse bien, pero Madame Irina se echó a reír.

Naturalmente, no le había hablado de Ying Li, ni a ella ni a nadie. Solo hablaba de ella por teléfono con Édouard. Porque Ying Li ya no trabajaba en el bar de luces tenues, sino para Édouard, preparando informes para los bancos. Según Édouard se defendía muy bien, porque la ventaja de ser joven es que se aprenden las cosas muy deprisa aunque no se tengan muchos estudios, como le sucedía a Ying Li.

Os preguntaréis cómo es posible que Ying Li trabajara con Édouard, porque seguramente os acordaréis del gorila chino y de la elegante mujer que observaba a Ying Li desde el coche aquella noche, al salir del restaurante. Para aquellas personas Ying Li era muy cara, y de hecho no estaba en venta, solo se podía alquilar.

Pues bien, esto es lo que sucedió.

En el restaurante, con el móvil de Édouard, Hector llamó a Eduardo. Pero antes deberíais saber otra cosa: cuando Hector estaba en el país del non plus ultra, Eduardo lo llamó para hablarle de su mujer (luego Hector se preguntó cómo había sabido que estaba en casa de Alan y Agnès, pero más tarde Clara le dijo que mientras estaba allí, un amigo suyo que hablaba con acento español la había llamado al trabajo para preguntarle dónde podía encontrarlo. Aquello no le aclaró nada, pues Hector tampoco le había hablado de Clara a Eduardo, pero ya hemos dicho que a veces vale más no entender ciertas cosas).

Eduardo le contó por teléfono que su mujer se encontraba mucho mejor desde que tomaba las pastillas que él le había recetado, y aún mejor desde que iba a ver al psiquiatra que le había recomendado.

—Es maravilloso —dijo Eduardo—. La he recuperado. Tengo la sensación de haber recuperado a la mujer que conocí, cuando aún no estaba enferma.

Luego le dijo que estaba en deuda con él y que quería hacerle un buen regalo. Las personas como Eduardo son muy espléndidas con los regalos. Hector le dijo que prefería que le hiciera un favor, pero que antes le diera tiempo para pensar un poco. Eduardo le respondió que estaba dispuesto a hacerle cualquier favor.

Así pues, cuando Hector volvió a llamarlo para pedirle el favor, Eduardo dijo:

—Eso está hecho.

Él también conocía el bar de luces tenues porque lo frecuentaba cuando iba a China por negocios. Hector pensó en la cara que pondría el gorila chino cuando le dijeran que Ying Li ya no le pertenecía y se puso contento, porque recordaba el desagradable tono en que aquel tipo se había dirigido a Ying Li a la salida del restaurante. Le había dado mucha rabia y desde aquel día había pensado mucho en ello.

Ying Li siguió trabajando con Édouard y aprendió mucho. Un día conoció a un muchacho de su edad del país de Hector que había ido a hacer el servicio militar a China (la clase de servicio militar que hacen los hijos de la gente elegante), y se casó con él. Más tarde tuvieron un hijo e hicieron a Édouard padrino de la criatura. Ying Li quiso llamar al bebé Édouard, pero Édouard dijo que él prefería que lo llamaran Eduardo, para que no los confundieran.

Édouard era un poco más feliz, quizá porque había descubierto la quinta familia de felicidad, pero también porque de vez en cuando iba a visitar al monje a su monasterio (Hector le había facilitado la dirección). El viejo monje cada vez estaba más consumido y cansado, pero aún tenía fuerzas para reírse cuando hablaba con Édouard.

Este dejó de trabajar cuando ya casi había ganado los tres millones de dólares. A partir de entonces siguió haciendo más o menos el mismo tipo de trabajo, pero sin cobrar. Trabajaba para ayudar a las personas de países como el de Marie-Louise a conseguir dinero para que los niños pudieran ir a la escuela o al médico, o para lograr que les prestaran dinero a los mayores para poder montar un negocio que les permitiera ganar dinero para que sus hijos pudieran ir a la escuela o al médico. A Édouard le gustaba de verdad su nuevo trabajo. Simplemente había sustituido la lección número 4: «Mucha gente cree que la felicidad consiste en ser más rico o más importante» por la 13: «La felicidad es sentirse útil». Tal vez penséis que lo que hacía Édouard no tenía mucho mérito, porque él era rico, con sus tres millones de dólares, pero hay que entender que para él eso no era ser rico, porque conocía a bastante gente que había ganado no tres, sino veinte millones o más, y solo pensaban en ganar aún más.

Un día Hector recibió una carta de la hermana de Djamila. En la carta había una bonita foto de Djamila hecha antes de la enfermedad. Su sonrisa era la de una persona feliz. Su hermana le decía que Djamila les había hablado de él, y que había querido que cuando ella muriera le enviaran aquella foto.

Jean-Michel siguió curando a los niños y a sus madres, Alan siguió haciendo cálculos y

no abandonó la costumbre de salir a correr todas las mañanas, Agnès continuó estudiando a los hijos de los demás y educando a los suyos, y la ardilla siguió acudiendo a la cafetería a la hora del almuerzo. Pero todos ellos ya eran felices mucho antes de que empezara esta historia, salvo quizá el profesor experto en felicidad, que de vez en cuando sufría en silencio por culpa de Rosalyn y Rupert. Hector también pensaba en la prima de Marie-Louise, e incluso volvió a verla un día, cuando ella estaba de vacaciones en su país. Esa vez se comportaron y solo almorzaron juntos. Porque hay momentos en los que una locura no tiene mucha importancia, y otros en los que más vale no hacerla.

Hector siguió visitando a personas que estaban muy tristes o tenían mucho miedo, a personas que tenían problemas reales y a otras que se sentían desgraciadas sin tenerlos. Pero desde que había hecho aquel viaje le gustaba más su trabajo, y también quería más a Clara, que había empezado a no dejarse absorber por sus reuniones, a no llevarse trabajo a casa los fines de semana y a quedarse mirando embobada a los bebés cuando veía a uno con su madre por la calle, lo cual no pasó inadvertido ante los ojos de Hector.

Así pues, Hector y Clara se casaron, vivieron felices y tuvieron un niño que de mayor se hizo psiquiatra, como su padre.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a mis amigos y a sus familiares, que tuvieron la amabilidad de acogerme durante mi estancia en los países que visité antes que Hector. Gracias a Hans y a Elisabeth, a Peter y a Margaret, a Bob y a su equipo de la Universidad de California, Los Ángeles, a Siew y a Khai, a Marie-Joséphine y a Cyril; gracias también a Étienne, por haberme llevado al Empire du Milieu, y a Nicolas, por su disponibilidad y su valiosa ayuda como guía; a la Aviation Medical Assistance Act, que desde ahora protege a los médicos que prestan su ayuda durante un vuelo; a todo el equipo de la editorial Odile Jacob, y en especial a los lectores de las primeras aventuras de Hector: Jean-Luc Fidel, Catherine Meyer, Cécile Andrier y Jean-Jéróme Renucci. Y, por último, gracias a Odile Jacob por su ayuda y por los consejos que me ha dado durante todos estos años.

François Lelord (París, 1953) es un psiquiatra y psicoterapeuta que ha desarrollado su carrera en Francia y Estados Unidos. Además de sus publicaciones científicas, escritas en colaboración con Christophe André, ha publicado varios libros de autoayuda que han sido utilizados por empresas interesadas en reducir el estrés de sus empleados. A raíz del éxito internacional de *Hector y el secreto de la felicidad*, novela que ha sido llevada al cine recientemente, ha escrito la continuación de las historias y aprendizajes de este entrañable psiquiatra: *Hector y los secretos del amor* y *El nuevo viaje de Hector*. Actualmente vive entre París y Tailandia, donde trabaja como psiquiatra en la Fundación Alain Carpentier.

Título original: *Le Voyage d'Hector ou la Recherche du Bonheur*

Edición en formato digital: diciembre de 2014

© 2002, Éditions Odile Jacob
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2005, Jordi M. Lloret, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada cedida por Festival Films

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9062-484-5

Composición digital: M. I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Hector y el secreto de la felicidad
Hector no está contento consigo mismo
Hector se hace preguntas
Hector descubre algo importante
Hector se va a China
Hector cena bien
Hector se acerca a la felicidad
Hector se siente desgraciado
Hector roza la sabiduría
Hector hace un descubrimiento
Hector no está enamorado
Hector está triste
Hector se reúne con un buen amigo
Hector hace un favor
Hector toma clases de desdicha
Hector aprende una nueva lección
Hector comprende mejor la sonrisa de los niños
Hector se ve en un apuro
Hector reflexiona sobre su muerte
Hector es astuto
Hector se lo pasa bien
Hector gana altura
Hector aprende geografía e historia
Hector sueña
Hector va a la playa y hace algunos cálculos
Hector se informa sobre la vida familiar
Hector se convence de que no es tonto
Hector aprende a medir la felicidad
Hector no visita Marte
Hector asiste a un experimento

Hector da media vuelta
Hector inventa el juego de las cinco familias
Hector ha hecho un bonito viaje
Agradecimientos
Biografía
Créditos

Índice

Hector y el secreto de la felicidad 2
Hector no está contento consigo mismo 5
Hector se hace preguntas 8
Hector descubre algo importante 12
Hector se va a China 15
Hector cena bien 18
Hector se acerca a la felicidad 21
Hector se siente desgraciado 24
Hector roza la sabiduría 28
Hector hace un descubrimiento 31
Hector no está enamorado 35
Hector está triste 39
Hector se reúne con un buen amigo 43
Hector hace un favor 46
Hector toma clases de desdicha 50
Hector aprende una nueva lección 54
Hector comprende mejor la sonrisa de los niños 58
Hector se ve en un apuro 61
Hector reflexiona sobre su muerte 65
Hector es astuto 68
Hector se lo pasa bien 70
Hector gana altura 74
Hector aprende geografía e historia 78
Hector sueña 82
Hector va a la playa y hace algunos cálculos 85
Hector se informa sobre la vida familiar 89
Hector se convence de que no es tonto 92
Hector aprende a medir la felicidad 96

Hector no visita Marte 100
Hector asiste a un experimento 104
Hector da media vuelta 108
Hector inventa el juego de las cinco familias 112
Hector ha hecho un bonito viaje 116
Agradecimientos 120
Biografía 121
Créditos 122